

EL DÍA DE LA RECUPERACIÓN

Los Hombres
Que Comían Naranjas

Antonio Canales Marín

Lectulandia

Muchas veces nos imaginamos un futuro lleno de alta tecnología, y en nada parecido al mundo en el que ahora vivimos. ¿Y si el mundo en el futuro tampoco difiere tanto del que vivimos? ¿Y si lo que realmente cambiara fuera el ser humano y el orden mundial? ¿Y si las religiones no existieran? ¿Y si todos habláramos las mismas lenguas?

Ese es el futuro en el que se encuentra nuestro protagonista, Miguel. Un mundo sin fronteras, donde la ciencia es la base que sustenta el planeta, en plena armonía con la naturaleza y con el propio hombre.

Todo sucedió a partir del Día de la Recuperación.

Parece un mundo perfecto, pero ¿realmente lo es?

Lectulandia

Antonio Canales Marqués

El día de la recuperación

Los hombres que comían naranjas

ePub r1.0

XcUiDi 19.09.16

Título original: *El día de la recuperación*

Antonio Canales Marqués, 2010

Editor digital: XcUiDi

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

A mis padres, mi hermana, mis amigos, y a mi mujer Laura.

La guerra es la madre de todas las cosas, y de todas las cosas es reina.

Heráclito de Éfeso.

I

Zona Prohibida.

Isla de Tidra (Océano Atlántico).

Año 308 D. R. (Después de la Recuperación)

Levantó la mirada y pudo ver el cielo estrellado. Como siempre, aunque hoy era diferente. Se llevó la mano a la cabeza para secar el sudor que empapaba toda su frente y en ella quedó el rastro de la sangre que recorría por su extremidad. La daga de piedra que sustentaba en su otra mano no envidiaba el color sanguíneo. A sus pies yacía inerte un ser.

Su mirada al infinito cosmos le revelaba que había alguien superior a él, de igual manera que ahora sabía que él lo era sobre el que estaba muerto. Si de algo estaba seguro era de eso. Bajó la mirada para observarlo y sintió que era más poderoso de lo que nunca lo había sido hasta entonces.

* * *

Tanto el ser que estaba muerto como el que estaba de pie iban desnudos, su apariencia era grotescamente primitiva y poseían gran cantidad de pelo por todo su cuerpo. El que se encontraba en el suelo era más alto y corpulento, y su cráneo era ligeramente más abultado. El que permanecía vivo, mirando el cadáver, era más bajo, menos atlético y su cráneo más redondeado. Apenas a unos metros, en la rama de un árbol, casi imperceptible, una luz roja brillaba intermitente en una pequeña cámara digital.

Las imágenes se veían con claridad en la habitación donde se encontraban los científicos.

Allí, alejados de la isla, en el barco, podían escrutar con tranquilidad los movimientos de Adán y Eva. Los científicos no salían de su asombro al ver las imágenes que el monitor les iba escupiendo. Nadie decía una sola palabra. Todos estaban apabullados por lo que acababa de suceder.

De repente, uno de los que observaba la escena rompió el silencio como si estuviera hablando en trance.

—Debemos de despertar al doctor Bryan.

Nadie hizo un solo ademán al comentario vertido y todos permanecían absortos, como hipnotizados, mirando las pantallas planas de televisión.

—¡Rápido! —inquirió en tono más alto. Esta vez lo acompañó con un pequeño capón al joven que manejaba el equipo audiovisual.

Al cabo de unos minutos el imberbe muchacho regresaba a la habitación

acompañado de un hombre mayor, canoso, y que vestía una bata que apenas cubría un pijama azul pálido.

—¿Qué son todas estas prisas? —preguntó mirando sorprendido a los otros tres colegas que se encontraban en el habitáculo—. ¿Qué ocurre?

Uno de los presentes, pelirrojo, con la cara llena de pecas y unas lentes altamente ridículas fue el primero en hablar.

—Doctor, tiene que ver esto —dijo señalando el monitor.

—Lo tenemos grabado —terminó de concretar mientras hacía una señal al mismo joven que se había marchado poco antes, el cual se sentó rápidamente y empezó a trastear con los aparatos electrónicos. En apenas unos segundos ya estaban viendo por el monitor las imágenes grabadas.

En la pantalla aparecieron dos seres frente a frente, observándose, mirándose extrañados.

—¡Increíble! —exclamó el doctor observando el monitor con suma atención.

—¡Se han encontrado! —proclamó jubiloso—. ¡Es fantástico!

—Doctor Bryan... —empezó a decir el joven pelirrojo, con un poco de cautela, como midiendo las palabras— lo que viene a continuación creo que no va a ser tan fantástico como usted cree.

El doctor devolvió una mirada de estupefacción al científico.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

Pero no le dio tiempo a responder porque las imágenes rápidamente cobraron una nueva dimensión. Un sonido aterrador que procedía de la grabación llamó su atención. Era el grito de uno de ellos, el mismo que escondía en su mano una especie de cuchillo afilado de piedra. Rápidamente se abalanzó sobre el otro clavándose en el pecho, el cual cayó en el suelo gravemente herido. En un movimiento fugaz el atacante saltó sobre su víctima y siguió apuñalándolo mientras gritaba con ira y rabia. Unos gritos que se entremezclaban con los alaridos de dolor del herido, que fueron perdiendo fuerza hasta que finalmente feneció. El doctor Bryan permanecía inmóvil ante lo que la cámara iba mostrando, con la misma mirada, quizá más agudizada todavía que la que hacía unos minutos habían tenido los jóvenes científicos cuando observaron la escena en directo y que ahora se volvía a repetir ante sus ojos.

—¡Madre mía! —exclamó el doctor mientras seguía observando la pantalla. Súbitamente la imagen se cortó dejando paso a un fundido negro. El viejo científico, que se había sentado en una silla cerca del monitor para seguir atento las imágenes, se dejó caer en el respaldo mientras su mirada seguía perdida en la pantalla, aunque esta ya no mostraba absolutamente nada.

—¿Qué vamos a hacer, doctor? —preguntó uno de los jóvenes científicos con ojos azules, pelo castaño y nariz aguileña.

No obtuvo contestación. El doctor seguía hipnotizado.

—¿Doctor? —volvió a insistir el joven en un tono más alto.

El viejo científico se volvió hacia él con las pupilas todavía dilatadas.

—¿Qué? —le preguntó al joven como si lo traspasara con la mirada.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Nada, Armand, no vamos a hacer nada —contestó mientras se incorporaba de la silla bruscamente.

—Es lo que he estado buscando durante veinte años con mis investigaciones y ahora ya tengo una respuesta parcial a mi teoría.

Terminó con un tono bastante más animado que el que parecía reflejar el rostro de los demás acompañantes.

—¿Respuesta? —preguntó cabreado Armand—. ¿Me quiere decir que se han gastado nuestras universidades y el MEC una fortuna para ver simplemente un asesinato?

—Armand, Armand... —dijo el doctor en tono condescendiente —este asesinato demuestra mucho más de lo que tú te puedas creer.

El viejo, con su bata y pijama, ridículos en otra situación, empezó a dar vueltas por la habitación con la mano derecha en la barbilla.

—Cuando conseguimos el presupuesto, importante presupuesto, es verdad, para intentar clonar una pareja de neandertal y una pareja de cromagnon y poder darles un entorno similar natural al que pudieran tener hace miles de años no sabíamos exactamente que podía suceder. Existían varias teorías sobre qué pasó para que el homo sapiens evolucionara hasta lo que somos hoy en día y porqué el hombre de neandertal que había convivido con él no había podido hacerlo. Algunos pensaban que se habían podido mezclar pudiendo crear una hibridación y que ese fuera uno de los pasos evolutivos que nos trajeran hasta donde estamos hoy —comentó el profesor.

—¿Y este experimento era para averiguar esto? —preguntó el joven de nariz aguileña.

—Para averiguar esto o para averiguar otras cosas, querido Albert. Hemos visto a través de los meses que llevamos observando a Adán y Eva, neandertal y cromagnon, como realmente en un entorno lo más salvaje y similar a su época tampoco diferían mucho en su quehacer diario. Vosotros habéis sido testigos. Nos ha costado mucho tiempo, esfuerzo y dinero poder tener esta isla salvaje para nosotros solos, inalcanzable para el ser humano moderno, como si de un laboratorio natural enorme se tratara.

Paró un momento, y enseguida señaló el monitor.

—Lo que hemos visto demuestra mi teoría y la de algunas personas más. Demuestra que el hombre de cromagnon acabó con el de neandertal. Lo eliminó. Practicó el primer genocidio conocido de la humanidad. Frente a teorías de hibridación o de eliminación natural este hecho demuestra fehacientemente mi teoría.

Hubo un pequeño silencio en la habitación hasta que Albert de nuevo atacó con una pregunta.

—¿Y si en vez de encontrarse los dos Adán se hubieran encontrado un Adán y Eva diferentes?

—Excelente pregunta. Por eso dije lo de parcial. Nos queda ver qué pasará cuando nuestro Adán cromagnon se encuentre con nuestra Eva neandertal. Puede ser que veamos la misma acción que hemos visto hace unos minutos en el monitor, o puede ser que se apareen y pueda surgir descendencia, por lo que tendríamos que reformar mi teoría. Eso sólo lo sabremos cuando se encuentren. Aunque debemos tener en cuenta...

No pudo acabar el argumento porque fue interrumpido por el científico que manejaba las cámaras de vigilancia.

—¡Doctor, no va a creer esto! —exclamó el joven señalando una de las pantallas que emitían señal en directo.

Rápidamente todos se acercaron hacia él, incluido el doctor Bryan. Este se quedó helado al ver la situación.

—Asombroso. Cuatro meses esperando acontecimientos y va a ocurrir todo en apenas unos minutos.

Allí en la pantalla se encontraba el Adán cromagnon todavía ensangrentado y con la daga en la mano junto a la Eva neandertal, que al parecer había acudido al lugar tras escuchar los alaridos de su pareja. Lo que a continuación ocurrió fue como un plagio de la grabación vista hace escasos minutos, quizás representada de manera más salvaje y truculenta, que hizo que incluso algunos de los miembros del comité científico tuvieran que apartar la mirada de la pantalla. Sucedió en apenas segundos. El cadáver de Eva permanecía en el suelo mientras el Adán cromagnon se había sentado fatigado y cansado después de haber realizado una nueva orgía de violencia.

—¡Qué horror! Hubiera preferido que no tuviera razón, doctor —dijo Albert mientras se acercaba a la máquina de agua que había en una esquina.

—Te entiendo Albert —dijo el doctor apartando la mirada de la pantalla.

—¿Qué está haciendo ahora? —preguntó Armand que era el único que seguía observando minuciosamente la pantalla. Todos los demás se acercaron nuevamente a ella.

El Adán cromagnon se había situado en una especie de promontorio de esa parte de la isla e iba cogiendo enormes pedruscos que colocaba cuidadosamente uno detrás de otro en una especie de círculo. Cuando completó la rudimentaria esfera pétreo bajó la colina y recogió uno de los seres que yacían muertos en el suelo. El cuerpo de la hembra era más pequeño que el de su Adán correspondiente, por lo que pudo levantarlo al vuelo. Al llegar al círculo de piedras se detuvo con el cadáver a cuestas. De repente, en un movimiento brusco, lo levantó por encima de su cabeza, hacia el cielo, y lanzó una especie de alaridos que fueron ininteligibles para todos aquellos que estaban viendo la grabación. Al cabo de un rato bajó el cuerpo inerte hasta el suelo depositándolo entre el círculo de piedras que había formado.

Muy poco después descendió en busca del cuerpo del macho. En este caso lo arrastró hasta el promontorio, por su pesadez, y lo dejó en el mismo círculo, junto a la hembra.

—Increíble —exclamó el doctor.

—No entiendo —dijo Albert.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Armand.

—Es como si estuviera haciendo... ¡una ofrenda o un sacrificio! —afirmó Albert.

—¿Un sacrificio? —dijo el joven que manipulaba el video—. Pero ¿a quién?

Se volvió hacia el doctor en busca de algún tipo de explicación.

—Amigo Leonard, creo que esa ofrenda es para Dios —dijo el doctor Bryan serenamente.

—¿A Dios? —preguntaron casi al unísono los jóvenes científicos.

La imagen del monitor ya no daba señales de Adán, que se había marchado del lugar dejando los cuerpos de sus víctimas en esa especie de altar improvisado. Cuando el doctor Bryan vio que ya no estaba en la imagen se alejó de las pantallas y empezó otra vez a caminar en círculos, pensativo. Al rato comenzó a hablar, aunque ahora parecía más una reflexión en voz alta sobre algo que le había cogido por sorpresa y que trataba de analizar rápidamente en su mente.

—Dios... o Dioses. La imagen no ofrece ningún tipo de dudas. ¿Lo tenemos grabado Leonard? Tendremos que analizar metódicamente esas imágenes y pulir el audio.

El joven Leonard sentado todavía frente a los aparatos asintió con la cabeza.

El doctor prosiguió.

—Esto es sencillamente fantástico. Lo que hemos visto ahora me hace pensar que la grandísima diferencia entre nuestro Adán cromagnon y nuestro Adán neandertal no se basa en la fuerza física o en su memoria u otras cualidades, que en verdad las pudiera haber, sino en algo más complejo o más filosófico como es la autoconciencia.

—¿La autoconciencia? —preguntó Albert, mas pidiendo una continuación al doctor que por no saber lo que era dicho concepto.

—Si. La capacidad del ser humano de reconocerse a sí mismo y evaluarse dentro del entorno en el que está. A grandes rasgos, la capacidad de hacernos las preguntas que todos nos hacemos hoy y que no tienen respuesta aparente. ¿Qué somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Y por supuesto, en este nivel de evaluación interior entraría el concepto de Dios que tenían nuestros antepasados menos evolucionados, o de Dioses que tenían todavía los más antiguos.

Hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—Creo queridos camaradas que hoy hemos encontrado el eslabón perdido —afirmó de manera rotunda el doctor.

Todos se miraban extrañados y perplejos, mientras el doctor proseguía con su teoría.

—Tenemos que averiguar si la autoconciencia es posible aislarla genéticamente, si es información de un gen particular, quizás a través de una mutación que en un momento dado sufrió la especie para dar lugar a este ser que hoy estudiamos, clonado genéticamente de uno semejante que vivió hace más de veinticinco mil años, y que

desde entonces nos acompaña. Esa labor es la que tenemos que emprender desde hoy. Está claro que ese rasgo acompañaba al hombre de cromagnon, y no al de neandertal, y quizás esa es la clave para entender la supervivencia de uno y no de otro, y el por qué hoy estamos aquí. Aunque, amigos míos, también debo decir que esa capacidad o cualidad de creer en un Dios o de creer en unos Dioses superiores, es lo que ha provocado lo que hoy hemos visto, el genocidio como tal de una especie. Es difícil explicarlo, pero creo que esa cualidad también lleva implícita en ella una carga desde hace miles de años que hizo de nuestros antepasados, como en el caso de hoy, crueles e insensibles. Si el concepto de Dios o Dioses entran en nuestra conciencia, por ende también entra en ella nuestro afán por convertirnos poco a poco en esos Dioses, aunque a veces sea salvajemente, como hemos visto.

El silencio se hizo en la habitación. Nadie quiso añadir nada, todos parecían reflexionar sobre el tema. De nuevo el doctor volvió a romper el silencio.

—El proyecto ha terminado —dijo dando una palmada al aire.

—¿Y qué va a pasar con Adán y Eva? —preguntó Albert.

—¿Adán y Eva? Pasará lo que tiene que pasar. Los eliminaremos, no podemos dejarlos vivir en nuestro mundo. Ya nos han dado algunas de las respuestas más brillantes para la ciencia —afirmó el doctor, mientras el resto de las personas ponían cara de pocos amigos.

Todos empezaron a recoger sus cosas para marcharse a dormir. Estaban a punto de salir del compartimiento del barco cuando de repente se abrió la puerta de manera brusca, como si le hubieran dado una patada desde el otro lado. En el umbral apareció un hombre completamente desaliñado, pelo largo, barba y piel muy oscura. Era alto, cerca de los dos metros de estatura. Sin que nadie de la sala pudiera mediar una sola palabra o comentario sacó una pistola y empezó a disparar con una rapidez increíble a todos los miembros del comité científico, uno por uno, hasta llegar al último, que fue el doctor Bryan. En apenas cinco segundos había quitado la vida de los hombres que allí se encontraban. El asesino se acercó al viejo doctor y lo remató en el suelo.

—Misión completada —dijo con voz profunda mientras cerraba los ojos. Pulsó un detonador y el barco estalló en mil pedazos.

II

Zona Poblacional II.

Año 308 D. R. (Después de la Recuperación)

Los primeros recuerdos que tengo en mi mente son vagos, pero suficientes para alumbrar tenuemente imágenes de mi primer Día de la Recuperación acompañando a mis padres y a mi hermana.

Cogido de la mano de mi madre cruzábamos el puente hasta acercarnos al Templo, que ya podía verse en toda su magnificencia desde la lejanía. Sus cúpulas doradas y sus torres blancas brillaban bajo el astro rey queriéndose engalanar como un palacio para nosotros en tan señalado día.

Recuerdo el bullicio al entrar a la plaza del Templo. Niños de mi edad correteaban por todos los lados mientras sus padres se afanaban en las imperiales mesas bebiendo y comiendo. Las banderas del Gobierno ondeaban por todos los lados. Las más grandes colgaban en el balcón de la Sede, que se encontraba anexa al Templo. Otras más pequeñas y en gran número se veían colgar de kilométricos hilos de punta a punta de los edificios.

En la letanía suelo encontrar imágenes fulgurantes, como si te transportaras a enorme velocidad, y veo a mis padres cuchicheando apartados con otros adultos. A veces en esa etérea distancia mental me parece verlos discutir.

Tocaron las campanas, y en apenas un suspiro, lo que era una plaza llena de vitalidad y jolgorio daba paso a un lugar casi desértico. Uno tras otro, como si de un desfile se tratara, cruzábamos las puertas del majestuoso edificio para participar en la ceremonia.

A veces cuando recuerdas, además de caras o edificios, se te quedan las sensaciones. Al entrar en el Templo sentí una paz y tranquilidad insultantemente contagiosa para un niño de cinco años. Mis ojos no se despegaban de las hermosas estatuas y pinturas que podía ver a lo largo del edificio. Casi todas eran con protagonistas femeninas. Ninguna de aquellas imágenes se repetía en cara o busto. El Templo derrochaba hermosas y gigantescas columnas que débilmente eran golpeadas por la luz que traspasaba a través de unas vidrieras multicolores adornadas con todo de tipo de iconos floridos.

En esa época apenas podía entender nada de lo que veía, y lo que me pudieran explicar, o bien era muy complicado para captarlo o bien lo olvidaba en mi fantástico mundo infantil.

Sin embargo permanece viva y latente en mi memoria la imagen de un hombre con capa violácea en medio de una enorme y abarrotada sala llena de gente que en total silencio le escuchaban hablar.

Sobre unos cómodos asientos individuales que tenían una pequeña cámara de televisión podíamos ver y escuchar todo el ritual de la ceremonia. Me senté al lado de

mi padre y estuve a punto de preguntarle algo. Él, conociéndome, me hizo gestos de permanecer callado.

Lo último que recuerdo del Templo es como uno tras otro de los que estábamos allí presentes pasamos con una pulcritud y orden máximo para depositar algo a los pies de una enorme estatua que ocupaba un lugar privilegiado de la sala de la ceremonia. Era otra mujer. Me pareció tan grande que al mirar hacia arriba sentí que me iba a pisar. La escultura vestía una túnica larga y en cada una de sus manos llevaba algo que no supe distinguir en ese momento. Deposité algo que me había entregado mi madre poco antes de entrar al templo, que se juntó con centenares y centenares de otras cosas que yacían al lado de aquella escultura inerte y grandilocuente que parecía mirarme fijamente a los ojos con gesto amenazante. Nunca llegué a recordar lo que dejé allí y nunca lo averigüé.

De regreso a casa le pregunté a mi padre lo que no le había podido decir en el Templo.

—Papá, ¿qué es esto que hemos hecho hoy?

Mi padre sonreía como si supiera perfectamente que aún aguardaba la pregunta que le iba a hacer en el Templo.

—Hoy hemos celebrado el Día de la Recuperación.

—¿Recuperación? ¿Y qué es eso? —pregunté en mi más profunda ignorancia e inocencia.

Mientras preguntaba en voz alta levanté mi pequeña nariz arrugando la frente en señal inequívoca de intentar encontrar una explicación a su frase.

Mi progenitor, al ver que me estaba devanando los sesos pensando, lanzó una sonora carcajada y me acarició el pelo.

Mi padre me miró con esa mirada que solo los padres saben poner a un hijo preguntón.

—No te preocupes Miguel, ya lo entenderás cuando seas mayor.

III

Ginebra, Suiza.

Año 25 A. R. (Antes de la Recuperación)

—La teoría de la evolución de las especies —dijo una madura pero aún atractiva mujer de cabello rojizo y rizado.

El pelo, perfectamente moldeado, como recién salido de la peluquería, no alcanzaba a verse en su mayor esplendor debido a un aparato que le cubría parte de su cabeza. El dispositivo se alojaba cercano a su oreja izquierda como un gran auricular. Era del tamaño de una petaca, recortado en la zona audible para que la doctora pudiera escuchar. Una luz verde se iba encendiendo y apagando a un ritmo constante y con una cadencia fija.

De la parte superior destacaba la salida de un conducto metálico que iba a parar al lóbulo opuesto del cráneo, donde se alojaba otro dispositivo, la mitad de tamaño que el anterior, y que también producía una luz intermitente del mismo color verde, aunque su cadencia de iluminación llevaba un ritmo antagónico a la anterior. Cuando una se encendía, la otra se apagaba, y viceversa.

—Jonás, ¿me has escuchado? —volvió a repetir la mujer, elevando un poco más el tono de la voz respecto a su anterior frase.

Vestía la típica bata de doctora, aunque también podría pasar por enfermera tradicional. Unida por unos botones color cielo, en la parte superior se dejaba alguno sin abrochar, dejando entrever un ligero escote en el que se podía intuir tanto la camisa bermellón que llevaba como los bordes blancos del sujetador. Sus gafas de pasta color ocre le conferían una imagen más moderna y juvenil, aunque detrás de ellas se pudieran ver unos ojos verdosos rodeados ya de alguna arruga. Los labios estaban perfectamente pintados con un suave color carne que los destacaba espléndidamente. Su voz era sensual, y de una extremada calidez.

—Si, profesora —respondió el niño que se encontraba frente a ella.

El muchacho, de pelo extremadamente oscuro, llevaba un pañuelo negro, casi del mismo color que su cabello, que le tapaba los ojos a modo de antifaz.

Era muy pequeño, apenas sobre los cinco o seis años de edad, y vestía una camiseta de color rojo con el dibujo estampado en amarillo del Gollum, el famoso personaje del Señor de los Anillos.

—Y dime Jonás, ¿te ha enseñado Robert algo ya sobre ese tema o no? —volvió a insistir la doctora, mientras retocaba cierto material que había en la mesa.

Tres cubiletes marrones era lo único que había encima de una mesa impoluta y blanca, en clara armonía con el resto de la habitación. La habitación blanca la llamaba Jonás. Luz blanca, sobre paredes blancas y unos muebles blancos que comprendían dos sillas, una mesa y un enorme archivador. Apenas quince metros cuadrados de estancia, cuya única decoración en las paredes era un póster de La

última Cena de Leonardo Da Vinci, una tabla periódica de los elementos, y una caricatura muy conocida de Albert Einstein.

En el techo, cerca de los conductos que despedían frío o calor, dependiendo de la época del año, se encontraban unas pequeñas aberturas de las que salían las notas musicales de «*La flauta mágica*» de Mozart. Al lado, casi imperceptible, una luz roja brillaba intermitente en una pequeña cámara digital.

—No, es la primera vez que lo oigo, profesora —contestó el niño para el agrado de la mujer.

—Te he dicho muchas veces que me puedes llamar Jenny, y no profesora. Además soy doctora —dijo la mujer con dulzura esbozando una leve sonrisa, mientras seguía manipulando los cubiletes.

El niño también forzó una sonrisa de complicidad casi al mismo tiempo.

La doctora sacó una pequeña bolita roja que llevaba en el bolsillo de su bata.

—Ya sabes cómo funciona esto, creo que no hace falta que te lo tenga que volver a explicar. Durará poco y enseguida podrás irte a tu habitación —explicó pausadamente mientras escondía la pelota en el cubilete que se posicionaba en el centro.

—¿Podré ver el Señor de los Anillos? —preguntó Jonás mientras su cuerpo avanzaba un poco hacia la mesa enfatizando el interés de lo que preguntaba. La imagen del niño con los ojos vendados no era del agrado de la doctora, pero eso no evitó soltar una pequeña carcajada ante la pregunta.

—¿No te cansas de ver siempre la misma película? —preguntó la doctora todavía sonriente.

El niño movió la cabeza fuertemente para mostrar su negativa rotunda ante la cuestión. De nuevo la mujer alargó más su sonrisa.

—Está bien, hablaré con Robert y miraremos que es lo que podemos hacer.

—Gracias, Jenny —dijo amablemente el niño.

—¡Empecemos! —exclamó la doctora mientras daba una palmada al aire. Lo siguiente que hizo fue pulsar un interruptor en el aparato que llevaba sobre su cabeza. Las luces verdes que se habían mostrado hasta hace un momento pasaron a ser unas brillantes luces rojas que parpadeaban mucho más rápidas que las anteriores. La doctora se quedó observando el cubilete central, que era el que tenía la bolita, como si le fuese la vida en ello.

El niño, que ya había alcanzado otra vez su espacio natural en la silla dejándose caer sobre el respaldo, alargó su mano derecha y empezó a tocar uno por uno los cubiletes, realizando apenas un rozamiento escaso con sus pequeñas manos. Primero el de la derecha, luego el del centro, y por último, el de su izquierda.

La doctora seguía manteniendo su concentración en el cubilete del medio. El niño volvió a repasarlos desde donde había acabado, de izquierda a derecha, pero al llegar al del centro su mano se quedó inmóvil a unos centímetros del objeto. De un rápido movimiento levantó el susodicho cubilete dejando a la intemperie la pelota roja.

Como si fuera un acto reflejo la doctora llevó su mano de nuevo al interruptor, lo pulsó, y las luces se tornaron color verde de nuevo.

—Excelente Jonás. Solo una vez más —se apresuró a decir Jenny mientras cogía la pelota roja y la colocaba en el cubilete de la izquierda. El proceso fue el mismo. Todo el ritual anterior se efectuó de la misma manera y con idéntico resultado.

Mientras la doctora iba montando un cubo sobre otro y recogía la pelota le indicó al niño que ya podía quitarse la venda de los ojos.

Jonás mostraba unos ojos grandes y oscuros, como si la venda negra se los hubiera tintado del mismo color. Se veían vivos e inquietos mientras observaban a Jenny.

—Has estado muy bien Jonás. ¿Quieres un caramelo? —le preguntó mientras se levantaba de la silla y hacía el ademán de buscarse algo en los bolsillos.

—Sí, ¿tienes de fresa?

Jenny sacó media docena de caramelos, cogió un par de ellos y se acercó al niño. Le dio un beso en la mejilla y le dejó los dos caramelos de fresa encima de la mesa.

—Toma, te doy dos. Espérame un momentito, tengo que hacer unas cosas, y ahora te acompaño a tu habitación, ¿vale?

La doctora se fue alejando hacia la puerta de salida. Todavía llevaba el aparato en la cabeza y cuando estaba a punto de salir oyó como el niño la llamaba por su nombre.

—¿Qué pasa? —preguntó la doctora con la mano ya en el pomo de la puerta.

—Esto... —El niño parecía ser prudente en lo que quería decir—. El Señor de los Anillos, ¿te acuerdas? —dijo al final.

La doctora sonrió.

—Claro, corazón, descuida.

Abrió la puerta y desapareció de la habitación.

Jonás se quedó solo. Era un niño sencillo pero guapo, con unos ojos grandes, orejas muy pequeñas y labios grandes. Llevaba el pelo liso y le caía un gracioso flequillo por la frente que todavía la hacía más angelical. Se apresuró a coger los dos caramelos de fresa que Jenny le había dejado encima de la mesa.

Uno lo guardó en el bolsillo de su pantalón corto, y el otro decidió empezar a saborearlo en ese mismo momento. Le quitó el envoltorio y se lo llevó a la boca mientras sus dedos se quedaron jugando con el plástico que previamente había quitado. Cuando llevaba un rato con él se dio cuenta que llevaba algo escrito.

<Centro de Alto Rendimiento Haagenaum.>

IV

Zona Poblacional II.
Año 308 D. R.

Mi padre había decidido acompañarme al colegio. Era un agradable paseo por la pequeña ciudad, a apenas diez minutos de casa. Habíamos salido relativamente pronto y me había quejado a mi progenitor, el cual no había prestado la más mínima atención a mis argumentos.

Mientras iba cogido de la mano de mi padre observaba el panorama cotidiano de todos los días. Para un infante como yo siempre había preguntas para resolver y mi padre solía ser el centro de mis dianas.

Edificios dobles de tres plantas y de colores pálidos se alineaban a ambos lados de la calle, a gran distancia entre líneas para dejar espacio para árboles y plantas, y un pequeño canal por donde circulaban el transporte público y algún que otro automóvil. Los edificios tenían las ventanas oscuras, totalmente negras, de las cuales alguna de ellas estaban abiertas o entreabiertas. En la parte superior de cada uno de los bloques se extendían unas enormes placas metálicas inclinadas que ocupan toda la extensión de las azoteas.

—¿Qué son esas cosas? —pregunté a mi padre señalando uno de los edificios que tenía al lado.

Mi padre siguió con la mirada la indicación de mi dedo.

—Son paneles solares.

—¿Para qué sirven? —Seguí preguntando.

—Dan energía a la gente que vive en ese edificio. Y como ese, todos los demás.

—¿Energía?

—Sí. El sol —y mi padre señaló al cielo— calienta esas placas metálicas y se convierte en energía que va a nuestras casas. Gracias a eso podemos ver la televisión, o tú puedes jugar a los videojuegos. De todas maneras, no te preocupes, en el colegio te enseñarán todas estas cosas mejor.

Yo estaba perplejo. Me había puesto la mano en forma de visera y miraba al sol. Me resultaba increíble que esa bola de fuego que se sostenía en el cielo fuera la que hiciera que pudiera jugar a mis videojuegos. Me parecía magia.

—Antes de entrar al colegio quiero llevarte a un sitio. Ya verás, es una sorpresa —dijo mi padre, al que apenas prestaba atención. Todavía seguía mirando al cielo estupefacto.

De repente mi padre cambió el habitual trayecto al colegio y se metió por un hermoso bulevar lleno de tiendas. La anchura de la calle era igual de amplia, aunque en este caso había dos carriles para los automóviles. Los frondosos árboles de las calles residenciales se habían convertido en rosales que adornaban pequeñas fuentes y lagos enanos, en los que nadaban libremente patos, cisnes y peces de brillantes

colores. Cerca de ellos había cómodos asientos en donde la gente se sentaba para descansar, o bien para ver las noticias en las pequeñas pantallas públicas que se encontraban al lado.

Del bulevar brotaba vida. Gente andando por todos los lados que entraban y salían de las tiendas y automóviles que se paraban a descargar mercancías se juntaban con enormes paneles visuales multicolores que anunciaban cada una de las tiendas que formaban el bulevar.

—¿Dónde vamos papá? Voy a llegar tarde al colegio.

—No te preocupes, vamos bien de tiempo. Quiero comprar algo.

Puse cara extraña.

—Los padres de Jessica hacen la compra por Earthnet.

Seguíamos caminando y mi padre me llevaba de la mano, pero se volvió hacia mí sin parar de andar.

—¿Quién es Jessica?

—Una chica del colegio.

Mi padre sonrió.

—Bueno, a mí me gusta pasear y venir a comprar aquí. ¿No crees que sea bonito?

—me preguntó mientras me hacía señal de echar un vistazo a mi alrededor.

Observé el bulevar de nuevo.

—Sí, es bonito.

Earthnet era de lo primero que se aprendía en el colegio y en casa. Era una red de redes que conectaban ordenadores de todo el mundo. Básicamente había dos tipos de ordenadores; los que llevaban todas las personas a modo de pulsera, pequeños, pero muy potentes, y los más grandes, que se encontraban en los edificios, bien fueran colegios, instituciones u hogares.

En cada uno de estos aparatos que llevábamos a modo de pulsera se almacenaba nuestra información personal. Quienes éramos, donde vivíamos, a qué distrito pertenecíamos, nuestra edad o nuestro estado civil eran algunos de los datos internos propios que guardaba este aparato tecnológico.

Todo individuo del planeta tenía uno, y toda nuestra información personal se encontraba en ellos. Los más grandes tenían otro propósito más general o global.

En ellos teníamos conexión telefónica, televisión, radio y como no, Earthnet.

Esta última era la conexión planetaria en la que nos podíamos comunicar todos con todos a través de diferentes programas. Earthnet básicamente se componía de videoconferencia, correo y navegación multimedia.

Podías comprar en línea, realizar tareas burocráticas, acceder a información de diferente índole o hablar con personas en otras partes del mundo.

Earthnet estaba altamente controlado por el Gobierno de la Sede. Los hogares tenían en casa, pero a otro nivel. Básicamente todo el mundo estaba conectado a esta red, de ahí el alto control sobre este sistema por parte de las instancias gubernamentales.

En el colegio nos hacían conectar nuestros aparatos pulsera a los servidores a través de un cable de fibra óptica. Así, teníamos acceso a la información lectiva completa, pero además nuestros profesores tenían una información y control más profundo e individual de sus alumnos. Prácticamente la vida de uno se iba almacenando en bites poco a poco, como si de un diario cibernético se tratara.

La vida y el ocio no podían entenderse sin Earthnet. Sin embargo, es cierto que una de las pocas personas que menos veía utilizarlo era a mi padre.

Avanzando en mis pensamientos pueriles fui sorprendido cuando mi padre se metió en uno de los callejones del bulevar. En la parte más escondida y oscura entramos en lo que parecía un comercio. Era una de las pocas tiendas que no lucían coloridos letreros ni imágenes vivas y locas de una pantalla de televisión gigantesca intentando vender sus productos. La entrada era casi tenebrosa, como toda la tienda, y parecía ocultarse al resto del bulevar. Había que agacharse para entrar y la estancia interior no era mucho mayor en espacio a lo que pudiera ser mi habitación.

Mi padre me llevaba de la mano mientras iba observando detenidamente los estantes del lugar. De vez en cuando se paraba en alguno un poco más de tiempo, cogía algo y lo volvía a dejar. Así hasta que daba con algo que pareció gustarle. Entre los pasillos colgaban gran cantidad de adornos extraños y brillantes, y el lugar tenía olores extraños que me provocan una cierta animadversión por su desconocimiento.

—Este es de los pocos sitios donde se puede encontrar comida de verdad —dijo mi padre bajando la cabeza a mi altura y susurrándomelo al oído.

Yo no entendía nada. Para mí la comida se basaba en pastillas y tarrinas de crema de diferentes colores que me daba mi madre. Eso era todo. Necesitaba esas cosas para vivir, o al menos eso me había dicho ella.

Mi padre se dio cuenta de mi perplejidad. De repente, me acercó algo que llevaba en la mano. Era de un color llamativo y esférico. La superficie parecía rugosa a la vista.

En la tienda no había nadie más, solamente un hombre de raza negra que permanecía cerca de la puerta, alternando su mirada inquieta entre nosotros y el cristal de la entrada, como si esperara que viniera alguien o temiera que llegara. Todo podía valer.

Mi padre empezó a quitar de aquella esfera una especie de cáscara con sus propias manos. Cuando la hubo pelado hizo un gesto al hombre de la tienda blandiendo una sonrisa. Pude ver como el hombre negro le asentía con la cabeza y sonreía también.

La esfera se había convertido en trozos simétricos semilunares que se unían en una perfecta circunferencia. Mi padre arrancó con facilidad uno de los trozos y me lo ofreció.

—Pruébalo Miguel.

Yo hice ademán de echarme para atrás. No sabía que era eso. El desconocimiento es probablemente uno de los alimentos del miedo.

—Miguel, vamos, soy tu padre. No creerías que te iba a ofrecer algo malo, ¿no?

Y volvió a acercarme el trozo. Como no me veía convencido rápidamente lo cogió y se lo metió en la boca.

Mi padre empezó a poner cara de forzado éxtasis.

—Maravilloso, Miguel, esto es maravilloso.

Empecé a sentir envidia de mi padre, el cual empezó a darse cuenta de que mi curiosidad estaba venciendo al miedo. Cortó otro trozo y me lo volvió a ofrecer.

Esta vez lo cogí. Miré a mi padre y me lo llevé a la boca.

Todavía recuerdo el momento. Fue como si millones de diferentes sensaciones estuvieran recorriendo todo mi paladar y mi lengua. Sentí que era algo tan natural como si me complementara. El delicioso sabor que surgía al masticar ese trozo ovalado sacado de la extraña esfera me hacía sentir extrañamente vivo.

Rápidamente lo había tragado alargaba mi mano hacía mi padre para pedirle otro trozo.

Él empezó a reírse profundamente.

—Toma, cómetela, pero con tranquilidad. Yo tengo que ir a hablar con Ishmar.

Sostenía esa pieza redonda en mis manos mientras veía hablar a mi padre con el otro hombre. Devoraba tranquilamente pero sin pausa un trozo tras otro de la cada vez menos circular pieza. Mientras, podía escuchar como conversaban. No estaba hablando en español. Por lo poco que sabía estaban hablando en árabe.

No pude entender apenas nada. Solo palabras sueltas como dinero, semana, y silencio. Apenas habíamos dado algo de gramática y vocabulario en el colegio.

Dejé de esforzarme en intentar entenderlo y mis últimos trozos los mastiqué mientras observaba la tienda. Los pequeños estantes estaban llenos de cajas envueltas con plásticos grisáceos que cubrían casi toda la superficie. Me acerqué a una de las cajas y levanté el plástico. Pude ver varias decenas de las mismas piezas esféricas que estaba comiéndome. Cuando apenas me quedaba un par de trozos para terminarla me aproximé a otra de las cajas y pude observar que también contenían ese mismo producto. En la tienda solo había eso.

No me dio tiempo a más. Mi padre me asió de la mano.

—Termina Miguel, que no vas a llegar al colegio.

Nada más hube terminado el último trozo salimos de la tienda mientras mi padre se despedía del hombre de raza negra. Me quede mirándolo mientras me lanzaba una mirada vivaz y me sonría justo antes de salir de allí.

Mientras andábamos hacía el colegio no podía pensar en otra cosa que no fuera en el fresco y embriagador sabor que tenía aún en mi boca. Conocía a mi padre y sabía que tendría esa sonrisita pícara. Seguro que sabía exactamente que todavía me estaba relamiendo.

—Papá, ¿qué era eso que me has dado?

Su cara mostró la satisfacción del que tiene paciencia y recoge su recompensa. En este caso estaba perfectamente seguro que le iba a preguntar más tarde o más

temprano.

—Eso es prácticamente lo mismo, en esencia, que la pastillita amarilla que te tomas todos los días.

No entendía nada, como casi siempre. Mi padre prosiguió, aunque él sabía que no lo iba a comprender del todo.

—Si, Miguel. Esa pastilla que te pone todos los días tu madre por la mañana es Vitamina C. Y lo que te has comido, es una naranja, que también tiene Vitamina C. Ambas son necesarias para tu organismo.

Mi estupefacción era total.

—¿Naranja? Pero ¿eso no es un color?

Mi padre profirió una enorme carcajada que llamó la atención de algún transeúnte.

—Si, también.

Esto era un debate estéril. No entendía nada. Cuando eres pequeño no tienes la capacidad y datos suficientes para analizar las cosas, y crees, que o bien los mayores te están tomando el pelo, o bien todo es muy complicado.

Sin embargo mi padre no pensaba en ceder en el empeño. Había ido para mostrarme una lección, y aún estaba desarrollándola.

—¿Y tú que prefieres, la naranja que te he dado o la pastilla que te da mamá todas las mañanas? —me preguntó mientras saludaba con la mano a un anciano con sombrero negro al otro lado del bulevar.

La pregunta se retrasó apenas unos segundos, lo que tardó mi lengua en recorrer los escasos grumos que todavía yacían por mi paladar y mis encías.

—¡La naranja! —dije con alboroto.

Mi padre hizo una mueca que aparentaba sonrisa.

—¿Me has traído para que pruebe la naranja? —pregunté.

—En parte —contestó.

—¿Has escuchado cómo hablaba en árabe con Ishmar?

—Sí, pero no he entendido nada, aún estoy en primero.

—Mejor —atajó mi padre.

Aún circunspecto por la conversación y por la naranja cruzamos la Plaza del Obelisco. A apenas un centenar de metros ya se veía el colegio. Era un edificio singular, prácticamente recubierto entero de un cristal oscuro. Poco tiempo después descubrí que también eran placas solares que dotaban de energía autosuficiente al complejo.

Mi padre me acompañó hasta el umbral del amplio patio que precedía a la entrada. En el camino se había quitado la fina chaqueta que le cubría el cuerpo, ya que el Sol se había despertado por completo. Se agachó para despedirse. Sus ojos, siempre alerta, destellaban un brillo de pasión envidiable.

Me miró el ordenador pulsera de mi mano y vio que estaba cargado y en funcionamiento.

—Bueno, es hora de que vayas a aprender un poco más.

Me estaba dando ya la vuelta para cruzar el patio cuando mi padre me agarró del brazo y me giró ciento ochenta grados para ponerme de nuevo frente a él.

—Miguel, esto es un secreto entre tú y yo. Lo que hemos hecho hoy por la mañana no se lo puedes contar a nadie.

—¿Me lo prometes? —me susurró en voz baja.

Meneé la cabeza afirmativamente.

—Ni a mamá, ni a tu hermana, ni a nadie, ¿vale?

Volví a menear la cabeza más efusivamente para dar más constancia de mi afirmación y demostrando en parte cierta desatención e ignorancia.

Mi padre me soltó el brazo, que lo agarraba con fuerza, pero sin hacer daño, y me dio una palmada en el culo indicándome con ese gesto que era hora de marchar al colegio.

Apenas había avanzado unos metros oí como padre me llamaba.

—¡Miguel!

Me volví para mirarlo. Él me sonreía alegremente mientras sacaba a hurtadillas de su bolsillo otra naranja y me la mostraba lo justo para vislumbrarla, pero que ninguno de los otros críos y padres que nos acompañaban pudieran intuirlo siquiera.

Sonreí como lo que era, como un niño de cinco años que había probado por primera vez en su vida una naranja y era cómplice de un secreto con su ídolo familiar.

Me volví para ir al colegio feliz y radiante. Esa fue la última vez que vi a mi padre.

V

**Centro de Alto Rendimiento Haagenbaum.
Ginebra, Suiza.
Año 25 A. R.**

—Sigo pensando que es una locura —exclamó Jenny mientras se levantaba del reconfortante sillón rojo en el que estaba. No llevaba la bata blanca típica del trabajo. Vestía un suéter azul claro, pantalones vaqueros oscuros y un pañuelo color madera en su cuello le daba un toque de elegancia. No llevaba las gafas, y sus ojos verdes mostraban una clara irritabilidad en lo que estaba diciendo.

—Sabes que es la única opción que tenemos —replicó Robert sentado en la otra parte de la habitación.

Robert era un tipo pelirrojo, de pelo alborotado, y su barba cuidada no dejaba entrever en todo su esplendor su cara pecosa. Sus ojos eran verdes claros, muy claros, casi demoníacos, que junto a una pequeña cicatriz en la frente le confería un semblante maquiavélico.

Se levantó del sofá y fue hacia la máquina de café que tenía cerca de la puerta, dejando ver un chándal de color negro con trazos blancos. La chaqueta estaba abierta mostrando una camiseta de fútbol americano color naranja con el número sesenta y cinco en el frontal. Se acercó a la máquina y empezó a servirse un café.

—¿Alguien quiere un café? —preguntó.

Jenny movió la cabeza negativamente cuando Robert empezó a mirarla.

—¿Y tú, Martín? —preguntó a la otra persona que se encontraba en el recinto.

—Si, gracias Robert —respondió el tipo que cerraba el círculo de personas que se encontraban en la habitación.

Martín Soares iba con un traje azul marino, apenas distinguible del negro sino fuera porque le daba de lleno los rayos de luz del sol que entraban por la amplia ventana que tenía detrás de él. Estaba en posición informal sentado encima de una gran mesa que reinaba en la parte final de la estancia, pensando y recapitando.

—Estoy de acuerdo con Robert —empezó a decir Martín tranquilamente, quitando su mano de la barbilla, pero aún abstraído mirando al suelo. Levantó la vista y la dirigió a Jenny. Era un hombre maduro, las canas le acechaban buena parte del cabello, el cual llevaba extremadamente cuidado. Su rostro marcaba facciones angulosas, que junto a su piel morena le daban un toque exótico. Sus ojos pequeños y negros daban la impresión de estar siempre escrutando al personal.

—En estos momentos es un peligro para él mismo, para el centro y quién sabe si para el resto del mundo. Quizá, si el experimento da resultado, en unos años pueda estar haciendo una vida normal, ¿acaso no es eso lo que quieres? —terminó de decir con aire un tanto paternal hacia Jenny, invitándola con un gesto a hablar.

Ella se quedó un rato mirándolo fijamente antes de contestar, como si estuviera

pensando algo.

—Sí, claro que es lo que quiero. Es lo que siempre hemos querido aquí, ¿no? Vida normal para todos —dijo bajando la voz poco a poco, como si no creyera en sus propias palabras.

—Jenny, Jenny, Jenny —canturreó Albert mientras llevaba el café hasta Martín—. Se lo que te preocupa. Pero no tienes porqué. Tenemos algunos de los mejores neurocirujanos del mundo, por no decir los mejores. Todo saldrá bien. Tienes que comprender que ese niño ya ha sufrido bastante, sin ver a nadie, sin el contacto de otros niños, sin conocer la vida real tal y como es. Tenemos que intentar darle una oportunidad —terminó Albert mientras se acercaba hacia Jenny y le cogía de la mano.

—Sé que para ti es como un hijo, y que te preocupa su bienestar, pero también sé que si todo resulta bien Jonás podrá irse algún día de aquí. Sinceramente, creo que esto último es lo que realmente más te importa.

—Su don se perderá —dijo Jenny con los ojos tristes y casi llorosos encontrando los de Albert.

VI

**Zona Poblacional II.
Año 308 D. R.**

Desterrado.

Esa fue la palabra que utilizó mi madre. Sentada en el salón frente a mi hermana y a mí. Nada más dijo esa palabra se llevó aparte a mi hermana, y me dejó a cierta distancia de ellas, lo suficiente para no oír lo que hablaban.

Mi hermana Beatriz era mayor que yo. Tenía cuatro años más, así que cuando observé su cara me imaginé que había entendido esa palabra. Yo al menos no era capaz de descifrar su significado.

Era obvio que no era nada bueno, sino bastante malo. Mi madre, Laura, tenía sus bonitos ojos azules vidriosos por las lágrimas y la voz se le entrecortaba al hablar. Estaba muy desmejorada y descuidada, con su pelo color caoba despeinado y sin apenas ningún tipo de maquillaje. Sus palabras eran lanzadas en dirección a Beatriz, que sí que parecía entender algo de todo esto. Era difícil averiguar las sensaciones de mi hermana. Tenía la piel muy pálida y sus ojos parecían siempre reflejar malestar en todo momento. No sabía si mirando a ella la cosa era mala o muy mala. El pesimismo de Beatriz de siempre era angustiante.

Así que me centré en mirar a mi madre. Yo permanecía a cierta distancia de esa pareja de mujeres que eran mi familia.

Cuando hubo terminado, Beatriz pasó a mi lado y me miró de soslayo y entonces pude comprender que algo muy malo era lo que estaba pasando. Estaba llorando. Empezaba a tener miedo, mucho miedo.

Mi madre, con los ojos aún llorosos, se restregó alguna lágrima con el puño de la bata roja sintética que llevaba y me hizo un gesto de que me acercara.

Yo estaba a punto de llorar. Mi angustia era tal que aunque me hubieran dicho cualquier cosa por nimia que fuera, pero triste, hubiera roto a llorar.

Mi madre me cogió y me acercó a ella, me abrazó, y me dio un beso en la cabeza.

—Tú siempre has sido el favorito de tu padre. Incluyéndome a mí, de esta familia, tú eres a quien más quiere.

—¿Qué le ha pasado a papá?

Mi madre me miró a los ojos. Noté como sacaba fuerzas y se ponía rígida para contestar.

—Tu padre está desterrado.

Yo la miraba como el perro que mira a su dueño esperando que le tire la pelota. Ya lo había dicho antes, pero desterrado no significaba nada para mí. Desterrado a mi edad de cinco años era lo mismo que palabras como alegoría, convidado o circunspecto. Las sabía leer, pronunciar, pero eran vacías en su significado. Deseaba

que mi madre me explicara algo más.

—¿Qué es eso? ¿Está... —Las palabras me salían ahogadas— muerto?

Es curioso que un niño de cinco años no sepa el significado de algunas palabras, pero sea consciente de que lo es estar vivo o muerto.

Mi madre al oírme flaqueó un poco. Se volvió de espaldas un momento y me imaginé que de nuevo sacó energías para hablarme.

—No, no está muerto, cariño —mi madre no sabía cómo seguir— pero como si lo estuviera.

Al oír esas palabras mi corazón latía tan fuerte que pensaba que mi sangre se iba a salir por las orejas, la nariz y cualquier otro orificio de mi cuerpo. La tensión, los nervios y la confusión me habían parado las lágrimas.

—No entiendo —le dije a mi madre casi susurrando y con cierto ramalazo de súplica.

—Tu padre está muy lejos, Miguel, y nunca más lo veremos. No sabemos si está muerto o vivo, porque nunca más lo volveremos a ver.

Mi madre rompió a sollozar con sus últimas palabras mientras se llevaba las manos a la cara para tapársela. En esos momentos, como si fuera el primer momento en mi vida en que me tuve que sentir el más fuerte de mi familia, la abracé y dejé que llorara. Yo no lo hacía, desde ese momento supe que mis lágrimas siempre tendrían que ser interiores y que reposarían en mi corazón hasta el día que él no pudiera aguantarlas.

Años después, en el colegio, esta última frase de mi madre, que nunca se me olvidaría, le encontré una analogía que solo con el tiempo y la distancia se pueden hacer. Fue cuando me enseñaron la paradoja del gato de Schrodinger en Física. Exactamente eran casi las mismas palabras de mi madre para contarme una trágica situación familiar real las que servían para explicar una de las paradojas más curiosas de la física cuántica. Ahí fue cuando empecé a darme cuenta que mi padre estaba a la vez muerto y vivo, como el gato de Schrodinger. En esa paradoja, el gato del experimento estaba a la vez en dos estados, vivo y muerto, y solo se deshacía la duda observando al animal. Cuando lo observábamos entonces descubríamos si realmente estaba muerto o estaba vivo, pero mientras no lo hiciéramos, el gato existía en el universo de ambas maneras. Esto que servía para explicar el comportamiento de las partículas subatómicas, podía explicarse a la situación de mi padre en mi macrocosmos particular.

Por lo tanto, mi padre para mi estaba muerto y vivo, como si dos universos paralelos y posibles coexistieran a la vez.

VII

**Centro de Alto Rendimiento Haagenbaum.
Ginebra, Suiza.
Año 25 A. R.**

Sonó un pitido breve en el monitor de Martín. Una pequeñita pantalla de video mostró la imagen de una joven y atractiva rubia que iba excesivamente maquillada.

—Si, Silvia, ¿qué pasa? —preguntó Martín sin levantar la vista de los documentos que estaba observando.

—El general Neil está aquí —canturreó la joven mientras mascaba un chicle y se atusaba el pelo con un bolígrafo.

—Gracias. Hágale pasar —comentó Martín.

Hacía apenas una semana había recibido una extraña llamada que provenía del Ministerio de Defensa de los Estados Unidos. Parecía que estaban muy interesados en algunas de las labores científicas del centro, pero no querían dar datos específicos por teléfono, por lo que el General Neil había solicitado una cita con el director, Martín Soares.

La puerta del despacho se abrió y apareció Silvia, su secretaria, con una minifalda color crema y una torera del mismo color que cubría una fina camiseta de tirantes blanca. Se quedó en la puerta mientras pasaba el general, y una vez hubo entrado el militar, salió. Al oír el golpe el general silbó.

—¡Vaya señorita!

Soares sonrió pícaramente mientras se levantaba a recibir al general.

—Si, general, rodéese de gente bella y al final uno lo parecerá —dijo mientras estrechaba fuertemente la mano del invitado.

—General.

—Por favor, llámeme Tom —dijo el militar, mientras se aposentaba de uno de los hermosos sillones del despacho invitado por el gesto del propio Soares.

Tom Neil iba vestido de uniforme, del que colgaban un montón de medallas. Su pelo canoso era muy corto. Martín pensó lo poco que había evolucionado la imagen militar en los últimos tiempos, y más concretamente el norteamericano. Pensó que si alguien viera una película de mitad del siglo veinte sobre militares no encontraría diferencia alguna con el hombre que tenía delante. El general tenía una pequeña cicatriz en la papada, sus ojos eran pequeñitos y verdosos, y su tez era oscura claramente curtida por el sol.

—Lo primero de todo, gracias por recibirme. Entiendo que será un hombre ocupado. Y lo segundo, perdone usted mi forma de hablar en su lengua, ya que hace tiempo que no la practico —comentó el general con una sonrisa.

—No se preocupe —agregó Martín—. Mi idioma natal es el portugués. Así que estamos los dos en el mismo tren.

—¿Quiere algo de beber? ¿Un café? Silvia lo traerá en un momento ya que no le aconsejo la máquina que tengo aquí al lado. Es horrible —terminó Martín con una pequeña carcajada, que fue acompañada por el general.

—No, gracias. No quiero nada —contestó el militar mientras cogía una buena posición en el sillón.

—Pues usted dirá, Tom. ¿Qué le trae por nuestro centro?

—Bueno, supongo que algo le habrán comentado desde el ministerio, ¿no?

—Sí, pero la verdad, vagamente. Me comentaron que estaban ustedes interesados en alguno de los proyectos que estamos investigando en el Centro, pero no concretaron nada más. Hay numerosos proyectos operativos en estos momentos y ni siquiera yo sé de todos. Aunque sinceramente, nuestros proyectos de investigación son meramente científicos y médicos, no se en que puede estar interesado el Ejército de los Estados Unidos —argumentó Soares de manera un tanto desconfiada.

El general Neil esgrimió una sonrisa fingida. Tranquilamente se llevó la mano a uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó lo que parecía ser una foto. La observó un momento y se la pasó a Martín.

—Estamos interesados en él.

Cuando Martín vio la foto se quedó helado. Era la foto de Jonás. Muchos pensamientos se le pasaron por la cabeza. Se puso nervioso y el pulso se le aceleró, pero intentó guardar la apariencia de tranquilidad. En su cabeza intentaba asimilar como aquel hombre había podido llegar a saber de ese muchacho.

—¿Quién es? —preguntó Martín intentando ocultar su inquietud.

El general Neil soltó una carcajada enorme.

—Señor Soares —empezó a decir en tono paternalista— tiene usted delante a un alto miembro del ejército de los Estados Unidos, que ha luchado en la guerra de Irak y condecorado con varias medallas. ¿A quién quiere engañar? —terminó mientras le observaba con una mirada penetrante y fría.

Martín no sabía que decir o argumentar y su silencio, que avanzaba en el tiempo, lo delataba ante él. El general se levantó y empezó a caminar por el despacho. Se acercó a unos cuadros que colgaban de la pared y mientras observaba uno de ellos comenzó a hablar.

—Se estará preguntando como se lo del niño, ¿verdad? Pero no solo se eso —concretó mientras se volvía hacia Martín.

Soares se temió lo peor y su cara se mostró desenchajada.

—Señor Soares, estamos muy interesados en ese niño —dijo el general mientras se acercaba a la enorme ventana que había en el despacho—. Los poderes que concentra ese niño los necesitamos, y por supuesto, estamos en contra de esa operación que ustedes le quieren hacer.

Volvió su mirada de nuevo a Soares, que permanecía inmóvil en su sitio.

—Entiéndame, ese niño representa para nosotros una esperanza que va más allá de lo que usted pueda comprender. Vuelvo a repetir, no es un capricho, lo

necesitamos.

Martín sabía que no podía ocultar más su conocimiento sobre el caso, así que intentó mostrar firmeza en sus palabras.

—Ese niño jamás saldrá de aquí, general —sentenció Martín, despertando una nueva mueca hostil en el rostro del militar.

—Señor Soares, usted no lo comprende. No he venido sólo como representante del ejército de mi país. Vengo como representante del Gobierno de los Estados Unidos —afirmó el general solemnemente—. Y nada, ni nadie va a impedir que ese niño se venga conmigo. Mi intención es que todo se lleve en un clima de cordialidad, cooperación y discreción. Ahora bien, esa no es mi orden prioritaria. Mi orden principal es llevarme al niño, no importa como sea —terminó el General que se había acercado a Soares y había tomado una actitud claramente desafiante—. Tiene usted cuarenta y ocho horas para preparar las excusas, papeleos y todo lo necesario para que el traslado del niño se efectúe en ese tiempo de la manera más discreta, convincente y rápida que su puesto le permita.

—¿Y si me niego? —preguntó Martín Soares.

El General lo miró fijamente como si hubiera estado esperando esa respuesta desde que entró. Se volvió a meter la mano en el bolsillo contrario del que anteriormente había sacado la foto, y de nuevo sacó algo. Era otra foto, un poco más grande, y se la dio a Martín.

Si la anterior le heló la sangre, cuando vio esta se sintió morir por unas décimas de segundo. La imagen mostraba a su mujer y sus dos hijas jugando en el jardín de su casa.

—Se lo he dicho. Mis órdenes son claras; llevarme al niño. Y lo haré de una manera u otra. Espero que usted me ayude a que todo sea más sencillo —comentó el General Neil mientras se alejaba rumbo a la puerta de salida—. Señor Soares, sea usted inteligente. No se le ocurra llamar a nadie, ni a la policía, ni a su Gobierno... a nadie. Pondría en riesgo a su familia, y la de más gente, y al final, obtendría mi objetivo igual, pero habría más víctimas por las que llorar. Pasado mañana, a las doce horas, vendré a por el niño. Gracias por su amabilidad —terminó mientras salía y cerraba la puerta del despacho.

Martín Soares no había sido capaz ni de levantarse de su sillón. Estaba allí, con la sangre helada y la foto de su mujer y sus hijas en la mano, observándola. A su lado, reposando sobre el sofá, la foto de Jonás. La cogió y la sostuvo con la otra mano. Alternó la mirada en las dos fotografías hasta que se quedó fija en la foto de Jonás.

VIII

Zona Poblacional II.
Año 308 D. R.

El planeta estaba dividido en tres zonas poblacionales, cinco zonas vacacionales, y el resto era zona prohibida. Las zonas poblacionales eran las zonas geográficas del planeta donde podían residir los humanos. Estas tres zonas se denominaban Zona I, II y III. Esas tres zonas, a grandes rasgos, y delimitadas específicamente a través de paralelos y meridianos estrictos, eran las zonas donde podíamos vivir los seres humanos del Planeta.

Había otras zonas donde algunas personas podían vivir, de manera eventual u ocasional, principalmente por motivos laborales y serviciales. Eran las zonas vacacionales.

Estas zonas eran partes geográficas a las que los humanos teníamos acceso, pero solo temporalmente para nuestras vacaciones y esparcimiento de ocio. Estaban sostenidas por personal que trabaja indefinidamente allí. Se consideraban lugares importantes del Planeta, pero estaban abiertos para ser disfrutados por todo aquel que le apeteciese o pudiera. La presencia en estas zonas estaba altamente regulada, de manera que en ningún caso se pasara un estricto número de visitantes para mantener el equilibrio lúdico con el de sostenibilidad.

El resto era zona restringida y prohibida para el hombre.

Ningún ser humano bajo ningún concepto podía vivir en ninguno de estos bloques restringidos. Solamente se podían visitar en ocasiones muy puntuales y bajo permiso legislativo para investigaciones científicas o de otra índole.

Nadie vivía en las zonas prohibidas. Nadie, a excepción de los desterrados.

Los recuerdos que tenía sobre mi padre los repetía todas las noches antes de dormir. Mi mayor miedo era que llegara un día en que se difuminaran como una niebla y desaparecieran. Necesitaba recordar su cara, su sonrisa, sus gestos, y especialmente sus palabras y consejos. No eran muchos, quizá por eso los seguí tan encarecidamente.

Siempre ponía hincapié en que estudiara mucho, que aprendiera, y en eso puse todo mi afán.

Cuando te haces mayor es cuando descubres la grandeza de los buenos consejos que te dan de pequeño.

En el planeta se hablaban cuatro idiomas básicamente, como ya me había explicado mi padre, y después me contaron en el colegio: Inglés, español, árabe y mandarín.

El Gobierno de la Sede no prohibía expresarse en ninguna lengua particular, pero sí fomentaba el uso de estas cuatro en todo el Planeta, de manera que era obligatorio cursar estos idiomas en todos los colegios del mundo.

Era por esto que las lenguas del pasado, como las llamaba mucha gente, iban en decremento popular, aún a pesar del esfuerzo de algunas personas por preservarlas. Parecía un acto contra natura, ya que la gente estableció muy pronto las ventajas y el pragmatismo de poder comunicarse con todo el Planeta.

La idea de la Sede en un futuro era unificar el idioma de todos los humanos. De momento no se sabía cuál sería, era un recorrido a medio plazo, pero había succulentos debates en Earthnet, cada uno defendiendo su postura. De momento el inglés era el que tenía más visos de ganar esta competición lingüística.

No dejaba ser curioso que cuatro idiomas tan diferentes en todos los aspectos fueran hablados a la vez por casi todas las personas del planeta.

Lo que está claro es que a un niño le cuesta tan poco, o al menos lo mismo, aprender a escribir árabe que hacer una raíz cuadrada. Un niño es un lienzo en blanco esperando a ser pintado. Es cuestión de saber que dibujar.

Habían pasado suficientes generaciones como para que eso ya no fuera un problema.

Pero en el colegio no dábamos solo idiomas. El resto de asignaturas, casi en su totalidad, eran sobre Ciencia. Las modalidades, como así se llamaban en el colegio, correspondían a: Biología, Geología, Astronomía, Física, Química, Matemáticas y Botánica.

Fuera un poco de este tono, estaban los cuatro idiomas, Tecnología, Informática, Historia de la Ciencia, e Historia de la Civilización Tipo I.

Esas quince asignaturas en mayor o menor medida eran el *grosso* de la escolarización obligatoria que llegaba hasta los dieciocho años. Se había considerado que con esa edad y los conocimientos adquiridos, dependiendo de las cualidades del alumno, se estaba ya en plena disposición para al menos comprender y respetar las pautas de comportamiento socio científico que regía en esos momentos el mundo.

Anterior al Día de la Recuperación no había Historia, o casi. La única Historia merecedora de enseñar y aprender eran algunos descubrimientos importantes científicos que todavía eran necesarios para el día actual, y en su honor, en honor de esos grandes adelantados de su tiempo se les recordaba en la Historia de la Ciencia, de manera *sui generis* y omitiendo casi todos los datos en el tiempo. Los descubrimientos en sí posteriormente eran profundizados en cada una de sus modalidades científicas.

Todo lo demás formaba parte del origen, del Día de la Recuperación, hasta hoy, y se daba en Historia de la Civilización de Tipo I.

Se consideraba que el ser humano hasta el día de la Recuperación había vivido en una civilización de Tipo 0.

Se pensaba que el ser humano había evolucionado de tal manera en conjunto como sociedad que había avanzado de nivel.

Convinieron, desde el Gobierno de la Sede, que no sería bueno volver a repasar, estudiar y analizar los hechos que acontecieron a nuestros antepasados para no caer

en el pecado de una involución, ni contar las vergüenzas de nuestros ascendientes.

Lo poco que se sabía y que nos contaban desde el colegio y los medios, es que era un mundo sembrado por el caos, el fanatismo, las guerras, y especialmente la autodestrucción del planeta y por ende, del mismo ser humano.

Pasadas ya varias generaciones, lo que se empieza aprendiendo y se enfatiza, como los idiomas por ejemplo, se termina asentando, lo que se obvia y se oculta, acaba desapareciendo. De esa civilización, definida en los textos que nos mostraban en Earthnet como Tipo 0, apenas ya eran unas brasas a punto de apagarse en la memoria tanto individual como colectiva. Lo poco que nos evocaba esos tiempos eran nombres propios que nuestros maestros definían como «*hombres de mente de civilización tipo I*» que tuvieron que vivir en el oscuro mundo de una civilización anterior, como Einstein o Darwin.

Posteriormente, a los dieciochos años, podías elegir seguir estudiando y especializarte en alguna de las modalidades, durante cuatro años más, o bien ya establecerte en un negocio propio o ajeno.

Pero si hay algo que recuerdo de más joven, justo apenas meses después de la desaparición de mi padre, fue al profesor Augusto Swanck, que nos daba clases Historia de la Civilización Tipo I.

El primer día que entró estaba absorto en mis pensamientos, mirando la pantalla del monitor donde mostraban siempre los mismos datos antes de empezar cualquier clase.

<Miguel Almagro, nacido el 3 de diciembre del 332 D. R. Madre: Laura Almagro. Hermanos: uno. Sangre: A+. Media Modalidades: 8.7>

Ese encabezado se mostraba todos los días, ocupando la parte superior del monitor. La media correspondía a los exámenes que se habían realizado sobre las asignaturas hasta la fecha. Desde hacía tres meses el nombre de mi padre había desaparecido del encabezado. El destierro no solo era físico, sino a todos los niveles.

Me distrajo de mis pensamientos la entrada del profesor Swanck. Era nuestro profesor más joven, no alcanzaría los treinta años, pelo rubio cuidado y largo, y cejas tan marcadamente rojizas que apenas se distinguían en la distancia. Sus ojos azules eran serenos y calmados.

Vestía la típica capa violácea de todos los profesores, y que viera por primera vez en el Templo.

Ese día el profesor nos ofreció apagar los monitores que iluminaban frente a nuestros ojos. La decena de muchachos que estábamos allí sentados nos empezamos a mirar extrañados. Desenchufar un aparato, desenchufar Earthnet en clase era tan anormalmente extraño que no salíamos de nuestro asombro.

El profesor insistió.

—Venga, chicos, apagad los ordenadores. El mundo no se va a acabar porque

disfrutemos un rato de nuestra única presencia.

Procedimos a apagar los equipos y con ellos Earthnet.

Fuera lo que fuera lo que iba a pasar o nos iba a contar, el profesor Swanck había conseguido llamar la atención de la clase, y particularmente la mía.

El profesor empezó a caminar pensativo por el aula. Detrás de él Earthnet seguía enchufado en una pantalla gigantesca de cerca de cien pulgadas. Como si de repente se sintiera observado, miró a la pantalla. Se fue el lateral derecho de la puerta de entrada, pulsó un botón y el monitor se apagó por completo hasta quedar en un fundido en negro.

—Casi se me olvida apagar la mía —dijo el profesor mientras nos sonreía.

—¿Qué sabéis de la civilización anterior? —preguntó el profesor Swanck. Mientras, se había quedado parado en medio del aula con las manos recogidas detrás esperando la respuesta de alguno de nosotros.

Nadie contestaba. Todo el mundo fruncía el ceño, extrañados ante la pregunta.

De repente, Jessica soltó algo.

—Estaban muy retrasados —dijo. Llevaba unas trenzas a cada lado de su cara, que con las pecas y sus brillantes ojos verdes le conferían un semblante entre infantil y malévolo.

El resto de la clase empezó a reír. A mí no me hacía gracia nada que viniera de Jessica en esa época.

—¿Quién te ha dicho eso, Jessica? —dijo el profesor.

Jessica dudó un momento, pero solo fue un instante.

—Mi padre.

Lo dijo con un retintín solvente que me ponía enfermo.

El profesor Swanck no la miraba con el mismo desprecio que yo, pero podía ver que tampoco le hacía gracia los alardes de líder que mostraba.

Otro compañero levantó la mano para poder hablar.

—Si, Abdul —dijo el profesor para que interviniera el alumno.

—A lo mejor no estaban retrasados, pero sí que eran malos. Había guerras, muerte y destrucción.

El profesor empezó a mover el dedo señalando a Abdul mientras arqueaba las cejas arriba y abajo.

—Abdul y Jessica han dicho algo interesante. Realmente no es que estuvieran retrasados o fuesen malos, el problema es que estaban menos evolucionados.

—¿Habéis dado la evolución de las especies en Biología ya?

Todos respondimos que no.

—Bueno, no tardaréis en darlo. Lo que viene a decir, por cierto, teoría dada por uno de los «retrasados» que hablaba Jessica —comentaba el profesor mientras miraba a Jessica con un sonrisita—... lo que viene a decir es que nosotros, el hombre, hemos evolucionado de otras especies, en concreto del mono. ¿Habéis visto monos?

—En Earthnet —respondió Jessica rápida y eficazmente.

—Sí, ahora tenemos gran cantidad de simios, aunque prácticamente no los podemos ver en la vida real —dijo con tono sarcástico el profesor—. Por cierto, pocos años antes del Día de la Recuperación estaban a punto de extinguirse.

Jessica levantó de nuevo la mano fervientemente.

—Si, Jessica.

—¿Qué es extinguirse?

Me molestaba reconocer que era una buena pregunta.

—Extinguirse es desaparecer. Que no quede ni un solo ejemplar en el mundo de una especie, de un animal o de un ser vivo.

Todos emitimos una sonora exclamación de sorpresa y reprobación. Todos sabíamos, porque nos lo habían contado, que los animales eran sagrados.

El profesor hizo signos con la mano en señal inequívoca de que bajáramos el tono de gravedad que mostrábamos.

—Tenéis que ver en ellos el respeto que ahora tenemos por seres inferiores no evolucionados como nosotros, como los animales. Si ahora respetamos al resto de especies también tenemos que respetar a nuestros antepasados, aunque en su tiempo hicieran cosas monstruosas.

—Además —continuó el profesor— hemos heredado muchas costumbres sociales de ellos, y otras las hemos recogido y las hemos mejorado, como el calendario, el intercambio de bienes, o la forma de vestir.

Durante el primer trimestre el profesor Swanck procedía con el mismo ritual. Nos hacía apagar los ordenadores y se ponía en el medio de la clase a charlar frente a nosotros. Escasas veces encendía la pantalla gigante que tenía detrás, a no ser que tuviera que explicar algo que con imágenes se pudiera entender mejor.

Durante los siguientes tres años se daba Historia de la Civilización Tipo I, y era en este primer año donde se daba el inicio y los primeros tiempos de nuestro pasado. Los otros dos cursos complementaban los más de trescientos años de nuestra reciente historia.

IX

Baltimore. Estados Unidos.

Año 13 A. R.

Se preguntaba de quien habría heredado ese pelo tan oscuro, casi negro, si de su padre o de su madre, mientras se miraba al espejo. Movi6 la cabeza e hizo crujir sus v6rtebras. Una voz empez6 a escucharse. Venía desde fuera del cuarto de baño y se notaba que se iba acercando.

—Que sí, que sí, que eres muy guapo, Jonás —termin6 diciendo una jovencita rubia de ojos castaños que solo vestía unas braguitas blancas. Lo abraz6 por la espalda y empez6 a darle besos por el cuello.

Jonás empez6 a reírse.

—No creo que mi mayor cualidad sea esa —dijo.

La chica gir6 pero sin dejar de abrazarlo, hasta colocarse enfrente de él, a escasos centímetros de su boca.

—Si, ya sé que eres un súpergenio, pero a mí me pareces muy atractivo, ¿qué le vamos a hacer?

Y le dio un beso.

—Anda, vístete y sal de la residencia con cuidado, que como se entere alguien que has pasado la noche aquí se me cae el pelo —dijo Jonás mientras golpeaba el trasero de la chica.

Ella sonrió y se fue a la habitación.

—Jonás —dijo desde la distancia.

—No, hoy por la noche no puedo Elisabeth, tengo mucho que estudiar —dijo rápidamente mientras se preparaba la crema y el cepillo para los dientes.

La joven, aún vestida solo con una blusa roja que le llegaba hasta mitad de los muslos, se acerc6 al umbral de la puerta del cuarto de baño.

—¿Cómo sabías que te iba a preguntar eso?

Jonás, con el cepillo en la boca se volvi6 y la mir6. Se rio y le asomaron todos los dientes llenos de crema.

—Intuición femenina —dijo casi sin entenderse.

Elisabeth se rio escandalosamente.

Se acerc6 y le dio otro beso.

—Mañana te llamo pues.

Apenas hubo salido del cuarto de baño la muchacha, escupi6 la crema que llevaba en la boca sobre el lavabo, levant6 la cabeza al espejo y se mir6 a los ojos.

—Ya lo sabía —dijo casi susurrando.

La joven Elisabeth se había marchado lo más sigilosamente que pudo de la residencia de estudiantes. Jonás mir6 el reloj. Aún no eran las seis de la mañana.

El habitácul6 en que residía apenas tenía una veintena de metros cuadrados, que

se completaban con una pequeña habitación para el aseo. Una cama totalmente desecha por la actividad sexual nocturna, una televisión plana colgada de la pared de enfrente, y enormes estanterías llena de libros era lo poco que albergaba, junto a una cómoda silla, un escritorio y una lámpara.

Encendió la televisión. La CNN daba las primeras noticias de la mañana.

<Tres supuestos terroristas islámicos han sido detenidos en el aeropuerto J. F. K. en la medianoche de hoy. Los supuestos terroristas llevaban varios artefactos explosivos de manufacturación casera. Los detenidos pasarán a disposición policial donde serán interrogados, y quedarán a la espera...>

El teléfono móvil, colocado encima del escritorio, empezó a sonar. Jonás apagó el sonido de la televisión y fue a cogerlo.

Miró el nombre que salía en pantalla. Levantó la cabeza, suspiró y contestó.

—Buenos días general.

—Buenos días Jonás, ¿te he despertado?

Jonás se rascaba la frente mientras hablaba.

—No, general. Estaba viendo un poco la televisión.

—Genial. Pues me ahorras trabajo. Si has puesto las noticias habrás visto que te necesitamos lo más pronto que te sea posible. Tenemos tres sospechosos, como puedes imaginar es muy importante. Ya los hemos trasladado a la Base.

—Si, ya lo he visto —dijo casi con resignación.

—¿A qué hora podrás estar? —preguntó el General con cierta impaciencia.

Jonás cerró los ojos.

—¿A las ocho le parece bien? —volvió a decir sin mucho entusiasmo.

—Perfecto. Qué lástima que no puedas leer la mente de esta gentuza por televisión, nos ahorraría mucho tiempo —dijo el general riendo al otro lado del teléfono.

—Que gracioso —contestó Jonás, mientras colgaba no de buen humor.

Se vistió rápidamente, cogió una carpeta que tenía encima del mismo escritorio donde estaba el móvil, y abrió la puerta para marcharse.

Al poco de salir se dio cuenta de algo.

—Mierda.

Volvió a entrar al cuarto, fue al cajón del escritorio, lo abrió y sacó un pequeño aparato reproductor de música.

—No puedo salir sin esto —dijo en voz baja. Se puso los auriculares y lo encendió. Una música guitarrera extrema sonaba tan alta que se podía oír desde cualquier punto de la habitación.

Salió corriendo. Cruzó un pasillo largo, lleno de habitaciones que permanecían cerradas, y bajó las escaleras. Estaba amaneciendo, y la luz ya empezaba a colarse débilmente por los cristales de las ventanas que acompañaban la bajada a la planta

calle. Llegó al *hall*. Una mujer negra y bastante obesa estaba sentada en una mesa, con la mirada fija a un monitor, mientras apuraba una taza de café. Una mujer mayor parecía conversar con ella.

—¡Buenos días Ángela! —gritó el muchacho mientras pasaba como una exhalación para salir del centro.

—Buenos días, Jonás —contestó la mujer de color casi sin inmutarse y en voz baja, sabiendo que no lo iba a escuchar.

La mujer mayor se quedó observando el rápido fluir de la escena.

—¿Es alumno? —preguntó la vieja.

—Sí, cariño. Es Jonás. Este es su último año en la Johns Hopkins, está a punto de terminar con dieciocho años la carrera de Física Teórica y Astrofísica. Siempre anda con la música metida en la cabeza, yo no sé ni cómo saca buenas notas con semejante ruido. Pero bueno, cariño, esa es la diferencia entre los genios y los mortales. Como le decía, las pruebas para niños entre cinco y siete años comienzan el lunes próximo.

Jonás había parado de correr al salir del centro. Su mirada buscaba un taxi. Un par de minutos fueron suficientes para acceder a su deseo. Se montó en el asiento de atrás y se quitó uno de los auriculares que llevaba.

—Base Andrews, por favor.

X

**Zona Prohibida.
Costa Atlántica.
Año 308 D. R.**

Un hombre con barba blanca oraba desde una tribuna improvisada. Cuatro plataformas de hierro oxidadas servían de púlpito para el enérgico señor que gritaba a unos centenares de personas agolpadas a pocos metros.

—Hoy tenemos un mártir. El hombre que hoy ha muerto lo ha hecho por una noble causa. Orar hermanos cada uno en sus creencias.

El hombre, con ropa desgastada y harapienta, se mantenía en pie sobre las cajas. Juntó las manos, cerró sus ojos castaños y empezó a mover los labios, pero sin oírse nada.

A su espalda se veía el océano, con pequeñas olas que llegaban a unas calas donde se podían divisar pequeñas embarcaciones de madera.

El resto del público se silenció y solo un murmullo continuo era lo que rompía la quietud. El viejo, quizá no tanto, pero aparentado por sus canas y su descuidado aspecto abrió los ojos, separó las manos y miró a los presentes.

—Hermanos, probablemente tendremos represalias, y lo sabéis, pero hoy ha sido un duro golpe contra la dictadura que nos encarcela como hombres y como raza.

El público gritó enfervorecido levantando los brazos y golpeando objetos que llevaban en sus manos. Algunos llevaban lo que parecían cacerolas de cocinar, otros cuencos de cerámica que golpeaban con palos de madera y algunos, solo los que estaban más cerca del orador, parecían portar armas de fuego que levantaban al viento.

—Pero no temáis, porque la verdad nos avala. Es mentira aquel que dijo que hay diferentes verdades. Solo existe una, y nosotros la conocemos.

De nuevo la masa proclamó su júbilo.

El orador, de estatura pequeña, hizo señales a la gente para que le dejaran hablar.

—Pero no odiamos hermanos. No debemos odiar. Los que están al otro lado —dijo señalando al Norte— desconocen el mundo en el que viven, la dictadura a la que están sometidos. Como lo estabais muchos de vosotros. Solo necesitamos hacerlo público. Pero para ello tenemos que hacernos fuertes, encontrar la manera de llegar a ellos, y contarles la verdad. Lo demás, vendrá solo. En ese momento, no seremos pocos, como ahora, seremos millones, y podremos retomar el control de nuestras vidas y de nuestra propia raza.

De nuevo el ruido de centenares de personas se oyó en alabanza a las proclamas.

Al fondo, alejados de la muchedumbre, alrededor de una decena de personas oían el discurso desde la distancia, sentados sobre troncos de madera y bajo unos enormes palmerales.

Uno de ellos, también con barba espesa y canosa, pero de mirada más juvenil metió la mano en el bolsillo de un chaleco de piel raída. Sacó una naranja y un cuchillo, y empezó a pelarla.

XI

Baltimore. Estados Unidos.

Año 11 A. R.

Se veía anochecer desde el gran ventanal que tenía en su despacho el general Neil. En Maryland muchos atardeceres mostraban colores pálidos sobre unas nubes rosadas que el militar gustaba de contemplar. Sentado en su sillón de cuero, de espaldas a su enorme mesa de madera de haya repleta de papeles, fotos de su familia y en otros tiempos compañeros de guerra, fumaba un enorme habano Romeo y Julieta traído desde la mismísima Cuba.

El agradable momento fue interrumpido por el sonido de su teléfono.

—Si, Roger.

—Tengo en espera a Jonás Denis, pregunta por usted —dijo la voz metálica por el interfono.

El general, que se había vuelto otra vez de espaldas a seguir contemplando el atardecer pidió que le pasaran la llamada dejando la conversación al aire.

—¿General? —Se oyó por el altavoz.

—¡Jonás! Muchacho, ¿qué interrumpe mi mejor momento del día? —preguntó el General Neil con sequedad.

—Lamento molestarle señor, pero necesitaba hablar con usted.

—Pues habla, muchacho.

Hubo un tiempo de silencio. El General, curtido en el mando, se volvió hacia el aparato. Se olía que algo no iba bien.

—Quiero dejarlo, señor —dijo finalmente la voz.

—¿Cómo? —espetó el General, que ya había dejado completamente su atardecer y estaba apagando su habano.

—Lo siento, señor. Pero me cuesta continuar con este tema. Ustedes son militares, e incluso de alguna manera políticos, pero yo soy científico. Quiero ser científico, ayudar a la gente... esto...

—Esto ayuda a la gente, Jonás —dijo más suavemente el General—. Estamos metiendo entre rejas a terroristas, a delincuentes del más alto nivel. ¿Qué hay más importante para nuestro país y nuestra gente que eso?

—General. No puedo. Quiero vivir la vida como el resto de las personas, necesito vivir así. Quién sabe si el día de mañana uno de esos terroristas me encuentra a mí.

El General pulsó un botón y cogió el auricular del teléfono.

—Jonás, muchacho. Te hemos dado todo lo que está en nuestras manos. Tienes dinero y la mejor educación que se te puede ofrecer con tus cualidades. ¿Qué más quieres?

—Quiero una vida. Quiero el día de mañana poder tener familia, mujer, hijos, como cualquier persona normal, y sobre todo poder salir a la calle sin saber que me

pueden volar el coche en mil pedazos. No puedo continuar, necesito dejarlo.

El General se rascaba el pelo en claro síntoma de nerviosismo y desesperación.

—Lo tendrás Jonás, confía en mí, lo tendrás. Pero debes seguir con nosotros, es lo mejor para todos. Créeme.

El militar se quedó esperando. Se había hecho el silencio en el otro lado de la línea telefónica.

—¿Jonás? —preguntó el General.

—Lo siento, señor. Le agradezco todo lo que hizo por mí, pero no puedo seguir.

Y colgó.

—¿Jonás? ¿Jonás? —preguntaba el general.

—Mierda, me cago en la puta —volvió a vociferar mientras estrellaba el auricular del teléfono contra el aparato varias veces.

Se quedó con el brazo apoyado en la mesa y su cabeza, mientras unas gotas de sudor resbalaban por su frente.

Cogió el habano que había apagado y se lo volvió a encender. Abrió un cajón del escritorio y sacó una carpeta color fucsia. Dentro, un pequeño papel con el sello del Gobierno de los Estados Unidos mostraban apenas unas líneas escritas. Las volvió a releer de nuevo, como lo hiciera hace apenas un par de semanas cuando le había llegado la carta.

< Mi querido General Neil,

No puedo otra cosa que felicitarle por la labor que está desarrollando en la lucha antiterrorista y por el bien de nuestra patria. Sus logros son fundamentales, ya no solo para la paz en nuestro país, sino para la de todo el mundo.

Me han dejado constancia de sus inclinaciones políticas futuras. No le quepa duda de que si sigue por este camino, tanto un servidor como mi partido se pondrán a su entera disposición para prestarle toda la fuerza que podamos ejercer para su carrera como senador. Luego, quien sabe, quizá pudiera ser usted, con los méritos logrados, un gran y digno sucesor de mi cargo.

Un abrazo fraternal,

Presidente de los Estados Unidos de América.>

El General recogió la carpeta en el cajón, cerró con llave, descolgó el auricular del teléfono y pulsó un botón del aparato.

—Sargento Gibbs, le quiero en mi despacho en menos de media hora. Es muy urgente.

XII

**Zona Prohibida.
Costa Atlántica.
Año 308 D. R.**

El ruido ensordecedor de aviones volando a baja altura había despertado a todo el mundo. Rápidamente, como si estuviera en unos patrones de conducta innatos, todos los presentes en el poblado corrían despavoridos hacia el refugio.

A través de la selva, con un camino ya marcado y repasado muchas veces, centenares de personas se dirigían al lugar que tantos años les había costado construir.

Allí, a apenas un kilómetro del poblado, sumergido en la blanda tierra, existía un gran bunker de amplias dimensiones con alimentos y agua para al menos varios meses.

Había sido una tarea ardua y difícil con los escasos medios que albergaban, pero tenían la capacidad de contar con grandes expertos de todo tipo en el poblado. La empresa duró casi una década, pero mereció la pena.

Sabían que cuando sus actividades terroristas se pusieran en marcha necesitarían protegerse.

Los aviones escupían botes de humo y bombas de escasa consideración. La casi totalidad del poblado estaba ya en el refugio.

Se oyó desde él como los aviones pasaron varias veces. Al cabo de unos diez minutos el sonido de los motores comenzó a desaparecer y el silencio se hizo en todo el refugio subterráneo.

El bunker era enorme, con capacidad para casi mil personas, y allí, ahora mismo, no llegaban ni a la mitad. El espacio subterráneo estaba dividido en una amplia sala, la principal, llamada de estancia, tres habitáculos que correspondían a aseos rudimentarios, otros dos enormes habitáculos para el almacenaje de comida y agua, y otras dos habitaciones llamadas operacionales para el sistema de defensa. Estaba perfectamente preparado para una guerra. No en vano estaban ya en ella desde que decidieron pasar a la acción armada, y dieran el primer paso con el atentado al barco de los científicos.

—Parece que se han ido, Lewis —dijo uno de los pocos que portaba un arma en su cintura.

El hombre de barba que hace escasos días había hablado desde el púlpito dio un paso al frente.

—Necesitamos que alguien salga fuera y lo compruebe —dijo con voz de mando.

Rápidamente un chico joven, de los pocos que no llevaba barba, fue veloz hacia la salida superior del refugio, al que se llegaba con una escalera de varios metros. Giró una manivela con toda la fuerza que pudo mientras el resto lo miraba expectante en un silencio sepulcral.

El joven muchacho, muy vivo, delgado y pequeño, abrió la tapa de acero que servía de cierre hermético. Todos esperaban atentos una señal, pero no parecía llegar. Al cabo de varios segundos la impaciencia parecía contagiarse de persona en persona, con toses, movimientos de piernas y algún tic.

De repente, una voz se oyó débilmente.

—Se han ido.

Era el joven que había salido. Su voz se oía atenuada.

—¿No habrán tirado armas biológicas, Lewis? —dijo muy nervioso otro de los barbudos que estaba abajo.

Todos miraban al viejo líder.

—Tranquilos. No pueden hacer eso. Un contagio biológico, además de destruirnos a nosotros, destruiría todo el hábitat. Además del riesgo inherente a que el contagio pueda cruzar a las zonas poblacionales. Ya estudiamos eso, y estamos lo suficientemente cerca de las fronteras como para saber que eso no lo harán.

—¡Mirad! —gritó el joven desde la salida del bunker. Solo se le veía la cabeza y no por todos los presentes. Desde allí dejó caer un papel. Fue ladeando en el aire viciado y cerrado del bunker, que aunque contaba con sistema de acondicionamiento de oxígeno, no se había puesto en marcha todavía. El trozo de papel llegó a la altura de varias personas, y una de ellas lo cogió al vuelo estrujándolo. Rápidamente lo miró y fue a entregárselo a Lewis.

—Está en inglés —le dijo mientras se lo daba.

El viejo líder sacó una especie de monóculo rallado de su bolsillo, que no era más que una de las lentes de una gafa rota, y lo leyó para sí mismo.

—Es una advertencia —dijo en voz alta para que todo el mundo lo escuchara.

No la leyó. Hizo su propio resumen.

—Nos dicen que la próxima vez será mucho peor. Hablan de que sus leyes les impiden matar, pero que hallaran una solución contra nosotros.

Todo quedó en silencio. El viejo estrujó el papel y lo tiró al suelo.

—Nos tienen miedo hermanos. Sabíamos que esto podía pasar, pero no vamos a parar. La guerra ha comenzado, y la tenemos que ganar.

De nuevo una proclama de gritos y júbilos llenaron el refugio en que estaban.

Cuando todo se quedó en silencio y el viejo iba a volver a hablar, una voz se oyó escondida entre la multitud.

—Quizá deberíamos cambiar de táctica.

De repente un ruido de ropa girando y cabezas dando la vuelta se dirigieron hacia el hombre que había hablado.

—¿Quién ha dicho eso? —dijo Lewis.

La multitud hizo hueco entre el viejo y la persona que hizo el comentario. Era el hombre que hace unos días en el discurso se estaba comiendo una naranja.

—Yo, señor —dijo.

—¿Y tú eres?

—Juan Almagro.

—¿Almagro, eh? —dijo el viejo mientras se atusaba la barba canosa—. Si, Almagro, tú eres de esos que se sientan en la lejanía a escucharme. No hacéis vítores ni proclamamos por lo que entiendo que a vosotros no os interesa que ganemos esta guerra.

Las miradas enteras se posaron sobre Juan.

—Me interesa ganar la guerra. Y para mí ganar la guerra es que se sepa la verdad, no matar a personas —dijo bastante altivo.

El viejo se acercó a Juan por el pasillo que había hecho la gente entre ellos, y se puso a apenas medio metro de él, mientras lo observaba de arriba a abajo con sus pequeños y escrutadores ojos castaños.

—Esos científicos se creen dioses —dijo con cara retorcida. Se giró de espaldas a él y avanzó despacio en sentido contrario.

—Pero bien, señor Almagro, ¿qué se le ocurre a usted para ganar esta guerra que llevamos con tanta desventaja? Nuestras armas son insignificantes y nuestro número de personas miserable. Pero no tenemos algo que ellos tienen y que nos vale para ir por delante. No tenemos escrúpulos. Si usted está aquí, señor Almagro, será precisamente porque tampoco los tiene.

Y se volvió a mirarlo.

—Debemos ser listos —dijo Almagro.

—¿Listos?

Y empezó a reírse a carcajadas, y en un suspiro todo el mundo del bunker, exceptuando unos cuantos, los que estaban precisamente cerca de Juan, empezaron a reírse con su líder.

—Si, listos —dijo sin inmutarse el contrincante dialéctico. La gente y el viejo pararon de reír.

De nuevo, el líder, con cara insolente, se acercó a él, tan sólo a unos centímetros de su rostro.

—No debes ser tan listo si estás aquí, ¿no crees?

—Puede ser.

Juan se mantenía arrogante. El viejo de nuevo le había dado la espalda.

—Yo hablo de Earthnet.

El viejo al oír esas palabras se giró suavemente y su mirada había cambiado notablemente.

—Te escucho —dijo el anciano haciendo un gesto con la mano para que continuara.

—Yo trabajé en el diseño de Earthnet durante quince años. Conozco todas sus puertas traseras, conozco alguna gente del otro lado que estaría dispuesta a ayudarnos, y esta gente —hizo un gesto para señalar a los que tenía a su lado— controla de tecnología. Podríamos formar un grupo de trabajo para intentar actuar desde Earthnet.

Juan Almagro estaba siendo demasiado osado. La idea de terrorismo violento no le gustaba lo más mínimo, pero debía de ser consecuente y saber en el sitio en que se encontraba. Su vida, en la zona prohibida, no tenía ningún valor.

—No digo que sea la solución, pero quizá podría ser una vía paralela de trabajo junto a la vía armada.

El viejo se atusaba de nuevo la barba y su mirada demostraba cierto interés en lo que le estaban contando.

—De acuerdo, señor Almagro. Vamos a salir a ver los daños causados y lo que tenemos que reconstruir. Una vez hecho, me gustaría que viniera a mi cabaña y compartiéramos sobre el tema.

El viejo dio una palmada.

—¡Todos fuera!

XIII

Baltimore. Estados Unidos.
Año 11 D. R.

Estaba apoyado en la puerta. La mano en ella, como si la sujetara, pero era para no derrumbarse él. Antes de que abriera la boca el policía ya sabía lo que pasaba.

Se giró y apoyó la espalda contra la puerta mientras se dejaba deslizar hasta caer al suelo. Empezó a sollozar acurrucado como el crío que aún era.

Él sabía que no era un accidente. El mismo policía reflejaba dudas en sus pensamientos cuando se lo estaba contando.

Después de unos minutos se levantó como una exhalación y fue directo a por su teléfono. Marcó un número.

—Despacho del general Neil —respondió agradablemente un hombre.

—¡Páseme con él, ahora mismo! —gritó como un poseso.

El militar quedó mudo durante un rato.

—Perdón, ¿quién es? —dijo todo lo educadamente que pudo.

—¡Soy Jonás Denis! ¡Páseme de inmediato! ¡Ya! —gritó.

Se oyó un chasquido y empezó a sonar música clásica. La espera se le hizo interminable, aunque apenas fuera un minuto.

—¿Jonás? ¿Qué pasa?

—¿Has sido tú, verdad? ¡Has sido tú, hijo de puta! —gritaba encendido.

Nadie respondía, solo había silencio.

—¡Contesta! —gritó lo más fuerte que pudo, tanto que se oyó por todo el pasillo de la planta de la residencia sin problemas.

—Será mejor que nos veamos en persona. Dentro de una hora nos vemos en el Museo Walters.

Y colgó. Jonás se quedó con el teléfono en la oreja. Su respiración era rápida y profunda. Separó el móvil, lo miró y lo estampó contra la pared haciéndolo añicos.

* * *

El General Neil estaba en su despacho con las pupilas dilatadas mirando a ninguna parte. Acababa de colgar y tardó varios minutos en reaccionar. Pulsó un botón de su teléfono.

—Sí, señor.

—Estaré un par de horas fuera. Si ocurriera cualquier emergencia me puede llamar al móvil.

—Descuide General.

Se metió la mano a uno de los bolsillos de su chaqueta, sacó una pequeña llave y abrió un cajón de su mesa. Cogió una pistola que tenía oculta entre diferentes

papeles. Después sacó una pequeña caja de hierro y la depositó encima de la mesa.

La abrió y pudo ver un aparato electromagnético. Pulsó un botón y de repente empezaron a brotar luces intermitentes de color rojo.

* * *

Eran las doce de la mañana. La entrada al Museo presentaba un buen aspecto de gente, sobre todo de escolares que venían de excursión. El General Neil iba con su uniforme de guerra, del que apenas se veía nada, ya que estaba embutido en un chaquetón largo de piel que le cubría tres cuartas partes del cuerpo.

Le delataba la gorra militar que llevaba, necesaria para cubrir el aparato que se había colocado en la cabeza.

El día era gris y llovía débilmente. Las calles se presentaban llenas de hojas que caían de los árboles caducos. Permanecía sentado en un banco de piedra, a pocos metros de la entrada al museo. Una de sus manos estaba en el bolsillo del abrigo sujetando una fría pistola.

Al rato lo vio llegar. El taxi paró justo en la puerta de la entrada. Se dirigió hacia él como un rayo. Era lo que esperaba.

Jonás lo cogió por el cuello del abrigo.

—La mataste tú, ¿verdad? —dijo totalmente irritado entre dientes.

Con la mano que tenía libre el militar se la puso encima de los brazos de Denis, que agarraban fuertemente el cuello de su abrigo.

—No montes un espectáculo Jonás. Hay seguridad en las puertas del Museo, y además... tengo un arma en el abrigo apuntándote.

Los ojos de Jonás eran pura ira y rabia. No lo soltaba, pero de refilón su mirada vio la abultada figura de la pistola escondida en el bolsillo del abrigo.

—Suéltame, y hablaremos —intentó conciliar el general.

Poco a poco Jonás fue soltándolo, hasta que le dejó totalmente libre de amenaza. Se dejó caer sobre el banco al lado del militar. Se llevó las manos a la cara y empezó a sollozar.

—¿Por qué has matado a Elisabeth? —dijo entre lágrimas y con voz ahogada.

El general, con su mano libre, iba poniéndose bien el abrigo mientras se lo sacudía. Miraba a su alrededor intentando escrutar no haber llamado mucho la atención. Cuando se hubo dado cuenta de que todo estaba tranquilo sus ojos cambiaron de actitud y se tornaron altamente desafiantes y maliciosos.

—No me diste otra opción —dijo sin ni siquiera mirar al joven.

El muchacho se quitó las manos de su rostro, y levantó la cabeza para mirarlo. Sus ojos estaban rojos, odiosos y sedientos de venganza.

—Eres el mal encarnado —le dijo secamente.

—Esto no se puede abandonar así como así. ¿Qué coño te crees que es esto? ¿Un cursillo de verano? Por el amor de Dios, estamos hablando de una guerra. Una guerra

entre nuestro país y una civilización entera. No tienes ni puta idea de los niveles en que estamos tratando.

El general entonces volvió la mirada al muchacho.

—Eres un puto crío. Sí, con un poder increíble, pero no tienes ni idea de nada. Podrás saber mucho de la mierda esa de Física o Biología, pero no llegas a saber nada ni del hombre, ni de la sociedad en que vivimos, ni del país en el que estamos.

Jonás miraba el bulto de la chaqueta que lo apuntaba directamente.

—¿Por qué no me mataste a mí? ¿Por qué a ella? —preguntó con resignación.

—La primera pregunta es muy fácil de contestar. Porque te necesito. Porque este país te necesita.

—¿Y ella? —dijo el muchacho.

—¿Ella? —dijo el general como si no supiera que responder—. Ella es una víctima colateral en esta guerra.

El joven se incorporó recto para mirarlo. Ahora sus miradas se encontraron.

—¿Víctima colateral? —preguntó indignado.

—Ella era de lo poco que te importaba. Eres un ser antisocial Jonás. Tu don es a la vez tu enfermedad. No puedes salir a la calle sin esos cascos escuchando esa música de mierda porque te volverías loco. Tú mejor que yo lo sabes. No sé ni cómo coño llegaste a conocerla, todo el día imbuido en tus libros, en tu música, y sin apenas pisar la calle, el mundo, la realidad. Yo te he dado un hogar, unos estudios, una oportunidad, y lo más importante, una misión para que tu vida tenga sentido. No te preocupes, si quieres chicas, tendrás chicas, pero tendrán que ser encuentros esporádicos. Esta es la vida que te ha tocado vivir. ¿Puede ser una mierda? Puede ser, pregúntale a él si te la cambia —terminó mientras señalaba a un mendigo que se apostaba en las escaleras pidiendo a los turistas que entraban y salían del museo.

El muchacho dirigió por inercia la mirada al vagabundo. Luego volvió a mirar al suelo.

—Mientes. Usas retórica paternal conmigo, pero la realidad es que no voy a tener una vida normal porque tú no me vas a dejar. Porque me necesitas.

El General movió la cabeza ligeramente en un gesto de arrogancia.

—No tienes más opciones Jonás.

—Un día pagarás las consecuencias de todo esto —le dijo mientras lo señalaba con el dedo.

—Lo dudo —volvió a decir aún más arrogante el militar—. En este mundo no hay nada más poderoso que el dinero y las armas. Y las dos están de mi lado. ¿Por qué respeta todo el mundo a Estados Unidos? Porque tenemos un ejército poderoso. Porque tenemos dinero. Soy uno de los generales más afianzados en mi puesto para dar el paso a la política. Y no te hablo de política local, te hablo del top de la política, de los números uno. Tú don es una mierda comparado con mi poder. Jamás en la vida podrás llegar a tener las armas de las que yo dispongo, ni las de verdad, ni las de palabra. Jamás podrás tocarme un pelo Jonás, jamás. Cuanto antes lo aceptes, y

cuanto antes te resignes, mejor para ambos.

El joven Jonás se levantó. Llevaba un chubasquero color grisáceo, unos pantalones vaqueros y unas zapatillas de deporte.

—Espero que el día de mañana haya un mundo sin personas como tú.

Y se marchó dándole la espalda.

El general se rio.

—Falta mucho para ese día, hijo, pero mucho. No te imaginas cuanto —le dijo en voz alta mientras el joven muchacho se alejaba.

XIV

**Zona Poblacional II.
Año 308 D. R.**

El profesor Swanck encendió el monitor de clase.

Una de las escasas veces que puso en marcha Earthnet fue para mostrarnos un rostro famoso. La cara de esa persona resultaba conocida a todo el mundo porque la podías encontrar en los billetes, en las calles y muy a menudo en el propio Earthnet.

—Me imagino que esta cara os resultará familiar. Es Jonás Denis, la cabeza visible y líder del movimiento que alcanzó su esplendor con el Día de la Recuperación.

Durante aproximadamente una semana el profesor Swanck nos contó la escasa biografía conocida de Jonás Denis.

Denis había nacido en lo que ahora sería la zona poblacional II.

Poco o nada se conocía de Jonás Denis en su infancia y primera juventud. Se sabe que terminó sus estudios superiores y se doctoró en Física Teórica y Astrofísica cuando apenas sumaba diecinueve años.

En esta parte, el profesor fue interrumpido por Alberto, el compañero con el que mejor me llevaba de mi clase.

—¿Tiene algo que ver con Denisville, la capital del Gobierno de la Sede?

—Exacto, Alberto, tiene mucho que ver. Denisville está fundada en honor a Jonás Denis.

Denisville era la capital del Gobierno de la Sede, situada en la zona Poblacional I. Cuando la vi por primera vez en mi vida, mucho tiempo después, no dude en estremecerme. Circunvalando la capital estaba el mayor acelerador de partículas del Planeta con doscientos veinte kilómetros de circunferencia.

En su interior se encontraba la capital. En el seno de ella estaba el espectacular Centro de Tecnologías Avanzadas con sus diez gigantescas torres idénticas. Diez torres como diez eran las dimensiones del espacio-tiempo, como luego descubriría.

También se encontraba el Gobierno de la Sede en un espectacular edificio de cúpulas de ciento once metros de altura y casi un kilómetro de ancho. Alrededor de estos edificios, que eran la columna vertebral del mundo entero, se erguían las viviendas domóticas más adelantadas del mundo para dar cobijo a más de cuarenta mil científicos y sesenta y cinco mil funcionarios del Gobierno.

Fuera de este lugar solo había dos complejos importantes que se pudieran comparar aunque de manera desigual, y eran los Centros de Investigación Espacial y Astrofísica que se encontraban en cada una de las zonas poblacionales restantes. Estos centros tenían dos funciones; la investigación a nivel de macrocosmos y la preparación y la realización de vuelos tripulados espaciales. Denisville era el centro neurálgico de nuestra civilización en todos los aspectos, tanto legislativos como

científicos.

Volviendo a Jonás Denis, el profesor Swanck nos contó que era un ser único en la época que le tocó vivir, casi ya al final de la civilización de Tipo 0. Algunos lo definen como el primer ser humano que evolucionó completamente.

Además de su increíble inteligencia, Jonás tenía una sensibilidad extrema, algo no usual en muchos científicos de su época, que vivían absortos en un mundo de ecuaciones y teorías alejadas de la realidad social y política que les envolvía.

—Denis decidió crear el MEC, Movimiento de Evolución Científica, el germen primigenio de nuestra situación actual —contaba el profesor.

Mientras el profesor pronunciaba esta frase, con un ligero toque de botón volvió a pasar a otra imagen y frente a nosotros salió una foto que nos resultaba extrañamente vieja y familiar a la vez.

La imagen, que no era más que una reproducción de pésima calidad, para lo que teníamos actualmente, mostraba a diez hombres vestidos con batas blancas, sonrientes, y sentados en fila en lo que parecían rústicas sillas de madera, ahora totalmente prohibidas.

—Estos son los fundadores del MEC. Los diez hombres que crearon este movimiento.

En el fondo de la foto podíamos ver lo que a todos nos resultaba más familiar. Era una bandera. Estaba partida en dos colores, el verde y el azul. Entre medio de las dos se veía una franja naranja y en la esquina derecha diez estrellas.

—Quizá os resulte familiar la bandera del fondo, ¿no?

—Es la bandera del Gobierno de la Sede —dije en voz alta.

—Correcto —dijo el profesor señalándome—. Casi idéntica. Apenas unos pequeños matices han variado desde entonces, hace más de trescientos años. El profesor continuó.

—El verde y el azul son los colores que representan la pureza de Gaia, el planeta en el que vivimos; los árboles, las plantas, los ríos, mares y océanos. El color anaranjado del medio —señalaba la pantalla con un puntero que se movía a su antojo incrustado en su dedo índice a través de un sensor— representa el Sol. Entonces el MEC tenía la certeza de que el Sol era importante para nuestro desarrollo, pero ansiaban, como se conseguiría después, que el Sol fuera parte fundamental de nuestra energía.

—¿Y las estrellas? —pregunté.

—Las estrellas, como podéis contar, son diez. Son las diez dimensiones del espacio-tiempo. Esas estrellas en número es una analogía de la importancia de la Ciencia complementando a Gaia, y físicamente nos muestra el camino a seguir evolutivamente como especie: el viaje a las estrellas.

El profesor continuó explicándonos las pocas cosas que se sabían. Esos hombres, liderados por Jonás Denis, eran todos eminentes y reputadísimos científicos del mundo. Todos ellos decidieron unirse en pro de una nueva visión para el planeta y el

ser humano, y de un avance más científicamente complementario con la sostenibilidad del planeta.

En sus primeros pasos el MEC se basaba principalmente en la investigación científica más pura, y de manera secundaria trataba de concienciar al mundo sobre cómo debía actuar. Al principio se mostraban en medios de comunicación, conferencias, y libros escritos, estos últimos ideados especialmente por Jonás Denis. Lamentablemente la mayoría de esos escritos habían desaparecido.

La mentalidad era; desarrollo sostenible, la ciencia como alimento, y el respeto por el planeta Gaia y sus seres vivos como prioridad.

Los primeros años no tuvieron mucha repercusión, aunque sí calaron entre algunas importantes asociaciones. Así que ante la poca falta de eco, el MEC se centró en sus descubrimientos. Fruto de estos primeros años se produjo uno de los adelantos científicos más importantes de la Historia, y por lo que sí tuvieron gran impacto en medios, como es la Teoría de Unificación. El MEC, con Jonás Denis como cabeza visible, consiguió por fin unir en una sola teoría científica las cuatro fuerzas básicas que regían la naturaleza.

—Pero no os pienso aburrir con la teoría, que no es parte de mi modalidad, y la estudiaréis más adelante, en Física. Pero puedo deciros que fue uno de los descubrimientos más apasionantes de nuestra protohistoria —dijo el profesor.

El MEC tenía uno de los laboratorios más adelantados en estudios de Biología y Bioquímica y fruto de ello fue la consecución de la vacuna del VIH.

Fue entonces cuando el MEC consiguió una repercusión mediática sin precedentes. Por esa época más de tres mil científicos del todo mundo pertenecían al MEC, aunque las decisiones importantes las seguían tomando estos diez miembros fundadores.

El MEC, debido a la repercusión de estos descubrimientos y su presencia en medios de comunicación, empezó a reunirse con estamentos gubernamentales de la época. Presentaron algunas propuestas de futuro, pero solo obtuvieron buenas palabras.

Jonás Denis estaba convencido que para avanzar como civilización y pasar una nueva etapa, el planeta no podía estar regido por centenares de gobiernos que actuaban de manera unilateral. Estaba convencido que había que buscar patrones de conducta universales.

Aun así la conciencia colectiva estaba progresando. El MEC se estaba convirtiendo poco a poco en un estamento tan importante que sus decisiones no pasaban inadvertidas.

El problema más importante y que cambió todo fue el aumento a escala mundial de las armas nucleares. Los progresos en física nuclear del MEC sirvieron para que algunos científicos mercenarios fueran contratados por gobiernos para crear nuevas armas nucleares con un poder incalculable. Se pensaba que aquel que pudiera tener las bombas más poderosas podría tener el control y el poder de todo el Planeta.

Jonás Denis y los suyos vieron como sus propios avances científicos se convertían en muy poco tiempo en un arma en contra de sus ideas de desarrollo. Los progresos en materia de respeto ecológico y sostenibilidad que estaban realizando se veían peligrar por las tensiones políticas del momento, agudizadas por una enorme crisis financiera que atrapaba a todo el Planeta.

Jonás Denis estaba frustrado y desolado, pero si su inteligencia era enorme, no lo era menos su tesón.

Denis estaba convencido que si un planeta, una población, pasaba el umbral de la energía nuclear, podría avanzar científicamente como nunca lo había hecho ninguna otra. No despreciaba la posibilidad de que quizá hace millones de años, en nuestro planeta, o más concretamente en otros, hubiera habido seres como nosotros o parecidos, pero que quizá ninguna de esas civilizaciones habían conseguido sobrepasar la frontera nuclear y se habían extinguido en un holocausto.

Sabía que era un momento crucial en la etapa de los seres humanos. Las tensiones entre gobiernos aumentaban y las guerras con tecnología nuclear empezaban a ser demasiado habituales. El holocausto nuclear parecía algo a lo que íbamos abocados.

—Pero entonces surgió Némesis —dijo el profesor Swanck. Miró su reloj pulsera y nos dijo que continuaríamos en la siguiente clase.

XV

Washington DC. Estados Unidos.
Año 5 A. R.

El chofer abrió la puerta de la bonita limusina negra.

Salió el senador, y con él dos guardaespaldas de cerca de dos metros de estatura, con grandes gafas de sol y un auricular minúsculo en cada una de sus orejas.

—Espérenos, no tardaremos mucho —dijo el Senador al chofer.

Llevaba un elegante traje marrón de Armani, unos zapatos de piel y un sombrero de ala corta. Recordaba más que a un senador a un gánster de las películas del hampa.

El político y los esbirros subieron la escalinata de un edificio majestuoso, blanco, brillante, en forma piramidal que se elevaba por más de cincuenta metros.

El cortejo político llegó a lo que era una amplia mesa de recepción, que estaba rodeada de monitores ofreciendo por un lado imágenes de cámaras de vigilancia, y por otro lado un logotipo en forma de bandera que giraba en un bucle infinito.

—Buenos días, señorita —dijo el senador—. ¿Podría avisar al señor Denis de que estamos aquí?

La joven recepcionista, con una belleza sin igual, y sin un ápice de sonrisa preguntó quiénes eran, mientras observaba con recelo el par de gorilas que se encontraban dos pasos por detrás del político.

—Dígale que soy el senador Neil, por favor.

Lo dijo sin modificar ni un milímetro su sonrisa fingida.

La joven tecleó algo en el ordenador.

—Pueden pasar. Planta once... todo recto y el último despacho a la izquierda.

Senador y guardaespaldas salieron en busca del ascensor, uno de los pocos del mundo que subía en sentido diagonal.

La puerta del despacho se encontraba abierta. Al llegar allí el senador les hizo un gesto a los guardaespaldas en señal inequívoca de que esperaran en la puerta. Sin embargo, al asomarse no vio a nadie. Volvió a salir al pasillo.

—¿Pasa algo, senador? —dijo uno de los dos gorilas.

—No hay... —Pero no pudo terminar la frase. Al fondo de ese largo pasillo se veía venir a un joven de pelo largo oscuro, con bata blanca y unos auriculares. A mitad del pasillo se los quitó, empezó a oírse música estridente, tocó un botón de un aparato y el sonido cesó.

Jonás Denis pasó a su despacho sin decir nada ni saludar. Seguía canturreando la canción que hasta hace poco estaba escuchando en su reproductor musical.

El Senador rio.

—Él es así —dijo a sus guardaespaldas. Entró y cerró la puerta.

—No deberías excusarme ante tus empleados —dijo Denis mientras abría un pequeño mueble bar con forma de bola del mundo y se dejaba entrever un buen

botellero de bebidas—. El de la derecha es infiel a su mujer y está excitado de antemano por la noche que le espera con su amante. Y el otro... —se rio suavemente— el otro me cae bien, piensa que eres un fraude.

El senador soltó una carcajada.

—Tendré que despedirlo.

—Sé que lo harás. Lo contrataré yo para la seguridad del MEC.

El senador parecía divertirse con ese juego dialéctico. Se quitó el sombrero, dejando ver un pequeño aparato electromagnético con luces rojas parpadeando.

Jonás aún no había mirado al senador desde que entrara en el despacho.

—¿No se acaba nunca la batería de ese aparato? —dijo Jonás.

—Tranquilo, tengo de recambio.

Seguía el juego.

—¿Algo de beber? Yo me voy a poner un Jack Daniel's.

—Guau. Sí que has cambiado. Eres irónico, sarcástico y encima bebes güisqui. No te reconozco, hijo. Si, ponme uno con hielo.

Jonás se lo preparó. Se acercó al senador, le dio el vaso y lo miró a la cara.

—No me llames hijo.

El senador sonrió, dio un sorbo a la bebida y empezó a mirar el despacho. Estaba lleno de cuadros de pintores realistas. El mobiliario era totalmente sintético, pero imitando la madera vieja y las paredes parecían estar recubiertas de algún tipo de acorchamiento que hacía que las voces sonaran huecas.

—Veo que te ha ido muy bien desde que dejé mi carrera militar.

—No me puedo quejar —dijo Jonás mientras se sentaba en su sillón.

Hacía un rato que el senador permanecía en una de las hermosas sillas blancas.

—Esto del MEC está funcionando bien. No hacéis más que salir en los medios —dijo con ironía el senador—. Estaba convencido que cuando te diera la libertad total serías todo un emprendedor.

—Yo también te veo en las noticias, más de lo que me gustaría. ¿Qué quieres? —preguntó Denis secamente mientras se bebía el vaso de güisqui de un tirón.

El senador puso cara de póquer.

—Necesito un último favor.

—Pensé que fue el que te hice con los terroristas de Sydney.

—Necesito un favor personal. Un favor como... amigos —dijo el senador seriamente.

Jonás Denis se levantó de su mesa y se acercó al enorme ventanal que tenía a su espalda desde el que se podía divisar casi todo Washington.

—Ni eres mi amigo, ni lo fuiste, ni lo serás —dijo sin volverse de espaldas.

El senador sonrió como esperando la carta que iba a echar encima de la mesa.

—Eres tan predecible sin tus ventajas... ¿genéticas? —dijo el senador.

Jonás se volvió, y sus ojos mostraban irritación. Aún era muy joven, pero su madurez mental le avalaba. Sin embargo, hacía muchos años que había cambiado

para siempre. El mal había estado tan presente en todo su mundo que lo conocía nada más verlo, nada más sentirlo, nada más escucharlo. Y el hombre que tenía delante era el mayor culpable de eso.

—¿Qué pasará si no te ayudo? —preguntó Jonás con rabia.

El senador dejó el vaso encima de la mesa. Jonás lo observaba meticulosamente en todos sus movimientos y acciones. Tom Neil hizo un gesto con las manos como abarcando la habitación.

—El MEC desaparecerá. Tengo poder para hacerlo, y lo sabes. Ya veo lo que estás intentando Jonás, pero es un esfuerzo estéril. Digno, no te digo lo contrario, pero inútil. Mucha repercusión científica, muchos avances e incluso muchas curas saludables. Pero no estás por encima del poder del dinero ni de las armas, como ya te dije hace tiempo. Sí, es cierto, me costaría bastante más cargarme todo este tinglado que has montado, con vuestra reputación y vuestra propaganda ecologista y humanista, pero al final, lo haría, de una manera u otra.

Se levantó de su sillón y se fue a mirar los cuadros, como si lo que estuviera contando fuera baladí. Denis no le quitaba ojo.

—Lo que da poder es el miedo. De una manera local, la gente tiene miedo a que le roben en la calle o a que le aparezca una enfermedad. En ese punto estás actuando bien —le dijo con tono de maestro—. Pero hay que unir el miedo global. El miedo a los ataques terroristas, el miedo a un ataque nuclear o a una crisis económica. Ante eso, poco puede hacer tu centro. Salvar plantas, animales y e incluso algunas vidas insolubles todavía no da tanto poder Denis. Vas a tener respeto, vas a tener dignidad, pero nunca vas a tener el poder. Este reside en gente como yo.

—¿Por qué no tienes escrúpulos? —preguntó Denis.

—Exacto.

El senador se volvió apuntándolo con un dedo que meneaba.

—Esa es la clave. No tener escrúpulos para conseguir tu objetivo.

—¿Aunque para ello tengas que arruinar la vida de la gente o incluso matarla?

—Sí. Pero no me preguntes si soy así porque nací de esta manera o porqué me he convertido gracias a esta sociedad corrupta y aséptica. Sería incapaz de descifrarlo. Tú eres mi *alter ego*, Jonás.

A Jonás le brillaban los ojos. Se volvió a sentar en su sillón.

—¿De qué se trata?

XVI

**Zona Poblacional II.
Año 308 D. R.**

Fue otra de las pocas veces que el profesor Swanck encendió su monitor. Ante nosotros se iban mostrando escenas escalofriantes de seres humanos prácticamente moribundos. Algunas eran en camas de hospitales, otras en plena calle, pero todas tenían como denominador común la tragedia. Personas escupiendo sangre por la boca, apenas pesando treinta o cuarenta kilos y con llagas por todo el cuerpo. Pero lo que más me impresionó con el tiempo fueron sus ojos. Sus pupilas estaban profundamente dilatadas sobre un iris rojo oscuro parecido al color de la sangre, y lo que tenían de humano parecía quedar en el olvido.

—Fue bautizado Némesis por el MEC, y era un virus de funestas consecuencias —siguió explicando el profesor mientras apagaba el monitor, cosa que agradecemos todos los presentes—. El nombre fue elegido porque Jonás y el resto de científicos pensaban que era el castigo vengativo de Gaia a los excesos de nuestros antepasados contra ella. Estas son de las poquísimas fotos que existen a día de hoy.

El profesor siguió contando como Némesis se propagaba y contagiaba por el aire igual que el virus de la gripe. Nadie sabía de donde había salido ni como había ocurrido, pero era implacable. Había personas que cuando eran infectadas morían en menos de tres horas, y otras, las que más vivían, apenas superaban los tres días.

Jonás Denis y todo el equipo del MEC se pusieron manos a la obra para intentar encontrar una vacuna al virus mientras el mundo iba sucumbiendo ante su amenaza. La gente no salía de sus casas, hacía acopio de alimentos y bebidas, y los que se aventuraban a la calle padecían la agonía del virus más tarde o más temprano.

La gente decidió que a excepción de sus familias no tendrían contacto con casi nadie. No había lugar o rincón del mundo que no estuviera ante el peligro de Némesis.

El MEC trabajaba a contrarreloj y en medidas de seguridad extremas para encontrar el remedio. El mundo entero estaba pendiente de las noticias que pudieran llegar de allí, esperando una cura pronto.

Y ocurrió, pero mucho más tarde de lo que se hubiese esperado. Cuando el MEC encontró la vacuna más del ochenta por ciento de los seres humanos habían muerto. Había determinadas partes del planeta que eran auténticas ciudades fantasma, auténticos cementerios y fosas comunes con millones de personas.

—Es por eso que ahora podemos vivir todas las personas en las Zonas Poblacionales, porque apenas estamos mil millones de personas en Gaia —afirmó el profesor—. Ahora bien, fue aquí, como si de una partida de ajedrez se tratara cuando Jonás Denis jugó su movimiento más comprometido, para él, la civilización, y el futuro de todos.

El profesor, como cautivado por la historia, seguía hablando.

—Cuando hubo conseguido la vacuna de Némesis, Jonás Denis podía haber pedido lo que hubiera querido a los Gobiernos de todo el mundo. Sin embargo presentó los Diez Compromisos para la Recuperación.

El profesor miró su ordenador pulsera.

—Pero bueno, eso tendrá que ser en la siguiente clase.

* * *

Ese mismo día mi madre no pudo venir a buscarme al colegio. Me preguntó a través de mensajería por Earhtnet si no me importaba que volviera solo a casa.

Le dije que no, y aproveché para dar un rodeo antes de llegar.

Me acerqué al bulevar donde me había llevado mi padre el último día que lo había visto. Todavía no sé porque pasé por ahí.

Sino fuera porque era atardecer juraría que vi a las mismas personas y los mismos edificios como si se tratara de un mismo fotograma de una película. Todo parecía idéntico a lo que había visto antes, solo que entonces el día estaba en sus primeras horas de vida.

Me metí por el estrecho callejón por el que había pasado cogido de la mano de mi padre no hacía mucho tiempo.

Allí, escondida de todas las luces, estaba la tienda en la que habíamos entrado.

La puerta, rudimentaria en comparación con las que estaban en el resto del bulevar, estaba cerrada. Alrededor una cinta del Gobierno de la Sede cubría horizontalmente la entrada.

Me acerqué cuidadosamente a la puerta e intenté echar un vistazo a través del sucio cristal. Tuve que forzar un poco la vista para darme cuenta que dentro no había nada, absolutamente nada. Era un recinto totalmente vacío y fantasma.

Estaba totalmente absorto cuando al separarme de la puerta pude ver algo pegado en ella. Era un sello gigante con la bandera del Gobierno de la Sede, y escrito en cuatro idiomas la palabra: <Clausurado>.

—No te molestes hijo, está cerrada —me dijo una voz grave y profunda justo detrás de mí.

Me volví y pude ver a un hombre mayor con el pelo totalmente cano. Vestía un traje oscuro y en su cabeza llevaba un sombrero de ala ancha del mismo color. Me sonaba su estampa. Se parecía mucho al hombre que había saludado mi padre aquel día en el bulevar mientras caminábamos juntos.

—¿Eres el hijo de Juan, verdad? —me preguntó el viejo.

Ese hombre parecía conocer a mi padre, así que asentí.

El viejo se quitó el sombrero y se agachó para ponerse a mi altura infantil. Era muy alto y delgado. Cuando se puso frente a mi pude ver que tenía los ojos azules claros, tan profundos que parecían blancos como su pelo.

—Yo soy Ismael. Mucho gusto.

Y me ofreció su mano como saludo. Yo no había saludado a nadie en mi vida, pero lo había visto muchas veces.

—Miguel —dije yo estrechándosela—. ¿Por qué han cerrado la tienda?

El viejo resopló como si la pregunta tuviera trampa.

—Es una historia muy larga Miguel, pero digamos que la han cerrado por atentar contra la Ley de Compromisos.

—¿Ley de Compromisos? —pregunté yo.

El hombre canoso me miraba con extraña admiración.

—Lo dicho, es una historia muy larga.

De repente me asió de la muñeca. Me sentí amenazado y quise zafarme del hombre.

—Tranquilo, chico, tranquilo. Solo quiero utilizar tu ordenador pulsera.

Me sentía angustiado y me movía para escapar de su brazo, que me agarraba muy fuerte. Sin embargo, aun así, pudo empezar a trastear con él. En apenas unos segundos había tocado lo que necesitaba y me soltó.

Eché marcha atrás un poco nervioso y el viejo se incorporó.

—Te he dejado en tu agenda mi número. Si un día las explicaciones que te dan sobre tu padre no te convencen, puedes llamarme y hablaremos.

Me quedé confuso. Reculé varios pasos atrás, tenía miedo y empecé a echar un vistazo a mi ordenador sin saber lo que había tocado el viejo. Levanté la vista al poco rato pero allí ya no había nadie.

Miré a ambos lados del callejón y al rato salí al bulevar, pero no vislumbré a nadie que se pareciese al viejo hombre que acaba de encontrarme.

Volví a escrutar mi ordenador pulsera. Efectivamente, allí en mi agenda personal estaba el nombre de Ismael.

Ese encuentro me llenó de dudas, pero principalmente de temor, así que me fui corriendo a casa sin parar un instante.

* * *

Cuando llegué a casa lo primero que hice fue intentar borrar el nombre del viejo de mi agenda personal. No pude. De alguna manera lo había insertado en una parte de la caché del ordenador y no podía hacerlo desaparecer, de la misma manera que no podía borrar mis datos personales, ni cambiarlos o alterarlos.

Durante el resto de la semana me despertaba por la noche en mitad del duermevela con la mirada del viejo y sus ojos grisáceos. Le dije a mi madre que por favor viniera a buscarme al colegio siempre desde entonces, aunque nunca le conté el misterioso encuentro.

Sin embargo, las palabras del viejo sobre mi padre se repetían en mi cabeza.

La misma semana, un día que me llevaba mi madre al colegio me decidí a

preguntarle por mi padre.

Durante estos días en casa solo había silencio, que apenas se rompía con los llantos de mi madre por las noches en su habitación. Quería ser fuerte e ir a abrazarla, pero no podía, siempre había algo que me paralizaba.

—Mamá, ¿qué hizo papá para ser desterrado? —le pregunté a mi madre a bocajarro mientras andábamos de camino al colegio.

Mi madre se alteró como si le estuvieran electrocutando. Se paró, se agachó y me cogió con fuerza de los brazos. Su cara era el fiel reflejo del enfado, sus ojos se entornaban pequeños y escrutadores, signo inequívoco de su enfado.

Miró a todos los lados asegurándose de que no hubiera nadie cerca. Yo estaba asustado y pensaba que me iba a pegar.

—No se te ocurra volver a decir esa palabra en la calle, ¿me has entendido? —dijo mientras me sacudía el cuerpo con los brazos.

—¿Me has entendido? —me volvió a preguntar sin que su cara se calmara.

Asentí con la cabeza todo lo fuerte que pude mostrando mi cara compungida.

Se incorporó, me cogió de la mano muy fuerte y empezamos a andar. Yo miraba a mi madre desde mi escasez altura. Podía ver como su cara seguía reflejando enfado y poco a poco se cubría de cierto dolor y angustia. Pero sobre todo lo notaba en mi mano.

—Mamá, me haces daño —le dije casi medio llorando.

Ella aflojó su mano y su rostro cambió. Ahora solo se veía preocupación.

— Ven, vamos a sentarnos en ese banco.

Se atusó un poco el pelo y respiró un par de veces profundamente. Yo no le quitaba ojo de encima.

—Siento mucho haberte hecho daño Miguel.

Y me dio un beso en la frente.

Me empecé a sentir un poco mejor y sonreí.

—Pero por favor —continuó ella— no vuelvas a decir nunca más esa palabra fuera de casa.

Volví a asentir.

Ante mi rostro de culpabilidad totalmente inocente y servil, mi madre sonrió y me abrazó.

Mientras estábamos abrazados me susurró unas palabras.

—Tu padre era un buen hombre, no lo olvides nunca Miguel —dijo— pero se equivocó... se equivocó...

Y estas últimas palabras salieron ahogadas de su boca.

XVII

Washington DC. Estados Unidos.
Año 5 A. R.

Se había hecho de noche. En el MEC no trabajaba casi nadie a esas horas, pero Jonás Denis seguía allí, en su laboratorio, con sus auriculares escuchando música a todo volumen mientras miraba por un moderno microscopio. Sin vida propia, alejado de la sociedad. Solo la presencia de sus compañeros científicos era parte de su mundo social. Había descubierto, gracias a su cualidad, hasta el detalle más oscuro y sórdido de sus colegas, pero al menos había intentado que el círculo fuera lo más cerrado posible, de lo contrario acabaría loco.

Miró el reloj. Las ocho. Se apartó del microscopio, guardó el cultivo que observaba y se fue del laboratorio.

No tuvo ni que coger el ascensor. Su laboratorio personal estaba en la misma planta que su despacho. En una de las habitaciones del despacho tenía una cama. Solía pasar la mayor parte de las noches allí, y aunque tenía un unifamiliar pequeño a las afueras, no eran muchas las veces que iba, exceptuando algunas jornadas de descanso largas que utilizaba para cuidar su enorme y magnífico invernadero lleno de las más variopintas plantas exóticas.

Cuando llegó al despacho, se quitó la bata, y entró al pequeño dormitorio. Se tumbó en la cama, cogió el mando a distancia que tenía sobre la misma y encendió un pequeño monitor que tenía colgado sobre la pared.

Empezaban las noticias de la CNN.

<El Senador Turner se ha retirado de las primarias del Partido Republicano después de que se destapase el escándalo de sus visitas a prostitutas menores. El senador por el estado de Illinois ha presentado su dimisión al partido, y por lo tanto no se presentará a las primarias como candidato. El Senador Turner, de cincuenta y siete años de edad, casado y con cuatro hijos, abandona así la lucha que ostentaba con el senador Neil del Estado de Maryland, de tal manera, que el senador Neil se afianza ahora mismo como el principal candidato del Partido Republicano a la Casa Blanca para las elecciones del año próximo.>

Cambió de canal a la Fox News.

<... la última aparición pública del Senador Turner fue hace tres días, en un acto celebrado en Washington en la sede central del MEC, donde fue invitado por su presidente Jonás Denis para mostrarle los últimos avances

científicos del centro y obtener fondos para nuevas investigaciones.>

En la pantalla se mostraba un sonriente senador Turner dando la mano de Jonás Denis a la entrada de la hermosa pirámide del MEC, mientras decenas de *flashes* se disparaban ante sus rostros.

Jonás escrutaba las imágenes del televisor mirándose a sí mismo.

Las imágenes cambiaron. De repente mostraron al Senador Neil respondiendo a preguntas de los periodistas en la calle.

<—¿Qué opinión le merece la dimisión de su contrincante?

—Creo que ha hecho lo que debía.

—¿Va a presentar el partido Republicano otro candidato para las primarias?

—No lo sé, aceptaré lo que diga el partido.

—Los sondeos ahora mismo dan una ventaja de diez puntos al Partido Republicano sobre el Demócrata si usted se presentara como candidato a la Casa Blanca. ¿Podría ser usted el nuevo presidente de Estados Unidos?

—Me encantaría, pero eso lo deciden los ciudadanos... discúlpeme... tengo que irme... gracias.>

Jonás Denis pulsó un botón y la imagen de Neil quedó congelada en el monitor con una expresión malévola.

Miró durante un buen rato la imagen congelada con sus pupilas totalmente dilatadas. Al rato, cogió el mando y como si disparará una pistola apuntó al monitor y apagó la televisión.

XVIII

Zona Poblacional II.
Año 308 D. R.

Ese mismo día en que no podía quitarme de la cabeza ni las últimas palabras de mi madre ni los ojos del viejo mientras me agarraba, el profesor Swanck siguió hablando de Jonás Denis.

Jonás Denis y el MEC habían conseguido la vacuna contra Némesis. Sin embargo no se había hecho público. Jonás Denis y su equipo se reunieron con los dirigentes de casi todos los países del mundo en la sede del MEC. Algunos países casi ni existían, ya que habían perecido casi completamente al virus, especialmente los países menos desarrollados.

Jonás Denis planteó a los gobiernos que daría la vacuna contra el virus a cambio de que se supeditaran a un Gobierno Mundial por parte del MEC con unos principios básicos para el desarrollo futuro.

Los Gobiernos estaban debilitados con Némesis. Los ejércitos estaban bajo mínimos, la gente de bien apenas salía de sus hogares, y solo se arriesgaban a salir por causas de fuerza mayor, como el hambre o la sed. Los que vivían en las calles y no morían, vivían en una mezcla de caos y anarquía.

En esta situación, el poder del MEC en esos momentos era total. Era lo poco que tenía coherencia y esperanza para un mundo que se acercaba peligrosamente al holocausto biológico.

Los Gobiernos tuvieron que ceder ante la proposición del MEC, por sus países, sus gentes y por ellos mismos.

El 11 de Septiembre del año 1 D. R., se firmó por parte de 98 países la concesión de poderes totales al MEC.

Los Gobiernos serían parte del MEC, que dividiría las zonas habitadas en distritos.

El profesor Swanck nos leyó los Compromisos:

1.— El Gobierno de la Sede del MEC se establece de manera acordada por los seres humanos como el Gobierno que regirá el paso evolutivo, de desarrollo y sostenibilidad del Planeta Gaia. El planeta se establecerá en zonas habitables y zonas nunca habitables para los seres humanos, ofreciendo estas tierras como tributo por parte del hombre, más de la mitad de su extensión, para que evolucione sin ningún tipo de influencia humana.

En este punto además se explicará posteriormente cuales serían esas zonas habitables, y cuáles no. La subdivisión de las zonas poblaciones quedarían divididas en distritos que quedarían en poder de los Gobiernos locales, o en su caso, en

cooperación de varios Gobiernos.

2.— La muerte de cualquier ser vivo de Gaia, sea humano o animal, de manera consciente y no accidental, será sancionada con el destierro. El destierro consistirá en el alejamiento y aislamiento del individuo en un punto por decidir de las zonas restringidas. Queda prohibida expresamente la pena de muerte, por consecuencia, establecemos que el alejamiento del individuo de la sociedad que pretendemos formar es necesaria para nuestro desarrollo evolutivo como especie a un nivel superior, por lo que decidimos que será Gaia, como conciencia global, quien se encargará de dar destino final a dichos individuos.

3.— Cualquier otro delito o acto que atente de manera consciente y peligrosa a la armonía de Gaia y/o el MEC, su entorno y su relación con nuestra civilización, podrá también ser desterrado, si el Gobierno de la Sede así lo decide oportuno.

Cualquier otro tipo de delito no aplicable al destierro será pactado por el Gobierno de la Sede del MEC junto con los Gobiernos locales.

4.— Quedan expresamente prohibidas y condenadas cualquier tipo de religión, culto religioso o pseudoreligioso. Entendemos que durante siglos la Humanidad se ha regido por esta praxis y no hemos recibido más que guerras, odio y venganza entre hermanos, sin avanzar como civilización. Establecemos como única doctrina conciliadora y de evolución, la ciencia, pero la ciencia respetando nuestro entorno, nuestro planeta y a nosotros mismos.

5.— Hemos decidido que en nuestra ambición e ilusión de tener un planeta más unido, conciliador y comunicativo, se enseñarán como materia obligatoria en todos los colegios los cuatro idiomas más hablados del momento: español, chino, inglés y árabe. Se fomentará el uso de estas cuatro lenguas para que en poco tiempo sean habladas por las máximas personas posibles. No están prohibidas el resto de lenguas del mundo, pero consideramos un obstáculo abismal la posibilidad de no entenderse entre todas las personas de Gaia para poder avanzar como civilización.

6.— No existe ningún tipo de distinción ni discriminación por raza, sexo o condición.

7.— Solo existe una patria, Gaia, y una bandera, la proclamada por el MEC en el día de la Recuperación.

8.— El tiempo se regirá a través de un nuevo calendario, llamado el calendario gaiano, empezando de 0 desde el día de la firma del tratado, conocido por todos como el Día de la Recuperación, el 11 de Septiembre. Ese día de todos los años, todos los seres humanos que no estén impedidos de alguna manera deberán acudir al Templo más cercano de su hogar para festejar tal fecha.

9.— Todas las iglesias, sinagogas o mezquitas de las zonas poblacionales serán sustituidas por Templos a Gaia. Se eliminarán todas las referencias a religiones pasadas y se expondrán cultos de imágenes femeninas como representación de Gaia.

10.— Todos los supervivientes de las zonas no habitables migrarán a las zonas poblacionales, donde se les dará todo tipo de facilidades de integración y

adaptación, eligiendo cada uno de ellos la zona geográfica más cercana o adecuada a sus necesidades.

—Es verdad que a día de hoy hay una enorme cantidad de leyes y normas —dijo el profesor Swanck, mientras nos mostraba un libro muy viejo con ribetes dorados— que si alguien está interesado puede consultar en Earthnet, pero básicamente, el corazón del mundo en que nos movemos se mueve por el espíritu de estos diez compromisos.

El profesor nos explicó que el primer presidente del Gobierno del MEC, fue como era de esperar, Jonás Denis.

Él deseaba un gobierno a nivel mundial, ya que consideraba que era imposible avanzar de otra manera, y menos con centenares de gobiernos locales. Consiguió ver como los transportes de todo el mundo se movían gracias al hidrógeno, mientras la energía solar alcanzaba un desarrollo amplio para la alimentación doméstica e industrial.

La vida de las personas se alargaba sin problemas a más de los cien años, el desarrollo genético avanzaba a pasos de gigante contra enfermedades antes incurables, el desarrollo tecnológico era exponencial en algunos puntos, y los planes de conquista espacial daban frutos importantes, como la colonización de la Luna con bases estables, y la visita del hombre a Marte por primera vez.

Jonás Denis había cumplido su sueño, lamentablemente no pudo disfrutarlo mucho, ya que murió dos años después.

XIX

Zona Prohibida.
Costa Atlántica.
Año 308 D. R.

Juan Almagro golpeó la puerta de la cabaña. No contestaba nadie. Echó un vistazo a su alrededor, el sol pegaba ya de lleno y parecía rebotar en el mar. Decenas de cabañas al estilo *bungalow* abarcaban todo el poblado. La gente se afanaba en tareas de reconstrucción de sus propios hogares. Los que habían tenido la suerte de que sus casas quedaran en pie ayudaban a los más perjudicados. Otros, los más madrugadores, habían salido antes del alba con las barcazas a pescar, y solo dentro de un rato una docena de hombres irían a cazar algún animal.

La casa de Lewis había quedado intacta, y era de lejos la cabaña más amplia, aunque no la mejor. La puerta se abrió y un legañoso hombre con una pipa en la boca le ofreció entrar.

Tuvo que agachar su metro ochenta de estatura ante una puerta bastante más reducida. Una vez dentro la techumbre se expandía en forma de cono.

El interior era sobrio, con un par de mesitas rústicamente talladas en madera, varias sillas apiladas que como supo más tarde servían de improvisadas butacas de reunión, y bastante flora autóctona que adornaba las paredes. En el fondo se podía ver otra habitación muy pequeña con una litera vieja desecha.

—Señor Almagro. Bienvenido a mi humilde morada.

—Gracias, señor.

—¿Le apetece tomar algo? Tengo agua... —Se rascó la frente mientras pensaba — zumo de coco, y un excelente licor casero con alcohol que hacemos por aquí. Yo me voy a desayunar uno, ¿le pongo otro?

Juan asintió sonriendo mientras se sentaba en una de las dos sillas libres que estaban junto a una mesa de la cabaña.

El viejo se sentó en el suelo de madera, golpeó un tablón que parecía suelto, y metió casi todo su brazo para coger algo por el hueco. Sacó una botella de vidrio bastante vieja tapada con un corcho.

—Esta casa se sustenta sobre rocas naturales a las que no pega el sol nunca. Llega la brisa marina y algunas veces las mareas, y mantiene frescas muchas cosas, entre ellas este brebaje.

Sobre la mesa dejó dos pequeños cuencos de madera que había sacado junto a la botella y sirvió las improvisadas copas.

—¿Cuánto tiempo lleva con nosotros, señor Almagro? —preguntó Lewis.

—Pues yo diría, que unos tres meses, más o menos.

El anciano empezó a asentir con la cabeza.

—Claro, por eso no te recuerdo, hijo.

Juan mostraba cierto desconocimiento ante las palabras de su acompañante.

—Todos los que recogemos del destierro, y llegan aquí, más tarde o más temprano pasan por el consejo. Sí, ya sé que te estarás preguntando que es el consejo. Bueno, pues el consejo es un grupo de doce personas que mantenemos un poco el orden del poblado, con unas normas mínimas de convivencia. Pasáis por aquí, nos decís que habéis hecho, en lo malo me refiero, y que trabajo o que habilidades tiene cada uno, para ordenar un poco su labor comunitaria.

—Si, algo me contaron, pero nunca hablé con nadie.

—Correcto. Tuvimos un brote de sarampión en esa época y nos afectó a varios del consejo, incluido a mí. Decidimos que lo mejor para todos, incluida la comunidad, era que permaneciéramos en cuarentena un buen tiempo. Luego se planeó lo del barco, y la verdad, no tuvimos tiempo para más historias. Pero no me enrollo más, cuéntame, ¿cómo acabaste por aquí? Tienes pinta de ser un chico listo y me atrevería a decir que no matarías una mosca.

Juan se bebió de un trago el vaso de licor. Era tan fuerte que tuvo que pegarse en el pecho. El viejo reía.

—Ya te acostumbrarás. Qué remedio, es lo único que hay para las penas.

—Trabajaba para una de las divisiones de Earthnet en la Zona Poblacional II, que es de donde vengo. Era jefe de un equipo de desarrollo de programación al cargo de media docena de empleados. La última labor que me mandaron consistía en ponerme de acuerdo con los compañeros de mí mismo estatus en las otras zonas poblaciones para implantar un dispositivo de inteligencia artificial que a través de un nuevo electroconductor superior a la fibra óptica pudiera conectar las máquinas, grandes o pequeñas, a nuestro cerebro, y ese dispositivo pudiera leer lo que pensamos. O al menos intuirlo.

El anciano escuchaba atentamente.

—Nosotros solo teníamos que encargarnos de la implementación *software*, es decir, del programa que supiera interpretar los pensamientos. El aparato, en fase beta de desarrollo, había sido creado en Denisville.

—¿Y? —El viejo no encontraba el problema para caer en el destierro.

—Como le he dicho, tuve que reunirme con algunos de mis colegas, tanto de mi zona como de otras zonas poblaciones, en Denisville. En esas reuniones, estaba un hombre llamado Truman Jones, de la zona poblacional I. Un hombre realmente atípico, pero inteligente, muy inteligente. Hicimos una buena amistad. Él era...

El viejo le pidió que parara con la mano.

—¿Era?

Juan se dio cuenta que había dado un dato sin querer.

—Si, murió de un derrame cerebral no mucho después de conocernos.

El viejo le indicó que continuara.

—No sé cómo, y eso nunca me lo llegó a decir, él había llegado a tener acceso total a los ficheros del MEC. El mayor grado que puedes tener, y al que tienen acceso

muy pocas personas en el mundo. Él me contó la Verdad.

Lewis puso un gesto interesado.

—¿Qué sentiste cuando te lo contó?

Juan rio de manera muy fingida, como recordándolo.

—Lo que cualquier persona, pensé que estaba loco o chalado. El problema es que era una persona muy cuerda, y cuando te das cuenta de eso, y asimilas la verdad, realmente no sabía lo que pensar. Sentía que mi vida era como una gran mentira.

—¿Y después qué pasó?

—Cuando me enseñó las pruebas, sentí que no tenía conciencia del mundo en que vivía, era todo muy extraño. Por un lado apenas podía hacer nada, y por otro lado, tenía una familia, mujer, hijos, y no sabía cómo decírselo. Y nunca se lo dije. Pero cuando iba caminando por la calle, me cruzaba con la gente, iba al trabajo, tenía una desazón en mi interior... necesitaba... compartirlo. Así que lo hice con mi grupo de trabajo, prometiendo que no se lo dirían a nadie, incluyendo sus familias. Ahora me siento totalmente responsable de ellos. La mayoría están aquí, llegaron en el mismo traslado, conmigo.

—¿La mayoría?

—Si. Un par de personas de mi grupo de trabajo permanecen en el otro lado.

—Pero ¿qué hiciste? ¿Alguien te delató? ¿Qué pasó para que acabaras aquí?

—No. Truman Jones me puso en contacto con Ishmar, que estaba al corriente de todo.

—¿Cómo? —dijo el viejo echándose para atrás en su silla—. ¿Cómo lo sabía?

Juan se encogió de hombros.

—No lo sé.

Y se rio.

—La verdad es que nunca se lo pregunté, lo di por hecho por sus acciones, y nunca hablamos del tema. La cuestión es que Ishmar traficaba con producto ilegal.

—¿Qué tipo de producto?

—Comida.

El viejo agudizó un poco la mirada.

—Principalmente, fruta. Algo totalmente prohibido por el MEC, cuyas doctrinas implican que las necesidades biológicas deben ser subsanadas con elementos de su disposición diaria gratuitamente. Cuando Ishmar me contó a lo que se dedicaba, me asusté de estar con él, del peligro que ello entrañaba y pensé que Truman se había equivocado conmigo. Pero...

—¿Pero?

—Pero me ofreció a probar una naranja. Ese momento fue... como mágico, y supe que necesitaba sentir esas sensaciones el resto de mi vida. Así que decidí colaborar con él. Sin embargo, en el último envío, algo salió mal y en una inspección del MEC a la salida de la ciudad lo registraron y encontraron el producto. Él vino conmigo, está aquí. Según me contó lo debieron de llevar a algún centro especial, le

pusieron una inyección y no recuerda nada más. Así que me imagino que le aplicarían alguno de los sueros de la verdad y daría los nombres de todos los que conocía. Estamos de varios lugares. De mi zona solo quedaron algunas personas que no fueron interceptadas, y por lo que me han contado los otros compañeros, algo parecido pasó en el resto. Y esa es la historia.

El viejo volvió a coger la botella y rellenó las vasijas.

—¿Por qué crees que soy el líder de este grupo?

Juan cogió el vaso. Antes de beber movió su cabeza reflejando ignorancia.

—Porqué nació aquí.

Juan escupió el líquido al oírlo.

—¿Nació aquí? —dijo sorprendido.

—Si, hijo, hay alrededor de una treintena de personas que nacieron aquí. Y yo soy el más viejo, por eso soy el líder. Bueno, por eso, y por alguna capacidad más que tengo. Si fuera tonto no estaría en esta posición, de eso no te quepa duda.

—No tenía ni idea de que... —no terminó.

—Si. Los primeros desterrados, hombres y mujeres, se fueron uniendo poco a poco en parejas, y evidentemente el ser humano procrea. Hubo muchos que murieron por el camino, por una u otra causa, pero otros sobrevivieron. Hay hasta descendientes de cuarta generación, como en mi caso. Mi tatarabuelo fue de los primeros en caer en esta zona. Yo no he conocido muchas de las cosas que vosotros habéis tenido. Me he tenido que informar de todo, de Earthnet, de las normas, las prohibiciones... Puedo decir que nació siendo libre. Para mi comer una naranja, o un coco, es lo más normal y habitual del mundo, algo que para vosotros está prohibido, o cazar animales y otros actos que ellos llaman contra natura.

Juan empezó a tocarse los labios, y sus ojos confluían en un fondo imaginario. Parecía discurrir.

—¿Qué pasa? —dijo el viejo.

—Estaba pensando que si usted nació aquí, y ha habido hasta cuatro generaciones. ¿Cómo supisteis la verdad al principio?

Lewis parecía divertirse con el discurrir de su contertulio.

—Fácil. Aquí la verdad se ha transmitido de manera oral. Nos las cuentan nuestros padres, y a sus padres se lo contaron nuestros abuelos, y así hasta los primeros moradores de este lugar.

—¿Y los primeros que fueron desterrados, lo sabían?

—Prácticamente casi nadie, pero había alguno de ellos que sabía todo o incluso más.

Juan ladeaba la cabeza lentamente.

—Si, uno de los primeros en ser desterrado fue Jan Lewis, mi bisabuelo, uno de los fundadores del MEC.

Juan abrió los ojos con cierta estupefacción.

—Lamentablemente mi bisabuelo contó lo básico a la gente, lo que él creía que

debían de saber, pero nunca penetró en los entresijos de toda la verdad, no hasta los niveles que sabemos ahora. La verdad se enseña desde pequeños a los niños en nuestra rudimentaria escuela. Rudimentaria, pero libre.

Lewis apuró el vaso del brebaje.

—Y bueno, ahora que nos conocemos mejor... por cierto, me llamo Fran Lewis, pero ya ves que todos me llaman Lewis, podemos meternos de lleno en eso que me contaste en el bunker. ¿Cuál es tú idea?

—No tengo ninguna idea específica. Sin embargo creo que tenemos aquí un gran potencial de gente con capacidades para poder hacer un terrorismo virtual, que puede ser igual de bueno o superior al terrorismo armado que hacéis.

—Que hacemos —le corrigió el anciano un tanto molesto—. ¿No te gusta, verdad?

—Si le soy franco, no. Matar a gente es algo que independientemente que esté penado en los compromisos de la recuperación, me repugna bastante.

—No matamos porque sí. Son acciones específicas contra la degradación de nuestra especie. Solo actuamos por necesidad, no por capricho. El otro día, nuestro objetivo en sí era el barco y su material, pero no podíamos dejar nada ni nadie, el riesgo que corríamos era muy alto. Uno de los nuestros se sacrificó por el bien común.

—¿Cómo supieron lo del barco?

Lewis rio ampliamente.

—Eso es algo que aún no puedo contarte, hijo. Pero dime, ¿qué crees que necesitaréis?

—Necesitaremos cierto material sofisticado si queremos conseguir objetivos interesantes. Necesitamos conseguir unos mínimos, y ya de ahí ir avanzando. Tendría que hablar con mis colegas, y poner en común ideas.

—Pues hazlo, y pasado mañana me presentas una lista con lo que necesitéis. No seáis raquíticos, y poner todo, por qué no sé qué podremos o no conseguir, así que mejor lo más amplia que se pueda.

Juan lo miraba un tanto sorprendido.

—¿Cómo y dónde va a conseguir ese material?

—Del mismo sitio de donde supe lo del barco. Eso sí, probablemente tardemos años en tenerlo.

Se levantó, avanzó a la puerta, la abrió e invitó a que saliera de su cabaña.

XX

Zona Poblacional II.
Año 320 D. R.

Doce años más tarde, en mi último curso de la enseñanza obligatoria, mi cabecera de Earthnet antes de empezar la clase de Física mostraba lo siguiente:

<Miguel Almagro, nacido el 3 de diciembre del 332 D. R. Madre: Laura Almagro. Hermanos: uno. Sangre: A+. Media Modalidades: 9.85.>

En la parte derecha una foto muy fidedigna de mí se mostraba junto a los datos. Debajo, en letra más pequeña, las características físicas.

<Pelo castaño oscuro, un metro setenta y cinco centímetros, ojos verdes oscuros, piel caucásica, peso de sesenta y cinco kilogramos y dos cicatrices (apendicitis, y rodilla).>

Según le habían comentado los profesores a mi madre, tenía un futuro brillante en Física y Astrofísica, como demostraban mis notas en esta modalidad. Le habían recomendado que continuara mis estudios después de este último año en esa especialidad, y le habían comentado que tenía posibilidad de conseguir una gratificación para continuarlos en el Centro de Investigación Espacial y Astro física de la Zona III.

El Gobierno de la Sede establecía esas gratificaciones para aproximadamente medio centenar de personas en todo el mundo, y era una ocasión única. La otra opción era seguir estudiando, pero en centros especiales de investigación locales, más cerca de donde vivíamos.

En principio nunca me interesó viajar hasta tan lejos y permanecer allí tanto tiempo, sobre todo pensando en dejar sola a mi madre y a mi hermana. Ya había visitado Denisville hacía un par de años con el colegio durante un mes. Una visita casi obligada para todos los alumnos.

Esa salida y un viaje que me fui con mi familia a una de las zonas vacacionales eran mis únicas ausencias del entorno donde vivía. También hacíamos excursiones locales por nuestra región, pero poco más.

Faltaban escasos dos meses para acabar el colegio y tenía que presentar una respuesta al Gabinete de Profesores. Mi intención era presentar una respuesta negativa.

El hecho de ir casi diez años con los mismos compañeros hace que crees un círculo de amistades muy estrechas. Alberto seguía siendo uno de mis mejores

amigos, pero curiosamente Jessica se había convertido en otra de mis más fuertes amistades.

Jessica había cambiado bastante de carácter desde que éramos pequeños, y si a eso le sumamos que se había convertido en una jovencita muy inteligente y atractiva, pues todo sumaba.

Faltaba poco para graduarnos y teníamos pendiente el final de la asignatura de Física, en su parte más dura, así que tanto Alberto, Jessica como yo habíamos decidido quedar para estudiar juntos y resolver entre los tres cualquier duda que nos surgiera.

El día anterior habíamos concertado que les mandaríamos un mensaje vía Earthnet para ver donde quedábamos a estudiar. Iba en el transporte público que me llevaba desde casa a la Biblioteca de la Sede, en la otra punta de la ciudad. Pensé que sería bueno ir adelantando camino y mandarles un mensaje desde el autobús, ya que ellos vivían más cerca del edificio que yo.

Era hora punta y el transporte iba bastante lleno, por lo que me tuve que quedar de pie. Empecé a poner el mensaje en mi ordenador pulsando.

<Nos vemos en la Biblioteca de la Sede, a las 11 horas. Miguel>

Cogí mi agenda y mi primer contacto por orden alfabético era el de Alberto, pulsé enviar y se lo mandé.

Fui bajando con el cursor hasta llegar a la letra J de Jessica, poco a poco. De pronto, el autobús giró demasiado rápido una curva, y una mujer de mediana edad se abalanzó sobre mí y me desestabilizó.

En apenas unos segundos el autobús volvió a su punto normal. La señora agarrada a mi chaqueta ponía cara de consternación y me pedía disculpas. Se las acepté y le ayudé a ponerse en equilibrio.

Cuando todo se había calmado volví a mi ordenador pulsando. En la pantalla se podía leer:

< Mensaje enviado a Ismael correctamente. >

Mi cara se extrañó al leer ese nombre. Justo por accidente el cursor del ordenador no había llegado a la letra J, y se había quedado en la I, en el nombre anterior a Jessica, el del viejo con el que me encontré siendo niño. En el desequilibrio con la mujer se debió de pulsar el botón de envío.

Por un momento un escalofrío extraño recorrió mi espalda. Sin embargo, enseguida me calmé. Habían pasado doce años desde que aquel forastero que decía conocer a mi padre me había craqueado mi ordenador, dejado su dirección en mi agenda y ya nunca supiera nada de él. Probablemente estaría muerto u obviaría el

mensaje, había pasado demasiado tiempo.

Decidí volver a enviar el mensaje a Jessica. Estaba a punto de tocar el ordenador cuando un leve pitado sonó y una luz violeta se encendió en la parte superior izquierda. Tenía un mensaje.

Pensé que sería Alberto contestando.

Pero no era él. El mensaje correspondía a un tal Ismael. El viejo acababa de responder. Con cara de incredulidad y nerviosismo pulsé el botón de leer.

<De acuerdo. Allí nos vemos.>

Me quedé mirando el mensaje. Lo leía una y otra vez y me preguntaba a mí mismo —*<¿Allí nos vemos?>*—. Este viejo estaba loco. La estupefacción se tornó en malestar. Esta tontería me iba a fastidiar mi rutina diaria.

Podía escribirle que me había equivocado, pero algo me paraba para no hacerlo. Quizá era mejor de una vez por todas hablar con aquel viejo y quitármelo de encima para siempre. Le diría que me dejara en paz y de paso que eliminara su nombre de mi agenda. Sin embargo no podía quitarme el eco de aquellas palabras que me dijo antes de desaparecer.

<Si algún día quieres saber la verdad de tu padre, llámame.>

¿Pensaría el viejo que le llamaba por eso? La verdad es que ahora que había acontecido todo por puro azar tenía un cierto sentimiento de curiosidad y morbosidad, así que decidí volver a mandar un mensaje a Alberto para retrasar la cita media hora, y otro a Jessica para comentarle la nueva hora de nuestra reunión.

Pasé el viaje mirando las pantallas planas que mostraban viajes de relax a algunas de las zonas vacacionales, aunque mi mirada traspasaba los monitores pensando en los recuerdos un tanto nebulosos de mi padre.

El autobús paró en el Centro Educativo de la Sede del MEC, donde se cursaban los estudios de especialidades después del colegio. Si todo iba bien, al año que viene estaría allí en las aulas. Los alrededores del centro mostraban un aspecto delicioso, con decenas de metros cuadrados de jardines y fuentes, mientras los estudiantes retozaban en ellos, algunos mirando sus ordenadores pulsera, otros jugando entre ellos conectándolos a las pantallas gigantes que a su vez recogían la energía de los paneles solares. Algunos, los menos, estaban tumbados con las gafas de estudio. Me imagine que algunos estarían repasando para los exámenes, aunque yo sabía perfectamente que algunas veces esas gafas se habían trucado informáticamente para ver otras cosas menos lectivas.

Pero si algo llamaba la atención de todo el centro y sus alrededores eran las motosol o bikersun. Eran pequeños automóviles de locomoción de dos ruedas para

una persona que se movía gracias a la energía solar. Llevaban una batería que se iba recargando y podía utilizarse cuando no lucía el astro sol, por la noche, con una autonomía de más de cuatro horas. Su velocidad era pequeña, por eso se utilizaba para reducidos núcleos poblacionales o residenciales. En el centro educativo del MEC estaban en todas partes, pertenecían al centro y se contaban por miles.

La Biblioteca era un edificio muy moderno, de apenas un par de décadas, en forma de pirámide acristalada, con una gran entrada en forma de herradura, presidida por un estanque de aguas cristalinas en donde nadaban diferentes especies de peces.

Me estaba acercando al edificio mientras miraba la hora en mi ordenador. Faltaban siete minutos para las once.

Llegaba pronto, al menos lo pensaba, hasta que lo vi.

Ni en cien millones de años me habría equivocado. El viejo estaba esperando a la entrada. Era imposible no reconocerlo. Primeramente y de manera increíble parecía la misma persona de hacía doce años. Era como si el tiempo se hubiera detenido por un momento y solo yo hubiera aumentado mi reloj biológico. Debía de vivir muy cerca para haber llegado tan pronto.

El viejo daba el cante. Llevaba un traje oscuro, como cuando lo vi por primera vez. Esperaba que no fuera el mismo, desde luego. El sombrero, un tanto antiguo, también oscuro. Se distinguía entre un maremagno de gente joven que salía y entraba de la Biblioteca. Ni siquiera los profesores podían confundirse con él. O bien llevaban batas blancas o bien llevaban una capa violácea.

Ese viejo allí era como un espectro de otro mundo que no pegaba en el momento en el que vivíamos.

No tenía el miedo de cuando era un crío, pero he de reconocer que su estampa provocaba cierta inseguridad, que intenté disimular conforme me acercaba a él.

Pensé que le costaría reconocerme, pero a falta de varios metros vi como su mirada se posaba sobre mí, se quitaba el sombrero y me sonreía. Me conoció y me estaba esperando.

Cuando llegué a su lado, por un momento creí que cuando le diera la mano lo iba a atravesar, como si fuera un holograma. Me la tendió nada más acercarme. Era huesuda y delgada, y aparentaba más edad que la de su rostro. Ese hombre tenía que ser bastante mayor.

—Hola Miguel, cuanto has crecido —me dijo mientras le apretaba su centenaria mano.

—Hola señor... —le dije esperando una presentación formal.

—Ismael, solo Ismael —me dijo con serenidad y un brillo en los ojos que parecía iluminar su rostro.

Deshicimos el nudo protocolario manual y el viejo se volvió a poner el sombrero. Sonreía felizmente mostrando unos dientes como nunca los había visto; amarillentos.

—Me alegro tanto que me hayas llamado —dijo el viejo sin perder la sonrisa en la cara.

Casi sin pensar solté una frase que le quitó de repente toda la iluminación de su rostro.

—Señor Ismael, me he equivocado y le he mandado por error un mensaje que no era para usted.

Lo dije con educación, pero el viejo cambió su cara esperanzadora a otra de profunda tristeza.

—Era para mis compañeros, pero por casualidad, me empujaron en el autobús y se lo envié. Lo lamento, sinceramente, pero no era usted el receptor del mensaje.

Por un momento el viejo se revolvía inquieto, con la mirada cabizbaja. Le había trastocado sus ideas fueran cuales fueran. De repente el miedo que había sentido de pequeño había desaparecido para siempre. Ese viejo de mirada vivaz y de aspecto raro que me encontré de pequeño se presentaba frente a mí como un manojito de nervios y con un profundo pesar.

Sin embargo, el viejo se rehízo para lanzarme su última apuesta.

—Pensé que querías saber la verdad sobre tu padre —soltó firmemente mientras hacía el amago lento de marcharse.

Doce años después fui yo quien lo cogí del brazo y lo sujeté.

—¿La verdad? ¿Qué verdad? —le pregunté elevando un poco la voz. Alguna gente empezaba a mirarnos al pasar, así que decidí acercarme a la cara del viejo sin soltarle el brazo, mientras podía oler a naftalina.

—Mi padre está desterrado. Y lo está porque infringió uno de los compromisos. ¿Acaso no es eso cierto?

El viejo me miraba de reojo mientras asentía con la cabeza amenazado por mi mano que cada vez apretaba más fuerte su brazo.

—¿Y acaso no es cierto que traficaba con material prohibido por el MEC? ¿Eh? ¿No es esa la verdad?

El viejo seguía asintiendo un tanto cohibido por la situación.

Le solté el brazo. Había mostrado mi rabia y poco a poco iba disminuyendo. Miraba al viejo, indefenso ante mi ira.

—¿Acaso es usted otro traficante como él? —le pregunté con asco casi apartándole la cara.

Ya hacía el ademán de irme y dejar al viejo, cuando de repente se puso recto, altivo, y orgulloso, y me dijo con firmeza unas palabras.

—Si, lo soy.

Al darme la vuelta para seguir escupiendo mi asco, mis ojos se embriagaron de algo que llevaba el viejo en la mano. Era una naranja. El viejo la ocultaba lo suficiente para que no la viera nadie más que yo, como hacía doce años cuando vi por última vez a mi padre.

Yo miraba como la acariciaba con sus manos hasta que la volvió a esconder en el bolsillo de su chaqueta. Apenas fueron unos segundos. Cuando desapareció de mi vista, como si me estuviera hipnotizando, volví a los ojos grisáceos del viejo que

volvían a brillar intensamente.

—Solo te pido unos minutos. Después, si así lo deseas, no volverás a verme nunca más en la vida.

Por un momento dudé, pero la seguridad que demostraba el anciano en esos momentos me hizo acceder a su invitación. Eso, y el vivo recuerdo que había activado con ese gesto.

—Unos minutos, no tengo mucho tiempo —le dije mientras comenzaba a andar con él.

Me llevó a lo que se llamaban las «*smoking áreas*», zonas valladas con asientos que tiempo atrás se habían utilizado para los fumadores, y que ahora apenas nadie utilizaba a excepción de jóvenes que querían soledad con sus parejas.

Nos sentamos en unos de los bancos de la zona vallada. No había nadie, como cabía esperar. Era un rectángulo de hormigón con sólo una entrada, sin puerta, cuatro o cinco asientos de hierro, y dos pantallas planas que mostraban publicidad.

Entrar en ese sitio con el anciano desde luego no era una buena imagen, así que observé alrededor para ver que nadie se había percatado.

Al sentarnos el viejo sacó un arrugado paquete de tabaco. Me sorprendí. Por un momento pensé que el viejo me llevaba para estar más escondidos, pero realmente quería fumar.

Golpeó el paquete con un dedo y sacó un cigarrillo blanco.

—¿Quieres? —me preguntó mientras me acercaba el tabaco.

Le respondía moviendo la cabeza negativamente y con cara de asco.

—Es verdad, me olvidaba que ahora casi nadie fuma, ni bebe, ni... nada de nada —dijo el viejo con cierta resignación mientras se encendía el cigarro.

—Es malo. Por eso nadie lo hace ya —espeté.

El viejo sonrió. No supe si por la primera calada que había dado al cigarrillo, por mi comentario, o por ambas cosas.

—Bien, no dispongo de mucho tiempo. ¿Qué tiene que contarme?

El viejo seguía dando caladas al cigarro. De repente me miró.

—Tu padre trabajaba conmigo —dijo el anciano—. ¿Sabes en que trabajaba tu padre?

Sentí bastante indiferencia en el comentario del viejo. Además no era capaz de recordar en que trabajaba mi padre.

—No, lo lamento, no lo recuerdo, era muy pequeño —le dije.

El viejo sintió un poco de desazón ante el comentario.

—¿Tu madre nunca te lo ha contado?

Me estaba empezando a sentir incómodo.

—No, mi madre no habla mucho de mi padre, y yo intentó no preguntarle. Ya me entiende.

El anciano movió la cabeza como explicando que me entendía. Dio una gran calada al cigarro y lo tiró al suelo para apagarlo.

—Tu padre y yo trabajábamos en una división de Earthnet.

No tenía muchas ganas de prestar atención al anciano, pero su comentario me resultó curioso. De los pocos recuerdos que tengo de mi padre es que era de las personas que menos tiempo dedicaba a Earthnet.

Durante unos segundos me vinieron recuerdos de él. Al rato como despertando de un pequeño trance contesté al anciano.

—Creo que me está mintiendo, o me está tomando el pelo.

El viejo reposó sobre el banco y soltó una risita.

—Es verdad. Puede sonar mentira porque tu padre odiaba Earthnet. Pero el hecho de que lo odiara no significaba que no lo conociera profundamente. Ni él ni yo. ¿O cómo te crees que logré manipular tu ordenador pulsera?

Puse cara de incredulidad.

—Tu padre estaba por encima de mí en la división de Desarrollo de Earthnet. Era jefe de operaciones, y yo solo un adjunto. Pero los dos sabemos jaquear un ordenador pulsera. Todos los ordenadores pulsera tiene una puerta de atrás para poder modificar la memoria caché, añadir o modificar datos, fijar un dato en una agenda, como hice yo, y alguna cosa más —contó el anciano.

Mientras hablaba miraba mi ordenador pulsera. Allí se encontraba toda mi información personal. Era mi vida en *bytes*.

—Entonces, ¿usted puede modificar los datos personales en mi ordenador? —pregunté un poco más intrigado a Ismael.

—Por supuesto —me dijo el viejo casi alborozado—. Necesitaría un poco más de tiempo que cuando te incrusté mi número en tu agenda... pero sí, podría hacerlo.

—¿Y eso no es un delito? —pregunté con ojos maliciosos.

El viejo se revolvió un poco sobre su banco. La pregunta le había incomodado.

—Si, según las normas, si —dijo el viejo resignado, pero enseguida cambió de postura dialéctica—. El problema es que las normas que tenemos son una mierda.

El viejo empezó a notar mi inquietud.

—Mira Miguel —dijo mientras me cogía del brazo—. Tu padre, yo y otros como tu padre descubrimos algo podrido en este mundo tan ideal en el que parecemos vivir.

Miraba al viejo a los ojos. Parecían emitir chispas doradas de sus pupilas.

—¿Algo? ¿Qué? —pregunté.

El viejo retiró su mano de mi brazo y se volvió a retorcer en su asiento. Las pantallas planas despedían imágenes de productos de consumo, pastillas de colores que eran nuestra comida diaria y destinos de vacaciones idílicos.

—No te lo puedo decir. Pondría tu vida en peligro —dijo finalmente el anciano.

Empecé a mover la cabeza como el que ha perdido el tiempo para nada.

—Me trae aquí, me habla de delitos, me dice que vivimos en un mundo... ¿podrido?, según usted, que mi padre sabía algo, y me dice que no me lo puede contar. Perdona, pero creo que usted está un poco loco —terminé haciendo ademán de levantarme del asiento.

De repente el anciano en un gesto rápido me sujeto nuevamente el brazo para que no me fuera.

—Miguel, si te contara lo que yo sé, no me creerías. Aún me tomarías más por loco.

Sus ojos se posaron en los míos pidiendo clemencia.

—Necesitas descubrirlo por ti mismo, poco a poco.

—¿Descubrir el qué? —pregunté casi enfadado.

—La verdad —susurró el viejo.

De repente en un impulso el viejo se levantó.

—Empieza por Némesis —me dijo secamente.

Aún estaba sentado y observaba a ese viejo con su sombrero raído.

—¿Némesis? ¿El virus? —pregunté extrañado.

—Nuabidú es la clave.

—Nua... ¿qué? —pregunté aún más extrañado.

El viejo, como hiciera años atrás, se abalanzó sobre mi ordenador pulsera. Esta vez no tuve miedo, y vi lo que hacía. Me abrió el bloc de notas del ordenador y me escribió el nombre: Nuabidú.

—No sé qué podrás encontrar, pero sé que eres un chico listo. Dentro de una semana nos encontraremos en este mismo sitio y a esta misma hora. Ahora me tengo que ir —dijo el viejo mientras salía a toda prisa del receptáculo vallado en el que estábamos.

—Un momento... no se vaya... ¡tengo los exámenes finales! —grité mientras salía detrás del anciano.

Fueron apenas diez segundos los que tardé en salir tras el viejo Ismael, pero al salir de allí ya no lo vi. Decenas de estudiantes paseaban con sus *bikersun* por todo el recinto. El viejo había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra, como hace doce años.

Al cabo de unos segundos intentando encontrar la figura del anciano, desistí, y mis ojos fueron hacia la pequeña pantalla de mi ordenador pulsera. Allí todavía estaba reflejada la palabra que me había escrito: Nuabidú.

* * *

Era la hora de la salida y los estudiantes se mezclaban entre los que salían de clase y los que tenían que entrar. Esperaba a Alberto y Jessica cerca de donde hacía poco tiempo había quedado con el anciano.

En los pocos minutos que llevaba de espera me había conectado a Earthnet y había teclado la palabra Nuabidú.

Es cierto que aún tenía papeletas para tratarlo como un loco, pero la curiosidad siempre mató al gato y no perdía nada por probarlo. Tecleé en los mejores y más conocidos buscadores pero con resultado infructuoso. Nada salía con ese resultado.

—Este viejo está loco —pensaba para mis adentros conforme los resultados de los buscadores me daban cero registros encontrados.

Lo intenté con Némesis que sabía que me iba a dar algún resultado. La sorpresa para mí fue que esperaba muchos más, y apenas encontré cuatro o cinco datos en cada buscador. Me resultaba extraño. Es verdad que nos lo habían contado de manera breve, y que la historia anterior al día de Recuperación estaba bastante denostada, pero no sabía hasta qué punto.

Cuando empezaba a leer la poca información sobre Némesis apareció Alberto.

—¿Qué pasa tío? ¿No puedes dejar de mirar Earthnet, eh? —me dijo con una sonrisa pilla, como si pensara que estuviera haciendo cualquier cosa ociosa.

—Hola Alberto. Oye, una pregunta, ¿te suena el nombre de Nuabidú? —le pregunté mientras cerraba todo lo que tenía abierto en el ordenador pulsera.

—Nuabi... ¿qué? —dijo con cara extrañada.

—Vale, déjalo.

Alberto, con su pelo rizado rubio caracoleando con el viento, me seguía mirando extraño.

—¿Qué sabes de Némesis? —le pregunté a bocajarro, aún no recuperado de la anterior pregunta.

—Tío, que preguntas más raras. No me preguntas... ¿qué tal estás? ¿Cómo llevas el tema de la teoría de unificación? Que puntual eres. No, me preguntas por... ¿Némesis?

—Perdona Alberto, ¿qué tal llevas el tema de la unificación? —le dije con ironía.

—¡Y una mierda! Ahora has conseguido llamar mi atención. ¿Por qué coño quieres saber sobre Némesis?

Alberto se había convertido probablemente en la persona que conocía de todo el planeta con peor vocabulario. Estaba muy mal visto en nuestra sociedad, y los que no lo conocían se le quedaban mirando por la calle, pero los que lo conocíamos sabíamos de su bondad e inteligencia, y lo incluíamos en su curiosa personalidad. Lo peor, es que cuando estaba con él se me pegaba su lenguaje. Si había una persona inteligente que conociera, ese era Alberto. Sabía de todo.

—No se tío, ¿no te puedo preguntar por algo? —le dije intentando ocultar todo lo que podía en mis palabras.

—No me jodas, Miguel, que nos conocemos desde pequeños. Tú no preguntas las cosas porque sí.

Su mirada era escrutadora sobre mis ojos.

—Venga, déjalo Alberto, era una curiosidad, no pasa nada.

Alberto vio claro que no quería hablar del tema. Sin embargo, si había algo que podía a Alberto sobre todas las cosas era sus ganas de demostrar su sapiencia y superioridad sobre cualquier tema.

—Me conoces bien, Miguel, sabes que soy un auténtico fan de toda la protohistoria que no nos enseñaron. Que he intentado saber de todos aquellos

hombres de ese pasado denostado que tienen teorías que aún hoy utilizamos, como Einstein, Darwin o el propio Jonás, hombres que se adelantaron...

No le deje acabar.

—Si, si, si... lo sé, no me cuentes todo el discurso, que me lo sé de memoria —le dije haciéndole con la mano el gesto de que pausara—. Por eso te he preguntado a ti.

Alberto con sus ojos azules paró en seco. Siempre que lo miraba pensaba en lo poco agraciado que había salido físicamente. Para él era una lástima que el Gobierno de la Sede hubiera prohibido cualquier manipulación genética en fetos que no fuera para controlar enfermedades graves o crónicas. Por otro lado, siempre pensaba que de haber sido de manera contraria, es probable que Alberto hubiera sido la misma belleza entre miles y miles de caras regidas por un mismo patrón, único y hastiante. Era un gran tipo, y eso valía más que cualquier otra cosa. Siempre andaba tirándole los tratos a Jessica, pero hacía ya tiempo que Jessica me los tiraba a mí. Y yo, en medio de todo, sin opinión alguna, en un triángulo que no sabría definir si era isósceles o escaleno.

—No puedes preguntarme que sabes de Némesis. Es como preguntar a bulto. Tendrías que ser más específico —me dijo conciliador y sentenciando.

Moví la cabeza. Ya lo conocía, cuando se ponía así era difícil de aguantar.

—Por eso te he preguntado antes por Nubiadú.

Alberto se empezó a reír. Al rato paró y me señaló con el dedo, como queriendo apuntarme algo.

—Miguel, tío, ¿te has dado cuenta de una cosa? ¿Cómo coño voy a saber que las dos preguntas van relacionadas sino me lo dices? Lo puedo suponer, si soy listo, y como lo soy, ya lo había supuesto, pero tienes que aprender a ser menos inconexo.

Odiaba cuando se ponía con ese tono de superioridad.

De repente paró y se quedó en silencio, y empezó a mirar a todos los lados, como si yo no estuviera.

—¿Y bien? —le dije.

—¿Y bien, qué? —me respondió.

—Joder, ¿qué si le ves alguna relación a lo que te he preguntado?

—No digas tacos Miguel. No, no tengo ni puta idea... —lo decía sin mirarme — mira, ya viene Jessica por allá.

Y su cara se iluminó notablemente.

Se acercó a mí y con voz susurrante, inundado probablemente por la alegría de ver a Jessica viniendo hacia nosotros.

—Cuando salgamos, nos vamos juntos a casa y te cuento todo lo que se del jodido virus ese.

En el fondo me daba un poco de pena. Ese interés que mostraba por Jessica no era correspondido, y lo peor era que no se daba cuenta o no quería darse cuenta.

Jessica llegó como siempre, con una sonrisa de oreja a oreja. Su pelo todavía con trenzas, junto a sus labios carnosos y sus enormes ojos le conferían un gran atractivo.

Sin embargo, para mí, era solo una amiga que conocía desde la más tierna infancia, y aunque no negaba que los deseos más lujuriosos de la adolescencia golpeaban a veces mi entrepierna, intentaba no mostrarlos bajo ningún concepto. Amistad y lujuria todavía pugnaban en lo más profundo de mi interior.

Después de darnos un par de besos a ambos nos internamos en la biblioteca de la Sede, que contaba con los mejores archivos informáticos de la ciudad, y allí estuvimos estudiando durante un par de horas.

* * *

Salimos para irnos a comer a casa. En principio íbamos a quedar por la tarde, pero Jessica se excusó diciendo que tenía algo que hacer, así que al final no quedamos. Alberto y yo nos íbamos a recoger a nuestras casas. Él fue para la parada de autobús, pero enseguida le paré. Le recordé lo que me había prometido hacía escasamente dos horas.

Protestó. Me dijo que estaba cansado y que andando le costaba más de media hora llegar a su casa, pero aun así a regañadientes le convencí. Le dije que me desviaría hacia su barrio, y le acompañaría hasta su puerta, aunque él viviera un poco lejos de mi hogar. A cambio me tenía que contar todo lo que supiera de Némesis.

—Te cuento todo lo que sé, aunque algunas cosas ya te las sabrás —dijo Alberto mientras caminábamos.

—No importa, me vendrá bien para recordarlas, hace mucho de tiempo desde que el profesor Swanck nos explicó algo de todo esto —le dije.

—Antes de nada, ¿a qué viene este interés por todo esto? —preguntó mientras me miraba con cierta suspicacia.

No quería mentirle, pero tampoco contarle toda la historia, máxime cuando todo era tan confuso y tenía visos de no llevar a ningún sitio claro.

—Simple curiosidad —le dije todo lo serio que pude.

—Ya, bueno, yo te cuento todo lo que sé, y espero que tu curiosidad quede saciada —dijo en tono sarcástico.

Empezó a hablar mientras caminábamos.

—Némesis parece ser que empezó en lo que ahora son las zonas restringidas, y de imposible acceso para nosotros. El virus funcionaba de la misma manera que la gripe, pero con la fatalidad del VIH, multiplicada por cien. Es decir, era un virus muy peligroso, porque podía contagiarse por el aire, cosa que no podía hacerse el VIH, que se contagiaba por sangre o por contacto sexual. Y encima, no era un virus latente como el VIH, sino que su acción en el cuerpo residente era rápida y mortal.

Yo le escuchaba atentamente.

—No se tiene constancia exacta, pero los primeros datos de infección se podrían decir que fueron tres o cuatro años antes del Día de la Recuperación.

—¿Cuatro años duró el virus? —pregunté a Alberto.

—Si, fue traumático. ¿Recuerdas las imágenes que nos pusieron en la escuela? El virus se contagiaba exponencialmente, y ante la confusión y desinformación, el virus ya se había propagado casi por todo el mundo. En esa época había grandes flujos de migración, y en apenas unos meses los hospitales de todo el mundo no daban abasto. Cuando los científicos se pusieron manos a la obra, la hecatombe era un hecho.

Estábamos a mitad de camino, y Alberto seguía contando todo lo que sabía.

—Los datos hablan de un caos como nunca se había vivido en el planeta. Con auténticas ciudades fantasma, gente que no salía de casa, que vivían en sus sótanos haciendo acopio de alimentos y agua, con solo la familia más allegada. El caos se instauró en la calle, donde todo el mundo era susceptible de ser contagioso, y la anarquía se apoderó del mundo. Solo el MEC y Jonás Denis tuvieron el valor de tomar el control de la situación. Aislaron sus laboratorios, como si estuvieran en cuarentena, y dedicaron todos sus esfuerzos para encontrar una cura. Para entonces, el ochenta por ciento del planeta había fenecido a causa de Némesis.

—¿Cómo encontraron la vacuna? —pregunté.

—Hum, al parecer se dieron cuenta que el virus solo afectaba al género humano y no a los animales. Descubrieron que muchos de los animales tenían una enzima protectora que nosotros no tenemos; la EZ45. Decidieron sintetizarla en laboratorio e inocularla a algunos voluntarios. En principio, el inyectar una enzima no natural a nuestro sistema podría ser letal, pero no había muchas opciones. El resultado fue todo un éxito, y hoy todos tenemos esa vacuna al poco de nacer. Parece ser que esa enzima nos ha salvado a toda la humanidad. Los animales parece que nos han salvado. Quizá de ahí este respeto por ellos, no lo sé.

—Dicho así parece sencillo —le dije a Alberto.

—Sí, todo parece sencillo cuando te lo cuentan. Me imagino que trabajar en esas circunstancias no debió ser agradable —comentó Alberto, mientras girábamos una calle con destino a su barrio.

—¿Cómo sabes toda esa información? —le pregunté a Alberto levantando las cejas a modo de perplejidad.

Alberto sonrió. Yo lo conocía muy bien.

—Es cierto. Yo he tecleado Némesis en Earthnet, y apenas salen dos o tres respuestas en el buscador, y desde luego no explican ni la mitad de cosas que me estás contando —dije incidiendo en el tema y dejando caer que me estaba mintiendo, no en lo que decía, sino de donde parecía haber sacado esos datos.

Alberto volvió a sonreír profusamente.

—Está bien. No soy un cabrón como tú, que sé que me ocultas algo. Ya sabes que soy de los pocos que vivo en una casa antigua. Un día tuvimos que hacer reformas en el sótano de la casa, ya que teníamos problemas con las tuberías y la instalación de las placas solares. Al hacer limpieza encontré como una docena de libros antiguos.

—¿Alguien vivió allí antes que vosotros? —pregunté.

Alberto se encogió de hombros.

—Mis padres compraron la casa antes de nacer yo, pero no sé si los libros que encontré eran del anterior inquilino o de mucho antes. Estaban en una falsa pared que tuvimos que tirar. No sé si guardados o escondidos. Tampoco sé si la casa es anterior o posterior al Día de la Recuperación. Nos dijeron que no existían planos ni registro de ella, por lo que puede ser anterior con mucha probabilidad.

—¿Y de qué eran los libros?

—La mayoría de los que encontré eran novelas. Te gustarían Miguel, eran novelas de calidad. Pero no sabría decirte que parte de lo que contaban era verídico o parte era la imaginación del autor. Sin embargo...

—¿Sin embargo?

Alberto sonreía.

—Había un par de libros que sin lugar a dudas contaban cosas de nuestra civilización anterior. Y uno de ellos hablaba de Némesis. Fue escrito en ese mismo tiempo.

—¿Cómo se llama el libro?

—La fuerza del presente.

—Vaya —dije un tanto extrañado—. ¿Y el autor? ¿Te acuerdas del autor? —pregunté insistentemente.

—¿El autor? —Y Alberto empezó a poner una cara mezcla de picardía y satisfacción.

—Si, el autor me suena vagamente. Está firmado por un tal Jonás Denis —y sonrió tanto que parecía que se salía de su rostro, mientras seguía caminando alejándose de mí, que al oír el nombre me había quedado totalmente inmóvil.

XXI

Washington DC. Estados Unidos.
Año 1 A. R.

Jan Lewis llamó a la puerta. La palidez de su rostro, debido a la no presencia de luz solar durante tanto tiempo, se tapaba en parte por la mascarilla que le cubría boca y nariz. Sus ojos castaños, pequeñitos, demostraban fatiga en su mirada.

Se oyó al otro lado de la puerta alguien que le decía que pasara.

—Jonás.

—¿Qué pasa Jan?

—¿Qué haces?

Era una pregunta sin sentido ya que se veía claramente a Jonás sentado en la silla de su despacho, con la misma mascarilla que llevaba él, tecleando incesantemente sin apartar la mirada del ordenador.

—Escribo una especie de diario —dijo sin levantar la vista.

Jan puso cara extraña, apenas intuida solo por su mirada.

—¿Un diario?

Jonás dejó de escribir, mientras Jan se acercaba a su mesa. Lo miró, pero sus ojos no reflejaban el mismo cansancio que su compañero, parecían estar mucho más vivos.

—Si, Jan. El día de mañana la gente necesitará saber que ocurrió.

—Igual no hay día de mañana, Jonás. Igual no hay nadie para leerlo —dijo mientras se sentaba en la silla que tenía frente a su interlocutor.

—Sí que habrá mañana, Jan, no seas cenizo.

El joven científico movía la cabeza casi desesperado.

—Amigo, vamos a encontrar una cura, no te desesperes.

—No entiendo cómo puedes estar aquí, tan tranquilo, escribiendo, cuando estamos así.

Jan se levantó para observar la ciudad de Washington desde la enorme ventana del despacho. La imagen era espeluznante. Las calles parecían estar totalmente desiertas. Centenares de coches estaban en cualquier parte de la carretera, e incluso encima de las calzadas. Algunos incluso con las puertas abiertas. Algunas luces de neón de las tiendas parpadeaban, y la mayoría estaban totalmente saqueadas. La única vida que pudo ver fue la de un perro cruzando la carretera.

Más allá de los edificios se veían columnas de humo. Sabía que en el otro lado, en la puerta de entrada principal, un contingente pequeño del ejército protegía el complejo. Con sus máscaras y sus armas.

—Es el fin del mundo, Jonás —dijo en voz baja.

Su mirada seguía perdida en el horizonte a través el enorme ventanal. Jonás seguía tecleando en su ordenador.

El mismo perro que poco antes había cruzado la carretera, volvió a pasar, esta vez con algo en la boca, algún tipo de carroña. Jan lo siguió con sus ojos. Lo miraba, y su cabeza pensó que era lo único con vida y movimiento que se podía atisbar desde el ventanal.

De repente, un chispazo le recorrió todo el cuerpo.

—¡Claro! —gritó—. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta?

Jonás dejó de escribir en el ordenador.

—¿Qué?

—Ven Jonás, ven rápido, antes de que se vaya.

Jonás se levantó a toda prisa y se acercó al cristal donde estaba Jan. Este le levantó el dedo para señalar el perro, que se había tumbado sobre la carretera mordisqueando lo que fuera que llevara hace un rato en la boca.

—Un perro —dijo Jonás con cara extraña.

—No, un perro no. Tú ves un perro. Yo veo un ser vivo.

Jonás volvió a mirar al animal.

—No le afecta el virus —dijo Jonás. Observaba a Jan con una mirada malévola a sus espaldas.

Jan no hablaba. Sus ojos estaban brillantes y sus pupilas dilatadas sin dejar de mirar al animal.

—¡No le afecta el virus! —gritó Jonás un tanto forzadamente, mientras abandonaba la ventana. Se fue al teléfono que tenía sobre la mesa y pulsó un botón.

—Coronel Roland. Soy el doctor Denis.

—Dígame doctor.

Era una voz metálica.

—Le va a parecer raro, pero necesito que sus hombres, los que están aposentados en la puerta, me traigan un perro que hay a unos cien metros de distancia, en la carretera, frente al antiguo McDonalds.

Se oyó el silencio.

—¿Coronel?

—¿Un perro dice?

—Si, por favor, es muy urgente, tráiganlo de inmediato al laboratorio.

—De acuerdo, doctor.

Jonás pulsó el botón de apagado y se acercó de nuevo a la ventana, junto a Jan. Le puso la mano en el hombro y le dio unas palmaditas. Juntos pudieron ver como dos hombres del ejército, con máscaras antigás, se acercaban al animal. Era dócil, no huyó, al contrario, meneaba su cola y saltaba ante ellos. Uno de ellos lo cogió en brazos y el perro empezó a ladrar, probablemente de alegría.

Jonás cayó en la cuenta que no podía ya leer la mente de Jan. Ni la de él ni la de nadie más. Algo había cambiado para siempre desde hacía un tiempo.

XXII

Zona Poblacional II.

Año 320 D. R.

Habíamos llegado a la casa de Alberto. La arquitectura del edificio era señorial y palaciega. Desde luego esas casas ya no se construían, y muy pocas quedaban en pie, y las que permanecían estaban en el más absoluto de los abandonos.

Una vieja verja de hierro totalmente oxidada la protegía del exterior y daba paso a un jardín esplendoroso, lleno de orquídeas, rosas, tulipanes y un montón más de preciosa flora. A los laterales dos enormes pinos ofrecían sombra a diversas aves que correteaban en busca de alguna semilla.

Alberto había avanzado hacía la verja, y sostenía una gran llave para abrirla, mientras yo, aún absorto por lo que me había dicho, estaba a unos dos metros por detrás de él.

Alberto volvió la cara para mirarme, y me vio pensativo mirando al suelo.

—¿Quieres que te deje el libro, Miguel? —me dijo con cierta melancolía.

Al oír esa frase desperté del trance en que me encontraba. Asentí con la cabeza.

—Pasa anda. Ahora no habrá nadie en casa —me dijo Alberto abriendo la puerta de hierro.

Solo la curiosidad de poder leer ese libro había sido capaz de hacerme ver el jardín con otros ojos. Por un instante pensé en lo agradable que sería la lectura del libro sentado en la verde hierba cortada milimétricamente.

Nunca había estado en casa de Alberto. En nuestra sociedad las visitas a casas ajenas no estaban prohibidas, pero no estaban bien vistas, a excepción de los familiares.

Al acabar el jardín llegamos al edificio que contenía su hogar. Tres escalones nos llevaban hasta un porche de madera. Pensé en lo vieja que tenía que ser la casa para que ese porche estuviera construido de ese material, ahora totalmente prohibido.

La casa aun siendo vieja, denotaba retales y obras de última generación, como la misma puerta, con un sistema dactilar de entrada, o las ventanas, opacas desde fuera, pero visibles desde dentro, que las hacían irrompibles e insonoras.

Al entrar a la casa un olor desconocido pero muy agradable me embriagó. Por un momento puse una cara extraña, cosa que debió de notar mi amigo.

—Tranquilo Miguel, ese olor al que no estás acostumbrado es madera. Madera vieja. Buena parte de la casa está hecha con madera, como las escaleras, los viejos muebles, armarios, e incluso el suelo.

—¿El suelo? —pregunté en voz alta para mí mismo.

—Si. Nuestros antepasados, ya sabes, los de la civilización de nivel cero llegaron a construir suelos de madera. Y ya ves, ahora nosotros tenemos prohibido hasta construir una silla, y ellos, con dos cojones, hasta el suelo —comentó sarcásticamente

Alberto.

Observé las enormes lámparas de pedrería que brillaban con los tenues rayos de sol que se colaban por la puerta abierta. Solo en la entrada había dos lámparas deslumbrantes. Por momentos me parecía estar viajando a ese pasado ignoto.

—Se lo que estás pensando —dijo Alberto mientras me veía mirar la casa con asombro.

—No, no creo que lo sepas —le repliqué sin quitar vista a todo el recinto.

Alberto rio con una enorme carcajada.

—Hay que subir las escaleras. Mi habitación está arriba.

Miré hacia donde se dirigía Alberto. La escalera, sinuosa, no recta, era también de madera, de un color rojizo. De lejos parecía majestuosa, pero al acercarse se notaba el paso de los años en arañazos y grietas. En la base de la escalera, reposando en una pequeña mesita, había un busto de mármol de una persona.

Me paré a observarlo.

—Venía con la casa. Igual que los cuadros, lámparas y algunas alfombras. Mis padres quisieron mantenerlas —contó Alberto que ya había subido cuatro o cinco peldaños y me observaba desde la altura.

La figura era de color grisáceo, con ciertos tonos pastel, y reflejaba una cabeza de un hombre de mediana edad, llegando hasta el cuello, donde acababa la escultura en un reposadero. Sobre él, escrito en letras doradas ponía un nombre que se leía claramente.

—Goya —fueron las palabras que salieron de mi boca.

—Si. Goya —repitió Alberto.

—¿Quién era? —pregunté alzando la mirada.

—Un pintor.

—¿Un pintor? ¿Cómo lo sabes? —pregunté de nuevo.

Alberto no dijo nada, solamente desde la escalera me señaló la pared que estaba pegada a él. Sobre ella un cuadro de colores vivos, bello en ejecución, pero a la vez violento mostraba unos hombres de uniforme disparando a unas personas.

—Este cuadro es de él. Al menos lleva su firma —dijo Alberto acercándose al cuadro—. Debió de ser un pintor importante de esta ciudad hace muchos años, más allá del Día de la Recuperación... ¿o no? No lo sé, a lo mejor era el dueño de esta casa y se entretenía pintando y haciendo esculturas. A mi padre le encantan todas estas cosas antiguas. Dice que no sabemos qué impacto tuvieron en el pasado, y ese misterio de no saber si fueron grandes obras o nimiedades, es una dualidad que le atrae —dijo Alberto que proseguía su subida por las escaleras.

—Ya sabes que te he dicho muchas veces que mi padre es más raro que la mierda de gato.

Me hacían gracia las expresiones que se inventaba Alberto. Sonreía ante esa nueva expresión mientras revisaba el cuadro desde un poco más cerca. Me estremecía la mirada de terror que tenía uno de los hombres que estaba a punto de morir a manos

de su ejecutor, mientras a sus pies otros hombres yacían ya muertos.

Dejé la obra y seguí subiendo las escaleras.

Alberto se me había adelantado bastante, así que tuve que gritar para que me oyera.

—Es increíble esta gente del pasado. Eran capaces de pintar increíblemente bien, pero en este caso su pintura, bella y singular, nos muestra claramente porque los dejamos de lado en nuestra historia y no quisimos saber nada de ellos: la maldad contra ellos mismos y contra su Planeta.

—¿Qué? —dijo Alberto asomando la cabeza desde una habitación lejana.

—Nada, nada, cosas mías. Hablaba solo en voz alta —grité acercándome al lugar.

El pasillo también era digno de admirar. Una alfombra roja lo recorría, dos lámparas con brazos de fierros iluminaban el trayecto y cuadros más pequeños con animales adornaban las paredes. La modernidad en la casa se notaba en los radiadores que colgaban de los muros que a la vez estaban conectados a las reservas centrales que guardaban la energía que provenía de los paneles solares.

Al entrar a la habitación de Alberto la modernidad se hizo tan patente que parecía que había pasado de una época a otra en tan solo unos instantes.

Cuatro pantallas gigantes colgaban de cada una de las paredes de su habitación. Las cuatro del mismo modelo y de la misma amplitud. Al lado de cada una de ellas, cuatro altavoces formaban una especie de enjambre sonoro en toda la sala.

Cantidad de aparatos tecnológicos se agolpaban en estanterías de hierro, y algunos esparcidos por el suelo, destripados.

Solo la cama, rústica y de madera era el contrapunto ante tanta tecnología, que junto a todos los muebles y armarios ferrosos y plateados hacían un bonito juego de colores.

Alberto notó mi mirada escrutadora.

—Estoy haciendo un proyecto para tecnología. Algún día te contaré —me dijo mirándome con una sonrisa pícaro.

Se fue directo hacia uno de los dos armarios plateados, concretamente al que tenía un espejo. Pulsó un botón y las puertas se deslizaron bajo un mínimo zumbido sonoro.

Su ropa colgaba de perchas, pero se agachó hacia la parte de abajo. Sacó una caja de cartón. Supuse que vieja, como la casa, ya que el cartón rara vez se utilizaba ya para nada.

—Aquí están los libros que te decía —me dijo mientras la arrastraba hacia el centro de la habitación. Nos sentamos en el suelo.

Apenas removié un poco la pilada de libros, de los que ni siquiera pude leer el título de ninguno, y lo encontré.

—Aquí está.

Me pasó el libro.

El libro era viejo, sin embargo, se conservaba en buen estado, no parecía que

hubiera pasado tanto tiempo como todo parecía indicar.

Alberto de nuevo, con ese sexto sentido profético que tenía pareció leerme la mente mientras me lo pasaba.

—Es lo que tiene cuando se hacían con papel. Duraban más tiempo. Los pocos que hacemos ahora, de material sintético, apenas te duran unos años.

Observé la portada del libro. La fuerza del presente, escrito con tinta blanca bajo un fondo oscuro espacial. En medio, una foto del planeta Gaia. De su interior salían una especie de cables informáticos que se conectaban a la cabeza de una persona que estaba de espaldas.

En la parte de abajo, y con la misma tinta blanca, estaba el autor. En efecto, Jonás Denis.

Abrí la primera hoja y observé lo que venía escrito. Lo que leía parecía una especie de membresía con lo básico del libro: editorial, autor... pero algo me dejó perplejo al leerlo.

—Si —dijo Alberto— yo también me quedé jodidamente flipado al ver la fecha. Levanté la cara atónita y miré a Alberto.

—¿Qué? ¿Cómo? —No sabía muy bien como expresar y balbuceaba.

Alberto se encogió de hombros.

—¿Año 2044? ¿Qué significa eso? —pregunté casi sin esperar respuesta mientras volvía a revisar la fecha del libro.

Alberto se levantó de un impulso y se puso en pie. Empezó a caminar por la habitación un poco nervioso.

—Allí en esa caja hay más de veinte libros, y me los he leído todos. Alguno pone 2023, otros 2004, otros 1996 y el más antiguo pone 1988. Pero como te dicho, es jodidamente difícil distinguir que es fantasía y qué es realidad entre las líneas de lo que cuentan, pero hay nexos, cosas comunes en algunos de ellos que me han dado algo de información que considero veraz —explicaba Alberto mientras seguía caminando por su habitación.

De repente, en un movimiento sigiloso, cuando pasó cerca de una las estanterías pulsó un botón, y los cuatro monitores se encendieron con un sonido seco.

De la misma estantería cogió y se colocó un «*handmove*», como se le llamaba a un aparato parecido a un guante metálico con un pulsímetro que servía para manejar Earthnet y algunos ordenadores. La mano empezó a moverse rápidamente, como poseída, y los monitores iban mostrando ficheros, menús, y algunos iconos.

En un momento dado pulsó sobre un fichero y salió una imagen que ocupó toda la pantalla. Mi cabeza se echó para atrás, mezcla de sorpresa y mal gusto.

En los cuatro monitores aparecía la imagen de un hombre resignado, sufriendo y semidesnudo, clavado a una cruz de madera, y mirando al cielo con un rostro de sufrimiento máximo. En la cabeza parecía llevar algo que no supe distinguir.

—Por favor, ¿qué es esto? —le pregunté a Alberto poniendo cara de asco.

—Esto es Jesucristo —dijo sin quitar la mirada del monitor como hipnotizado—.

O eso creo.

—¿Jesucristo? ¿Quién es?

No podía dejar de mirar la imagen. Me ponía mal cuerpo, pero tenía algo atrayente que me hacía repasarla una y otra vez. Alberto también parecía hipnotizado por los monitores.

—Ya te he dicho que no tengo muy claro las cosas, pero en cuatro de los libros que me leí aparece nombrado Jesús o Jesucristo como alguien importante. La mayoría de los libros creo que son ficción, pero algunos son ficción realista, es decir, cosas inventadas pero hablando de la misma época en que fueron escritos, y Jesús o Jesucristo, parece ser que fue un ser muy importante para nuestra civilización anterior. Una especie de gurú o de Dios.

Escuchaba atentamente a Alberto. Había quitado la mirada de los monitores para escucharle a él que seguía hipnotizado mirando la imagen.

—¿Y ese es él? —pregunté señalando uno de los monitores, concretamente el que miraba Alberto.

—Creo que sí.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y de dónde coño has sacado esa imagen? —pregunté sin darme cuenta de mi mal lenguaje.

—Es un cuadro, estaba en el sótano. Y sé que es de él porque lo ponía en el marco.

—¿Un cuadro? ¿En el sótano? ¿De tu casa? —preguntaba de golpe mostrándole mi mente embarullada.

—Es un cuadro cuyo título es «*Cristo Crucificado*». ¿Adivinas quién es el autor?

Alberto salió del trance del monitor y me miró con los ojos muy abiertos y brillantes.

—Sí, exacto —dijo sin dejarme hablar—. De Goya.

* * *

Iba camino de mi casa, mientras llevaba el libro escondido en el interior de la chaqueta. Había refrescado un poco, por lo que la llevaba puesta. El sol estaba escondiéndose ya y las luces violáceas de las calles empezaban a iluminarse.

Cuando llegué a mi hogar, el sol se acaba de despedir de mí.

Fui al salón donde estaba mi madre viendo una serie de ficción a través de Earthnet, le di un beso y me dijo que tenía la cena preparada en la cocina. Mi hermana aún no había llegado de trabajar.

La cena la tomé en un suspiro, tres píldoras de colores y un vaso de agua mineral.

Me fui rápido a mi habitación, me desnudé, me puse el pijama y me metí a la cama con el libro en mis manos.

No era un libro extenso. Poco más de un centenar de páginas. Nunca había leído un libro de esa manera, en las manos, tumbado en la cama. La mayoría los podíamos

encontrar a través de ficheros de texto en Earthnet y los leíamos en nuestras pantallas de casa o en nuestros ordenadores pulsera.

Todo en apenas un par de días se había vuelto extraño. El anciano, Alberto con cantidad de secretos del pasado remoto, y los datos que se iban juntando. Era algo extraño, sí, pero a la vez atractivo. Había algo de ese pasado tan desconocido, tan misterioso, que me hacía sentir muy vivo.

El libro estaba escrito como un diario, plasmando las ideas sobre el presente que vivía la civilización en esa época y hacia donde tenía que avanzar en el futuro. Esa era la primera parte. La segunda parte iba dedicada casi por completo a Némesis, el virus. Según lo que me había contado Alberto el virus se había expandido rápidamente, por lo que intuí que esa parte del libro se escribió pocos meses antes del día de la Recuperación.

Denis hablaba de Némesis, pero no a un nivel científico puro, sino más parecido a temas casi proféticos, y a un castigo de la Madre Gaia hacia el ser humano. Aun así daba algunos apuntes sobre el virus, forma de contagio, prevención, y algunas otras tácticas para la supervivencia ante él. Más o menos lo que me había contado Alberto.

El libro había entrado en una pequeña argumentación sobre el inicio de Némesis, y fue aquí, en este punto cuando al leer un párrafo, me levanté de la cama como si hubiera visto un fantasma a mi lado.

<...no hay constancia exactamente de donde comenzó todo, pero si tenemos pistas bastante fiables que nos llevan a pensar que el origen está en África, en la zona noroeste del Continente. No podemos garantizar que fueran seguro los primeros casos, pero los primeros registros constatados en hospitales nos llevan a ciudades como Nuabidú o Dakar.>

—¡Nuabidú! —exclamé a leer la palabra, incorporándome en la cama con cierta aceleración en mi pulso.

Dejé el libro abierto por donde iba encima de la cama, y mirando al techo repasé la situación.

Nuabidú era una ciudad, al parecer, una de las ciudades en las que primero apareció Némesis. Imaginé que Alberto lo habría olvidado al leerlos hace tanto tiempo.

Empezaba a creer que el anciano no estaba loco.

Después del golpe de la emoción seguí leyendo el libro hasta el final, pero no encontré ninguna referencia más a Nuabidú, ni tampoco alguna pista que me llevara a algo más de información que la complementara.

Me fui a dormir con la cabeza llena de intensas emociones. Tenía seis días por delante para intentar averiguar todo lo que pudiera. No iba ser fácil, pero ahora al menos ahora sabía lo que buscaba.

XXIII

**Zona Prohibida.
Costa Atlántica.
Año 318 D. R.**

A Juan le despertó unos fuertes golpes sobre su puerta.

—Señor Almagro, despierte —se oía decir a alguien al otro lado.

Juan se incorporó de su primitivo lecho, se restregó los ojos y avanzó a abrir la puerta. Aún era de noche, pero la luna llena podía reflejar el rostro de Lewis, ya muy anciano.

—¿Qué pasa?

—Acompáñeme —dijo solemnemente el viejo.

Bajaron las pequeñas escaleras de madera que tenía su cabaña, y siguió al jefe del poblado. Atravesaron lo que era una improvisada calle de arena hasta llegar a la playa. Una embarcación estaba varada en la orilla. Le pareció la más grande de todas las que había visto hasta entonces. De ella, dos hombres sacaban un enorme arcón que depositaron sobre la arena.

—Ahí tiene todo lo que hemos podido encontrar de lo que me pidió —dijo Lewis mientras señalaba el receptáculo—. ¿Dónde quiere que se lo dejemos?

Juan aún estaba somnoliento y sorprendido, y se rascaba la cabeza.

—No lo sé, ¿en el bunker?

El viejo lo miró curiosamente.

—Me parece bien. ¿Quieres echar un vistazo ahora al producto?

Pensó que ya que le habían despertado, no estaría mal ver lo que le habían conseguido.

—Si. Que lo lleven, y voy para allá.

XXIV

Zona Poblacional II.

Año 320 D. R.

Pensé que la búsqueda que tenía por delante tendría más éxito si le contaba todo lo que había pasado a Alberto y Jessica. Al fin y al cabo eran las personas en las que más confiaba de este mundo. Alberto ya sospechaba algo, y desde luego, estaba demostrando que su interés por nuestra protohistoria me podía ser muy útil. Lo de Jessica no estaba tan claro, pero no podía dejarla fuera, tarde o temprano Alberto se lo contaría. Es lo que tiene estar enamorado.

A la mañana siguiente habíamos ido a estudiar de nuevo, pero les conté todo lo que me había pasado. Alberto apenas se inmutó. Mientras lo estaba contando, ni pestañeaba, me traspasaba con su mirada como aquellos felinos que veíamos en los documentales de Earthnet. Jessica era más natural, mostraba sorpresa, y cada cierto tiempo me interrumpía para preguntarme algo. Normalmente eran preguntas que yo también me hacía y no podía responderlas.

Lo único que obvié fue el asunto de las naranjas, tanto en lo superfluo del relato de mi padre, como en lo profundo del anciano.

Solo cuando acabé, Alberto dijo algo.

—¿Así que esto era lo que ocultabas? —dijo intentando quitar hierro al asunto.

—¿Tú lo sabías? —preguntó extrañada Jessica mientras le pegaba un puñetazo en el brazo.

Alberto emitió un ligero tono de dolor.

—Hey, que yo no sabía nada. Lo único que sabía es que nuestro amigo ocultaba algo. Tienes la mano muy larga, pecosa.

—Bueno, ¿cómo veis el tema? —pregunté a mis amigos—. Yo ya no sé qué pensar. Si esto es una pequeña majadería de un anciano, o si bien, es algo verdaderamente importante.

Alberto estaba recostado en una de las sillas del *hall* de la biblioteca. Se irguió un poco y mostró cara de solemnidad.

—A simple vista, si, lo parece.

—¿Parece el qué? —pregunté sin entenderle.

—Que parece una majadería.

Y rio con sorna.

Le lancé una mirada odiosa y enseguida se dio cuenta.

—Puedes contar conmigo para lo que necesites —dijo Jessica cogiéndome la mano para animarme. Alberto se dio cuenta y saltó como un resorte.

—Vale, vale. Es broma. La verdad es que todo esto tiene su misterio, y ya sabéis como me chiflan los misterios, así que podéis contar conmigo también. ¿Cuál es el siguiente paso a dar?

—Tenemos seis días para encontrar todo lo que podamos sobre Nuabidú y Némesis —dije.

—¿Alguna pista de por dónde empezar? —Y mi mirada se dirigió a Alberto.

Alberto se empezó a rascar la cabeza, estaba pensando. Resoplaba y su mirada se desviaba a todos los lados. Era muy típico en él cuando se estaba estrujando el cerebro.

—Earthnet es una vía imposible. Toda nuestra protohistoria está obviada, olvidada o... censurada.

Esa última palabra la dijo casi como sorprendido.

—Tenemos que dejarlo de lado, al menos de momento. Apenas existen libros de papel de aquella época. Probablemente la caja que te enseñé el otro día sea uno de los tesoros más increíbles de nuestro pasado. Aunque no descarto otros en alguna parte, pero sería una tarea eterna encontrarlos en cualquiera de las zonas habitadas.

—Toda tu casa es un tesoro del pasado —exclamé.

Alberto apenas atendió a mi sarcasmo y seguía hablando.

—Por lo tanto no tenemos Earthnet, no tenemos material de la época... lo tenemos jodido. Solo nos queda una cosa —sentenció mi joven amigo.

—¿El qué? —preguntamos Jessica y yo al unísono.

—Solo nos quedan las personas.

Alberto ya se había dejado de tocar su cabello. Ahora se apoyaba sobre la mesa de hierro, en actitud interesante, con las dos manos juntas, paralelas, como acariciándose.

—¿Las personas? —volví a preguntar.

—Si. Las personas, querido Miguel. Evidentemente no vamos a encontrar a nadie que viviera aquella época, eso está claro. Pero podemos encontrar a alguien que todavía tenga aquella información del pasado. Bien porque se la pasarán oralmente, bien porque la leyera de algún sitio que nosotros no sabemos o desconocemos, o bien, porque sencillamente la conoce de otra forma.

Yo lo miraba altamente extrañado conforme nos iba hablando.

—¿Y dónde vamos a encontrar esa o esas personas? —pregunté.

—Se me ocurre por dónde empezar —dijo Alberto todo alborozado.

—Deberíamos de hacer una visita al profesor Swanck —y pegó una palmada, como el que ha encontrado el secreto del universo.

La idea me sorprendió y a la vez me molestó. Era una gran idea que a mí no se me había ocurrido.

El profesor Swanck hacía ya varios años que no nos daba clase, pero seguía en el colegio dando sus cursos. Era el único de los profesores que nos había explicado algo de nuestro pasado más remoto, y lo más importante, no era lo que contaba sino lo que parecía que no contaba lo más atrayente de sus discursos pedagógicos.

Quedamos en ir al día siguiente a visitarle al colegio. Nosotros ya no íbamos, estábamos en el proyecto final de nuestros estudios, y nos examinábamos en el

Centro del MEC. Llevábamos más de dos semanas sin aparecer por allí.

Aunque este misterio nos coleaba todo el día entre elucubraciones y teorías varias, debíamos de seguir estudiando, y así lo hacíamos. Nuestra vida era normal, igualmente monótona que siempre, a excepción de esta pequeña historia, que curiosamente, nos hacía sentir extrañamente felices.

Fuimos al colegio al día siguiente, pero el profesor Swanck no se encontraba allí. Había ido a un seminario a otra ciudad y no regresaría hasta dentro de dos días.

Su secretaria, la amable Angelina, nos cogió cita. Al fin y al cabo no teníamos nada más a lo que agarrarnos, y aún teníamos algo de tiempo.

—¿Y para qué es la cita? —preguntó la madura secretaria, eternamente maquillada.

Habíamos decidido de común acuerdo que no íbamos a contarle nada al profesor Swanck. Todo sonaba extraño, y ni siquiera sabíamos dónde nos podía llevar.

—Es para hablar con él de un trabajo que estamos haciendo —respondió Alberto con la sonrisa más falsa que le había visto nunca.

—¿Trabajo? —preguntó la secretaria extrañada—. ¿Qué tipo de trabajo?

—Mejoras de la nueva civilización —respondió Alberto, como si se lo estuvieran creyendo.

La secretaria se lo quedó mirando y lo anotó en su ordenador pulsera. Ambos tres estábamos seguros de que Angelina no había entendido nada de esa frase, y por eso ya no había seguido preguntando.

Durante ese par de días estuvimos hablando de la posibilidad de volver a contactar con el anciano Ismael. La idea había surgido de Jessica y no me pareció mala.

—¿Por qué esperar a dentro de una semana? Es más, ¿para qué buscar esa información si es casi seguro que el viejo ya la sabe y nos la puede contar? —preguntaba yo. Jessica asentía con la cabeza, dándome la razón. Sin embargo Alberto negaba con gestos.

—Uno, no sabemos nada de ese anciano. Puede estar metido en vete tú a saber qué cosas. No me gustaría acabar desterrado por un cuento que aún no sabemos de qué va —dijo Alberto.

Acto seguido me miró como pidiendo disculpas, ya que sabía perfectamente lo de mi padre, y sus palabras habían sonado crueles.

—Dos, tampoco sabemos que es lo que sabe o no sabe el anciano. Pero si no te lo contó en su momento, será por algo. Él quiere que le creas por lo que encuentres tú, no por lo que él te cuente. Quizá lo que nos dijera, nos afecta de alguna manera, o mejor dicho, afecta a Miguel y a su padre.

—Tres, nos da lo mismo quedar mañana con él, que dentro de cinco días, al final eso va a suceder. Intentemos encontrar toda la información que podamos hasta ese momento, y ver entonces, cuando nos cuente lo que nos quiera contar, hasta qué punto su credibilidad crece o decrece.

Alberto pocas veces hablaba sin tacos, pero cuando lo hacía y exponía con lindezas era un auténtico embaucador de la palabra.

Seguíamos con nuestras vidas, estudios y poco más. Y por fin, llegó el día en que habíamos quedado con nuestro querido profesor Swanck.

Llegamos los tres a la hora que nos había dicho su secretaria, y allí se encontraba de nuevo con una sonrisa de oreja a oreja esperándonos y ofreciéndonos pasar al despacho del profesor.

El profesor Swanck estaba sentado tras una enorme mesa, escrutando con su mirada algo en su monitor.

Angelina nos presentó como los muchachos de los que le había hablado, y cerró la puerta.

El profesor Swanck apenas había envejecido para nosotros. Seguía siendo joven, pero su pelo largo de entonces había cambiado a una media melena que le confería un aspecto quizá más maduro.

—Pasad, pasad, muchachos —dijo el profesor mientras nos invitaba a sentarnos en dos amplios sofás que tenía en el despacho, con una extraña mesa de cristal que ocupaba el centro.

Antes de entrar, Alberto había sido rotundo.

<Dejadme hablar a mí.>

Alberto se acercó al profesor, aún de pie, y le dio la mano.

—No sé si se acordará de nosotros, profesor Swanck, han pasado varios años desde que nos dio clases.

Acto seguido pasamos Jessica y yo a saludarle, y nos acomodamos en el sofá. Nosotros tres en uno, y enfrente, el profesor. Entre nosotros la extraña mesa de cristal.

—Claro que me acuerdo. Me acuerdo de casi todos los alumnos que he tenido en el colegio. Alberto, Jessica y Miguel. Y sobre todo me acuerdo más de los que son buenos alumnos y curiosos en sus preguntas.

La palabra curiosos la sentí como más enfatizada, o debió ser una apreciación mía. No supe distinguirlo.

—¿Qué os trae por mi humilde morada? —dijo el profesor. Curiosamente no vestía su capa violácea. Luego me di cuenta que colgaba de un pequeño perchero de hierro justo detrás de la puerta. Iba como nosotros, vestido normal, con ropa sintética, un pantalón, y una camisa. Pasaría totalmente desapercibido por la calle.

—No son muchos los alumnos que vienen a verme. Mis asignaturas no son tan importantes y queridas como la de otros profesores —dijo con una sonrisa pícaro que compartimos los tres.

Alberto empezó a hablar, mientras Jessica y yo le mirábamos atentamente.

—Como le dije a su secretaria, nosotros tres, estamos realizando un trabajo para

la asignatura de Tecnología. Y nos gustaría tener información del nivel de desarrollo que se tenía antes del Día de la Recuperación en algunas ciudades —dijo totalmente serio y seguro de sí mismo.

El profesor Swanck lo miraba atentamente mientras se acariciaba la barbilla.

—Un poco complicado, ¿no crees? —dijo el maestro sin inmutarse apenas.

—Bastante —dijo Alberto con mayor mutismo si cabía. Eso parecía una partida de ajedrez.

—Por eso venimos a usted. No existe apenas información en Earthnet ni en los pocos libros que hay escritos. Hemos pensado que usted es la persona que conocemos que más información puede tener al respecto. Por eso estamos aquí.

Alberto había tratado bien la jugada haciéndole un poco la pelota al profesor.

El profesor pareció cambiar entonces de actitud.

—Bueno. Están los archivos del MEC, que nosotros los llamamos los «*archivos secretos*» —dijo soltando una pequeña carcajada.

—¿Archivos secretos? —pregunté abriendo la boca por primera vez.

El profesor seguía sonriendo.

—Bueno, así es como lo llamamos informalmente. A través de Earthnet puedes acceder al sitio del MEC, pero la gente corriente solo puede acceder a una parte muy limitada de sus archivos, apenas un veinte por ciento. Sin embargo hay diferentes grados de acceso, dependiendo de tu clave y usuario. En realidad hay hasta tres grados. Grado cero, que es el corriente, grado uno, y grado dos, este último tiene acceso a prácticamente todos los ficheros importantes. Lamentablemente apenas un centenar de personas de todo el planeta tienen ese acceso.

Los tres nos quedamos mirando al profesor un tanto atónitos, ya que no habíamos escuchado nada de esto antes. Al sitio del MEC habíamos entrado con nuestros usuarios y contraseñas, pero solo lo utilizábamos para nuestra información académica.

—Yo tengo grado uno, por mi trabajo, quizá pueda encontraros algo de información.

Se levantó y se fue hacia el monitor que tenía en la mesa. Se colocó un aparato inalámbrico en su dedo índice, lo movió y al rato una enorme pantalla salió de debajo del techo para colocarse enfrente de nuestros ojos.

Apareció el sitio del MEC, con la bandera y la cara de Jonás Denis en la esquina izquierda. Mientras, en la inferior derecha aparecía la posibilidad de meter un usuario con su contraseña.

El aparato tenía un miniteclado que se adosaba a la muñeca, y con la otra mano metió su contraseña y usuario. Apareció una página con una especie de buscador.

—¿Y bien? ¿Exactamente que buscamos, chicos? —preguntó el profesor, que una vez había metido su clave se acercó de nuevo con nosotros y se quedó justo detrás, de pie, para poder observar el monitor.

Jessica y yo nos quedamos mirando a Alberto, que miraba fijamente el monitor.

—Podemos empezar por la ciudad de Nueva York —dijo todo solemne Alberto. Jessica y yo cambiamos las miradas.

No sabíamos de lo que estaba hablando, y solo esperábamos que estuviera controlando la situación.

El profesor al oír la ciudad se quedó mirando a Alberto con una mezcla de sorpresa y de fascinación. Nos dimos cuenta que lo que nos había planteado era un reto, y pensaba que allí, esperando, no íbamos a ser capaces de ofrecerle algo por lo que empezar a buscar y la cita se acabaría en ese momento.

—¿Cómo sabes que hubo una ciudad llamada Nueva York? —preguntó el profesor indagando un poco.

—Lo leí en un libro —dijo Alberto.

Jessica y yo queríamos que se nos tragara la tierra. Estaba entrando en un terreno pantanoso.

—¿Un libro? —pregunto el profesor todo intrigado.

—Si, un libro antiguo. Si quiere, y si nos ayuda en nuestro trabajo, se lo puedo dejar para que lo lea. Igual le viene bien para su trabajo y sus estudios.

Yo observaba de medio lado tanto las caras del profesor como las de Alberto. Estaba en una especie de juego donde parecía que Alberto en estos momentos ofrecía un suculento chantaje al profesor. Siempre habíamos intuido, quizá de manera un tanto velada, pero a la vez suficientemente visible, de su fascinación total por la protohistoria. Y desde luego si era así, un libro de esa época para el profesor Swanck era algo más que un tesoro, era una joya única.

Lo que me tenía intrigado de Alberto era el por qué sacar Nueva York, en vez de Nuabidú. Estaba muy nervioso y un poco irritado.

—De acuerdo —dijo el profesor sin pensarlo demasiado.

El profesor se centró en la búsqueda por el sitio del MEC y puso en la búsqueda la palabra «*Nueva York*». Estaba claro que el profesor conocía esa palabra, esa ciudad, al menos le debía de sonar.

En la búsqueda aparecieron tres archivos.

El profesor se volvía a rascar la barbilla.

—Tres archivos. Voy a abrir el primero que es el más general de todos.

Golpeó dos veces sobre el fichero con el dedo táctil y se abrió una especie de pantalla de presentación.

Nueva York.

Nombre de la ciudad del pasado ahora conocida como Liberty City.

—¿Liberty City? —pensé para mis adentros. Esa ciudad sí que la conocía. Seguí leyendo.

Población antes de Némesis: doce millones de habitantes.

Población después de Némesis: un millón de habitantes.

Localizada en la zona Poblacional I.

Reconstruida casi totalmente después del día de la Recuperación.

A los laterales se podían ver dos fotos; una, la ciudad que todos conocemos ahora de Liberty City, y otra, la ciudad del pasado, Nueva York. Apenas parecían la misma ciudad.

Justo abajo a la izquierda venían unos enlaces que ponían; historia y geografía.

—Hum, me imagino que esto os servirá. Me voy a descargar los dos ficheros. ¿Alguna cosa más? —añadió el profesor mientras hacía las gestiones oportunas para descargárselos.

—Si, Nuabidú —soltó de sopetón Alberto.

Un ligero escalofrió me recorrió la espalda, mientras Jessica me cogía la mano y me la apretaba. Apenas me di cuenta del detalle.

—¿Perdón? —dijo el profesor.

—Nuabidú. Es otra ciudad.

—¿Estás seguro? —dijo mientras miraba a Alberto. Este le asintió con la cabeza sin temor alguno.

El profesor tecleó en la casilla de búsqueda la palabra, que se la iba deletreando Alberto. Mi tensión era alta, pero tampoco entendía muy bien porqué. Realmente luego lo supe. No estaba acostumbrado a mentir. Casi nadie estaba acostumbrado a mentir, aunque algunos parecían acostumbrarse rápido, como Alberto.

Tenía serias dudas de que saliera algo, sin embargo algo se mostró enseguida en la pantalla. Otra vez dos ficheros relacionados con esa ciudad.

Ahora, curiosamente, los datos solo salieron en árabe, al contrario de la vez anterior que habían salido en español. Aun así en la presentación podíamos entender casi todo.

Nuabidú.

Situada en la zona vacacional II.

Población antes de Némesis: 150 000 habitantes.

Población después de Némesis: 0. Desaparecida.

Al lado, otra vez, dos fotos de resoluciones muy diferentes. Una de ellas, la antigua, mostraba una ciudad portuaria, no muy rica, pero repleta de vida. Justo debajo salía la foto de la misma ciudad totalmente abandonada, arrasada, parecía recién salida de las brasas de un hoguera. Daba miedo. Era una ciudad fantasma.

—Vaya, pues existir existía. Me estoy empezando a sorprender con vosotros muchachos. Esta ciudad ni siquiera existe a día de hoy. Al menos no como ciudad, ni

se reconstruyó ni nada por el estilo. Vaya... está situada en la zona vacacional II, así que incluso es probable que se pueda visitar... esperar que mire una cosa.

Con el dedo táctil se fue a un icono de la pantalla, y se proyectó la longitud, latitud y altura de la ciudad.

—Si, está en la zona vacacional, cerca de la frontera de las zonas prohibidas.

También salía un pequeño apartado que ponía Historia y Geografía.

El profesor decidió descargar los dos ficheros. Según nos contó el primero de los ficheros de cada una de las ciudades llevaba una presentación como habíamos visto, y luego unos datos sinópticos sobre su situación y sobre su historia. Nos comentó que no sabía hasta qué punto de extensivos eran los datos y fidedignos.

Los otros ficheros según nos dijo, y él creía, era una miscelánea que se había creado para cada una de las ciudades donde se había recogido toda la información sobre la ciudad, de manera incoherente y sesgada, ya que Némesis había provocado un caos no solo a nivel humano, sino a nivel tecnológico e informativo. Allí, se podían encontrar fotos, artículos o información de cualquier época que se había juntado en esos ficheros y que de alguna manera tuvieran algo de relación con la ciudad. Esos ficheros eran una especie de salvamento tecnológico único que se pudo rescatar del pasado.

También le preguntamos por la apariencia fantasmagórica de Nuabidú.

Nos dijo que las ciudades que fueron arrasadas casi por completo por Némesis, una vez que se encontró la vacuna, se quemaron y abandonaron.

Algunas otras, en las que había un número alto de supervivientes, como el ejemplo de Nueva York, se habían intentado recuperar de alguna manera, pero la apariencia de muchas de ellas había cambiado casi por completo.

También le preguntamos si sabía la información a la que se podía acceder con un grado dos.

—No me lo quiero imaginar —respondió el profesor Swanck de manera muy expresiva.

Hubo dos cosas de ese momento que *a posteriori* me resultaron muy curiosas y sorprendentes. Uno, la capacidad del profesor y de casi todo el mundo para no hacerse preguntas sobre cómo estaba todo establecido. Partían de la base, equivocada o no, de que todo lo que hacía el MEC era por el bien común, y al fin y al cabo eso no era más que un acto de fe como otro cualquiera.

Y segundo, quizá entroncada con la primera. La poca desconfianza mostrada ante nosotros. Tres jóvenes estudiantes que veníamos preguntando por cosas del pasado más remoto. Solo entendiendo la primera, es factible la segunda.

El profesor mandó los ficheros descargados vía correo electrónico a la dirección de Alberto.

Nos estábamos despidiendo de él, cuando antes de irnos el profesor se dirigió a Alberto muy serio y excitado.

—Espero que me traigas pronto el libro que me has comentado. ¿De ahí es donde

has sacado las ciudades, verdad? Estaría encantado de poder leerlo. Es casi imposible encontrar algún libro escrito del pasado.

Alberto sonrió y le estrechó la mano en forma de despedida.

—Descuide profesor. Eso está hecho.

Pasamos todos a despedirnos de él y por fin, al menos para mí, pudimos salir de aquel despacho.

Nos despedimos con un frío adiós de Angelina que estaba charlando en videoconferencia.

En el periplo hasta salir de la calle ninguno de los tres nos dirigimos la mirada, ni hablamos entre nosotros, como pensando que las paredes pudieran oír. Observábamos nuestro colegio, tan cercano en otro tiempo, ahora tan lejano y oculto a nuestros intereses.

Nada más salimos a la calle, cómo si algo se apoderará de mí, quizá la presión liberada, me acerqué a Alberto lleno de enfado y algo colérico.

—¿Nueva York? ¿Un libro? ¿Estás loco?... no, no... tío, la verdad, no te entiendo.

Alberto sonreía como solo lo hacen los bebés maliciosos. Eso no hacía sino agrandar mi ira.

—Y... ¿cómo puedes estar tan tranquilo? ¿Nueva York? ¿Cómo coño sabías lo de Nueva York?

Jessica me asió del brazo para separarme un poco de Alberto.

—Miguel, tranquilo, estás montando un espectáculo en la calle, y no es cuestión.

—¿Espectáculo? Espectáculo el que ha montado este figura —dije señalando a Alberto.

Alberto quizá ya cansado de verme enfadado, habló.

—Hasta que no te calmes no te explico nada.

Me lo quedé mirando. El tiempo pasaba lentamente, y mientras pasaba mi ira fue aflojando. Me imagino que mis ojos me iban delatando.

Jessica añadió algo.

—¿Por qué no vamos yendo a un banco del parque y hablamos más tranquilamente?

El parque apenas se encontraba a dos o tres minutos andando, lo suficiente para que mi enfado hubiera casi desaparecido al llegar. No hablamos en el trayecto hasta sentarnos.

Alberto, como si lo esperáramos, comenzó a hablar.

—Nueva York —dijo.

Jessica y yo hicimos gestos con la mano como que continuara, y que no se quedara ahí.

—Primero, he supuesto que sería interesante no mostrar nuestro interés solo por Nuabidú. Eso quizá daría muchas pistas al profesor, aunque viendo lo confiado que es, igual no era necesario. Me pareció mejor dar también otra ciudad, para mostrar

más realismo al tema del trabajo. Nueva York es una ciudad que se repetía en tres o cuatro libros de los que viste en mi casa, así que supuse que era imposible que fuera un ciudad de ficción o imaginaria. Jamás pensé que fuera Liberty City.

—Y eso es todo, creo que ha salido bastante bien, ¿no crees? —dijo dirigiéndose a mí.

Lo miré aún con resquemor.

—Si, la verdad es que es un alivio que sepas mentir tan bien.

Alberto soltó una fuerte carcajada.

—¿Le llevarás un libro? —preguntó Jessica.

—Si, un día de estos le llevaré uno de los libros que tengo en casa. Creo que se lo merece por habernos ayudado, y además eso afianzará notablemente toda nuestra historia.

—Pero Nuabidú no sale en ninguno de los libros, a excepción del que me dejaste —dije.

—Si, tienes razón, pero creo que estará lo suficientemente ilusionado como para que lo pase por alto. Al menos espero que así sea, y si no lo es ya hemos conseguido nuestro objetivo —dijo con una sonrisa pícara.

—¿Sabes qué? —le dije mirándolo cara a cara.

Alberto hizo señal de que hablara.

—No sé si es esa casa antigua donde vives, si son esos cuadros del pasado que la llenan, si son los libros antiguos que te has leído, o todo junto, pero me da la impresión de que cada vez te pareces más a la gente del pasado que tanto miedo nos ha dado siempre.

Alberto no apartó la mirada, pero sus ojos brillaban.

—Pero eso no me preocupa —seguí comentando— lo que más me preocupa es que pareces estar disfrutando.

XXV

Washington DC. Estados Unidos.
Año 1 A. R.

Sentados frente a una mesa de madera de roble pálido estaban los diez miembros del MEC. Jonás Denis, en una de las esquinas, presidiendo la mesa, era un manojo de nervios ordenando papeles en una carpeta de color verde oliva. Cerca de él, a su izquierda, estaba Jan. El resto, hasta completar la decena, se subdividían en otros cuatro más a la izquierda de Jan y otros cuatro a la derecha de Denis.

—Bueno, camaradas —empezó hablando Jonás—. Mañana es la reunión con todos los países miembros de la ONU. La mayoría ya están aquí, alojados en instituciones gubernamentales y militares, y nos reuniremos con ellos abajo, en el Salón de Actos del MEC.

Abrió la carpeta y miró la parte inferior de un folio.

—Noventa y ocho países. Esos son los que vienen. El resto podemos darlos prácticamente por países desaparecidos.

Se hizo el silencio. Y también en la cabeza de Jonás. Desde hacía unos meses por fin había silencio en su mente. Dejó de oír voces, de pensamientos. No sabía el por qué pero lo agradecía. Incongruentemente, esta señal no le proporcionaba más concentración y capacidades, sino muy levemente una desmejora en todo, incluido en su concentración, memoria y capacidades intelectuales. Él creía que podía ser una enfermedad degenerativa de la edad o los excesos del alcohol sobre su cerebro. Lo investigaría, pero ahora había algo más importante que hacer.

—Necesito saber que estáis conmigo. Y necesito saber que esto es lo queremos todos. Que no tenemos ninguna duda, y que somos un brazo bien armado y que no se hará la vacuna hasta que se firmen estos compromisos que ofrecemos al mundo entero.

Nadie decía nada. Solo alguna tos y cuerpos cabizbajos.

Jonás se levantó de un impulso.

—Vamos, camaradas, ¿estamos de acuerdo o no? Expresar vuestras ideas.

Uno de los científicos, el más alejado del lado derecho, quizá el más joven de todos, con pelo largo y algo cardado, gafas excesivamente grandes y nariz respingona fue el primero en hablar.

—Somos científicos Jonás, no políticos. Aunque tus compromisos por la Recuperación, a mí personalmente me parecen bien, el problema que veo es que vamos a gobernar un mundo que saldrá del caos, y nosotros no somos hombres de Estado, y mucho menos de un planeta. Yo al menos no sé nada de política.

—Pues aprenderemos, Thomas. Aprenderemos. Ha habido otros científicos en muchos países llevando Ministerios o Secretarías. La mayoría de los gobernantes no son políticos, tiene cualquier estudio menos ese. La política no es más que el orden de

las cosas, y no creo que nosotros lo vayamos a hacer peor que muchos otros. ¿Tú crees que no serías mejor que muchos de ellos?

—Probablemente —dijo Thomas—. El problema es que nosotros estamos forzando una dictadura si firman eso.

Jonás se quedó mirando fijamente al joven científico.

—No te digo que no. Puede que tengas razón. Lo que no estoy dispuesto de ninguna manera es a volver a donde estábamos. Debemos evolucionar.

Jonás daba vueltas alrededor de la mesa mientras hablaba.

—Guerras, misiles, atentados, hambre, violencia... No puedo regresar a ese mundo. ¿Vosotros sí?

Nadie contestó.

Jan abrió la boca para decir algo.

—Soy cristiano, Jonás. Aunque soy científico, mis padres me educaron en un colegio católico. Tus compromisos acaban de raíz con las religiones. ¿Crees realmente que es necesario?

—Yo soy judío —dijo uno de los científicos de tez más pálida, que se sentaba a la vera de Thomas.

—Ah, las religiones —dijo con tono sarcástico Jonás—. ¿A dónde nos han llevado las religiones? A enfrentamientos entre pueblos, a matanzas, a torturas, a luchar unos con otros... ¿por qué? Por su Dios. Dios no existe y si existió, hace tiempo que se fue. Nosotros somos nuestros propios Dioses, los que podemos avanzar a niveles nunca sospechados. Con la ciencia, el respeto del planeta, y principalmente por nosotros mismos podremos llegar a un estatus mucho mejor.

—Yo estoy de acuerdo con Jonás —añadió otro científico. Era de rasgos asiáticos y un tanto mayor—. A mí mis padres me criaron en la religión budista, y es probablemente una de las que más respeta todo culto, y bastante pacífica, aunque no exenta de conflictos, y aunque su filosofía es interesante y buena, como *a priori* muchas religiones, realmente es un obstáculo entre nosotros. Esta especie de nuevo neopaganismo que proponemos en los compromisos es una especie de lavado de memoria, de volver a nuestros ancestros, como cuando poblaban la Tierra los primeros humanos, pero con un adelanto tecnológico superior, muy superior. Lo mismo que con el tema de las lenguas. Contra menos obstáculos haya entre todos los seres del planeta, más nos conoceremos, respetáramos y nos daremos cuenta de que no somos tan distintos. Si además eliminamos la barrera de la religión podríamos formar una unidad, una conciencia global para avanzar como especie.

El resto estaban callados, pero bastante convencidos por lo que acababan de oír.

—Gracias Lu por tu apoyo.

El científico asiático asintió a Jonás.

—Yo también estoy de acuerdo —dijo un científico de raza negra—. Si buscamos durante siglos la igualdad racial y sexual, ¿por qué no buscar una fraternidad más global? Yo estudié Ciencia porque me apasionaba, pero también por ayudar a la

gente, por construir un mundo mejor para mi gente, mis hijos, mis nietos futuros y las próximas generaciones. Estamos a la puerta del final de los tiempos, no creo que nuestras ideas y esperanzas, con toda nuestra buena voluntad, puedan llevarnos a algo mucho peor de lo que venimos.

—¿Thomas? —preguntó Jonás al joven científico que parecía escuchar atentamente.

—Adelante. Si tengo que hipotecar mi futuro científico para ser político por el bien de este mundo, que así sea.

—¿Jan?

Jan permanecía con la cabeza agachada como en trance.

—Estamos chantajeando al mundo con una vacuna que creemos que podemos hacer.

Entonces levantó la mirada y se encontró con la de Jonás.

—No, Jan, estamos cambiando el mundo con una vacuna que vamos a hacer.

Jan no le quitaba la mirada a Jonás que la aguantaba con esa especie de chispa que parecía emitir. Jan sonrió y asintió.

Jonás también sonrió y se volvió a sentar en la mesa. Abrió la carpeta.

—Thomas, ¿qué pudiste sondear sobre la predisposición de los países a firmar?

El joven se colocó bien las gafas y como si lo tuviera todo memorizado en el cerebro comenzó a hablar.

—De los noventa y ocho países, unos noventa de ellos creemos que firmarán los compromisos. De esos noventa, prácticamente ninguno cree en ellos, pero ahora mismo estos países están en un estado tan lastimoso que se agarrarían a un clavo ardiendo. Los firmarían por la vacuna y así salvar a sus gentes y a ellos mismos.

—Pues tenemos que convencer a esos otros países que faltan. ¿Cuáles son?

Thomas seguía hablando de memoria.

—Israel, China, Reino Unido, Rusia, Vaticano, Canadá... y Estados Unidos.

Jonás movía la cabeza en tono de preocupación.

—¿Vaticano?

—Si, mañana viene el mismo Papa Pio XV a la reunión. Es un estado soberano, y su poca gente y sus grandes recursos les han mantenido en pie. Creo que antes morirán que firmar esos compromisos. Y como ellos, muchos otros, como Israel.

Jonás se masajeaba el labio inferior, mientras su mirada se fijaba en un punto cualquiera de la mesa, dándole vueltas a la cabeza.

—¿Y lo de la eliminación de todas las armas nucleares?

—Bueno, eso parece un poco más factible. Parece ser que es más fácil desprenderse de algo físico que espiritual. Aquí solo tenemos el problema de Rusia... y como no, Estados Unidos.

—¿Quién vienen por los dos países?

—El presidente ruso murió del virus hace unos cuatro meses, le sustituyó el Ministro del Interior, que ha tomado funciones de mando del país, Michael

Stakhosky. Por Estados Unidos, vendrá su presidente, que ha esquivado el fatal virus; el Presidente Neil.

Al oír ese nombre, Jonás entornó los ojos mirando a Thomas. Pero no lo miraba, lo traspasaba. Su mente le ofrecía un enorme plato de imágenes del pasado entre él y el General Neil. Thomas siguió hablando.

—Si convencemos al Presidente Neil, y por ende, a Estados Unidos, tendremos al resto de países. Es el país que tiene más poder ahora mismo. Es el que mejor ha sabido responder ante el virus. Si Estados Unidos firma los compromisos y la eliminación de armas, firmarán los demás.

Jonás seguía mirando al vacío. Pasaron varios segundos, en el que el resto de camaradas lo miraban, sin decir nada.

—Una hora antes de la reunión con todos los países quiero que me prepares un encuentro privado con el presidente Neil.

XXVI

Zona Poblacional II.
Año 320 D. R.

Nos fuimos directos a la biblioteca. A una de las salas de audiovisuales privadas conjuntas que se alquilaban gratuitamente con nuestro código de estudiantes.

Era la mejor forma de ver los ficheros todos juntos, y de manera sencilla.

Entramos en una habitación de unos seis metros cuadrados. Había cuatro butacas con cuatro pantallas planas que mostraban lo mismo conjuntamente. Alberto conectó por fibra óptica su ordenador pulsera al servidor, se agregó el dedo táctil con el teclado, y se fue directamente a los ficheros de Nuabidú. Los ficheros de Nueva York eran una tapadera que realmente no nos importaban casi nada, al menos de momento.

Alberto golpeó dos veces sobre el primer fichero, y nos volvió a salir la pantalla de presentación que habíamos visto en el despacho del profesor Swanck.

وبيذاو

Aún no nos había dado tiempo a leer el nombre de Nuabidú en árabe cuando Alberto tocó algo y la pantalla mostrada desapareció, y apareció una nueva.

—Si no os importa, no he sido nunca muy bueno en idiomas, y voy a utilizar el traductor que tiene el servidor de la biblioteca para traducirlo.

No nos importaba, lo hubiéramos entendido perfectamente, pero era cierto que nos costaba mucho más, y era un proceso más lento. Jessica era la que mejor dominaba todas las lenguas, pero habiendo un traductor, tampoco importaba mucho, y así iríamos todos al mismo ritmo.

Nuabidú.

Situada en la zona vacacional II.

Población antes de Némesis: 150 000 habitantes.

Población después de Némesis: 0. Desaparecida.

Lo mismo que habíamos entendido en el vistazo rápido en el despacho del profesor.

A la derecha, dos fotos, una presentando la ciudad poco antes de Némesis, o eso al menos creíamos, y otra totalmente desolada, arrasada, fantasmagórica.

—Alberto —dije en un momento—. ¿Puedes hacer un fotomontaje con las imágenes antiguas de Nueva York y Nuabidú?

Alberto asintió con la cabeza. En apenas un minuto había abierto un programa de efectos, y había colocado y agrandado las dos fotos en una comparativa casi perfecta.

—Es lo mejor que puedo hacer. Estas fotos son muy antiguas, y están muy pixeladas.

—Es perfecto —dije, mientras me acercaba al monitor para ver las fotos mejor.

—¿Os dais cuenta? Las dos ciudades están al lado de la costa, del mar, pero una cuenta con edificios enormes, más enormes que cualquiera que haya visto en nuestras ciudades. Sin embargo, los de Nuabidú son pequeñitos, y, no sé, son cómo...

—Pobres —dijo Jessica.

Alberto también miraba con atención su monitor.

—Sí, es increíble. Parecen dos mundos totalmente diferentes, y me imagino que las fotos no se llevarán muchos años. Los edificios de Nuabidú son como... — Alberto no sabía cómo terminar—... como de barro, o adobe... sin embargo los de Nueva York son gigantes de hierro.

Después de observar un rato la comparativa de fotos, volvimos a la pantalla principal de Nuabidú.

Alberto pinchó sobre el icono de Longitud y Latitud, y nos salió 20°55'N 17° 3.0'O.

—¿Puedes trasladarla a un mapa actual? —volví a decirle a Alberto.

Alberto volvió a abrir otro programa. Se presentaba un cuadro de búsqueda, y metió los datos.

Nos salió exactamente el punto donde se encontraba.

—Tenía razón el profesor. Está en la zona vacacional. Por lo que veo a apenas cuatro o cinco kilómetros de la frontera con la zona prohibida —dijo Alberto.

—¿Puedes sacar la distancia a la que está de aquí? —pregunté sin quitar la vista de la pantalla.

Rápidamente Jessica y Alberto se volvieron hacia mí como si hubieran visto un fantasma.

—¿No estarás pensando...? Ni se te ocurra pensarlo —dijo Alberto.

—Tú dame distancia, aeropuerto más cercano, y tiempo de llegada. No, no vamos a ir, pero quiero saberlo.

Alberto movía la cabeza en total descontento con la iniciativa, mientras buscaba el plan de ruta que la había pedido y mascullaba entre dientes.

—Y luego me dice a mi loco.

—Unas mil setecientas millas... el aeropuerto más cercano está a doscientas millas... una hora y media en avión —dijo Alberto casi con miedo.

—Bien, volvamos a la página principal.

Solo nos quedaba pulsar sobre el enlace de Historia y Geografía.

Pequeña decepción. Apenas cuatro líneas.

Comentaba que antiguamente se había llamado Port Etienne, que estaba situada en la costa este de una gran península, y que sus habitantes se dedicaban eminentemente a la pesca y a la extracción de hierro.

—Joder, vaya decepción —dijo Jessica como si nos leyera la mente a todos.

—¿Esta información nos sirve de algo? —preguntó Alberto mirándome.

Yo leía y releía el pequeño texto tan rápido como podía intentando asimilar en mi cabeza algún tipo de conexión.

Después de releerlo varias veces, me di por vencido y les dije que al menos yo no veía nada importante. Me apoyé sobre la butaca con resignación.

—Aún nos queda el otro fichero —dijo Jessica.

Era verdad. Eso hizo como si cuerpo hubiera tomado unas vitaminas y se alzó de nuevo para afrontar lo que pudiera mostrarme el monitor.

—Cierto. Dale al otro —dije.

Alberto pulsó en el otro fichero, y sobre la pantalla aparecieron dos enlaces.

Fotos Varias

Artículos y Prensa

Los tres nos quedamos mirando la pantalla sin decir nada.

—¿Y bien? —dijo Alberto.

—No sé, dale a Fotos Varias —dije.

Sobre la pantalla se nos iban mostrando diferentes fotos, casi todas de la ciudad y también de gente de la ciudad. Eran personas de raza negra. Las casas que habíamos visto antes eran realmente las mejores. Aquí se mostraban casas de madera, niños mal nutridos, y parte de un barrio bastante deprimente.

—Joder, vaya miseria, ¿no? ¿Seguro que esto es antes de Némesis?... es bastante triste —dijo Jessica.

—Si, tiene que serlo —dije sin quitar la vista del monitor.

Apenas se mostraron una docena de fotos, y el dispositivo automático paró.

—No hay más —dijo Alberto.

—Artículos y Prensa —dije sin pestañear. Alberto pulsó el enlace.

De nuevo se pasaban imágenes, esta vez escaneadas, de lo que parecían ser portadas y artículos de prensa del periódico local de Nuabidú, o de artículos relacionados de alguna manera con la ciudad.

Resultaba increíble y a la vez decepcionante que de una ciudad de más de cien mil habitantes solo hubieran quedado apenas una docena de fotos, y cuatro o cinco portadas de algún periódico o documentos oficiales de vete a saber que época.

Algunas portadas de periódicos escritos en árabe, y escaneadas, pasaban lentamente.

—Están escaneadas muy mal, sí que tiene que ser de antes de Némesis —dijo Jessica.

—¿Puedes pasarle algún filtro de mejora? —pregunté a Alberto.

—Lo intentaré.

Alberto utilizó un programa que nos sirvió para ver algo mejor todo.

Al llegar a la tercera portada, Jessica nos llamó la atención sobre algo.

—Para... para un momento.

—¿Qué has visto? —le pregunté intentando encontrar algo en la portada del periódico.

—Ahí, a la derecha, en el cuadro inferior. Lee la noticia.

Allí donde había dicho Jessica había una foto pequeña, y debajo un titular en árabe, que Jessica nos tradujo.

<Los científicos del MEC traen vacunas a Nuabidú.>

Nada más, era el avance al parecer de un titular que se explayaba en el interior, pero del que no teníamos más información porque no existía ese interior.

—¿Puedes ampliar la foto que viene con el titular? —pregunté a Alberto.

—Tú te debes de creer que soy un genio de la informática, ¿no? —dijo Alberto, y acto seguido abrió otro programa y estuvo trasteando un par de minutos con él. Copió la foto, la llevó al programa, le cambió el contraste, el brillo y consiguió aumentar un poco la resolución y la foto se mostró ampliada y mejorada ante nosotros.

Un científico, con capa violácea, sonriente, estaba inyectado a un niño de color no tan sonriente lo que parecía ser una vacuna. A la derecha del niño otro casi de su misma edad esperaba para ser el siguiente.

Detrás de la mesa donde se ejecutaban las vacunas, otro científico daba un apretón de manos a un hombre de raza negra bien vestido con un traje elegante. El científico que le apretaba la mano nos resultaba eternamente familiar: era Jonás Denis.

Ninguno de los tres dijo nada. Alberto salió del trance enseguida, cortó algo de la parte de la foto y lo volvió a llevar al programa de ampliación. La imagen global se había quedado congelada en nuestros dos monitores mientras él trasteaba con algo que nosotros no sabíamos que era.

—Es Jonás Denis ¿no? —dijo Jessica cogiéndome de la mano.

Yo solo pude asentir con la cabeza sin quitar la mirada de mi monitor. Apenas me daba cuenta de que Alberto seguía retocando algo.

De repente paró de jugar con el ordenador. Suspiró y se dejó caer sobre la butaca.

Después, con el dedo táctil, como si estuviera a punto de enviar un misil nuclear, pulsó un botón.

La imagen que teníamos desapareció y en su lugar apareció la ampliación de lo que Alberto había retocado. Tardé un poco en entenderlo, pero enseguida me di cuenta.

Había ampliado un rectángulo de la foto, una esquina pequeña donde se podía ver colgado sobre la pared algo que se parecía a un calendario antiguo.

La fecha de ese día era 15 de Noviembre del 2040.

Es lo último que recuerdo antes de notar un pinchazo en mi cuello y la vista se me

nublara para quedarse todo oscuro.

XXVII

Washington DC. Estados Unidos.
Año 1 A. R.

Jonás Denis se miraba en el espejo de su despacho embutido en un traje impecable de marca italiana, junto con una corbata y unos estupendos mocasines. Su mirada era ávida y cruel escrutándose a sí mismo.

Sonaron unos golpes en la puerta y entró un hombre mayor, con pelo canoso corto, pero de mirada poderosa. Iba también impecablemente vestido y llevaba un sombrero de ala ancha, que parecía cubrir un aparato electrónico, y una mascarilla sanitaria cubría casi toda su cara.

Jonás se acercó al hombre con la misma mirada imperturbable y maliciosa. Una sonrisa pícaro salió de su rostro cuando puso su mano para estrecharla.

—General Neil —dijo.

El hombre de la mascarilla soltó una carcajada y habló huecamente por el efecto de la máscara, apretando la mano del científico.

—Eres la única persona que me sigue llamando así. Bueno, tú y mi mujer, que en paz descanse.

Jonás seguía como hipnotizado.

—Tome asiento general.

Se lo dijo ofreciéndoselo mientras él se sentaba detrás de su elegante y enorme mesa.

El presidente se sentó, y de repente cayó en la cuenta que su contertulio no llevaba mascarilla. Le hizo una indicación señalándole la boca.

—Tranquilo, aquí no hay peligro de contaminación, está totalmente libre del virus. Puede quitársela.

Él, en otro tiempo militar, se la quitó un poco temerosamente.

—Ah, y también puede quitarse el aparato de su cabeza. Desde hace varios meses ya no soy capaz de leer la mente de las personas.

Mientras el general recogía su mascarilla en uno de los bolsillos interiores de su bonito traje, sonrió tenuemente.

—¿Permitirás que desconfíe, verdad? —dijo.

—Haga lo que tenga que hacer.

Sonó muy secamente, casi despreocupado, pero el general no se quitó el aparato.

—¿Qué ha pasado?

Jonás, de medio lado, sin mirar al ahora presidente de los Estados Unidos, pero con la mirada perdida hacia el ventanal, sonaba hermético y distante.

—No lo sé. Se fue.

El presidente estaba extrañado. Jonás, por primera vez, le parecía una persona muy diferente a la que había conocido durante toda su vida. Intentó llevar los

derroteros de la conversación a otros sitios donde se encontraba más cómodo.

—Bueno, cada vez que te veo eres más poderoso. ¿No creerás en serio que voy a firmar esa sarta de gilipolleces que me han pasado mis asesores? Como lo llamas, sí, espera, creo que tengo por aquí lo que pone... —Y sacó un papel de un bolsillo interior—... Gobierno del MEC mundial, abolir religiones, dismantelar armas nucleares... hijo mío, ¿te has vuelto loco?

Jonás giró su silla y sus ojos totalmente dilatados se posaron sobre el presidente.

—No me llames hijo.

El exmilitar empezó a mosquearse. Tiró el papel contra la mesa enfadado.

—Ya he hablado con todos mis colegas que tienen poder nuclear, y desde luego no vamos a firmar nada parecido.

Empezó a mover el dedo.

—Te ha venido todo esto muy bien, ¿verdad? Crees que nos puedes arrodillar, crees que me vas a ver arrodillado para darte el control de mi gente. Estás más enfermo de lo que pensaba si crees que voy a ceder a cuatro científicos de mierda el poder del Planeta. Tendrás que pasar por encima de mi cadáver, amigo mío.

Jonás estaba con las manos juntas en posición relajada, y su mirada seguía siendo durísima.

—Eso tiene fácil solución —dijo secamente mientras giraba la silla para volver a mirar por la ventana.

El exgeneral se quedó extrañado y sorprendido. Se levantó de la silla ofuscado y se fue frente a él y lo asió del cuello.

—¿De qué coño estás hablando, lunático?

La mirada de Jonás se tornó casi oscura, como si sus pupilas negras ocuparan todo el iris del ojo.

—Probablemente ya estés contagiado al quitarte la mascarilla.

El General Neil separó sus manos del cuerpo del científico. Su cara empezó a mostrarse pálida por el miedo y la sorpresa.

—¿De qué hablas? Tú tampoco llevas mascarilla... esto está limpio, ¿no?

Su voz se entrecortaba.

Jonás volvió a girar su silla.

—Te he mentado. Probablemente esto esté infectado como lo está la mayoría del planeta.

El presidente de los Estados Unidos se llevó la mano a su cuello y se aflojó la corbata. No podía respirar bien.

—Tranquilo, si estás contagiado, aún no tendrás los efectos. Lo que te pasa ahora... como te diría... solo es pánico. Puedes servirte algo en el minibar, ya sabes dónde está.

A paso lento, como mareado, se dirigió a la bola del mundo que había en el despacho y que se abría para mostrar el minibar. Cogió uno de los vasos, hielo y una botella de güisqui escocés. Se llenó el vaso hasta arriba y se lo bebió de un trago.

Acto seguido, respiró profundamente, se lo volvió a llenar con más calma y se fue como a cámara lenta hacía su sillón. Allí se dejó caer como una piedra.

—No es que tengáis que buscar la vacuna, ¿verdad? Es que ya la tenéis —dijo con la mirada perdida.

Jonás, de espaldas al presidente, estaba tranquilo. Sabía que el Presidente no iba armado, lo había pedido específicamente, y nadie entraba al MEC con ningún tipo de pistola. Solo parte del ejército en el perímetro iba armado, nunca dentro.

—Así es.

El mandatario volvió a beberse el vaso entero de güisqui. Cuando hubo acabado lo estrelló contra la pared haciéndose añicos. De repente empezó a reírse de manera histérica.

—Muy listo. Preparar la vacuna y decirnos que aún la teníais que conseguir. Jugando con las cartas marcadas. Muy listo. Te has convertido en un político, hijo. Consigo la vacuna un poco antes, y planteo mis exigencias.

El general empezó a aplaudir.

—Te equivocas —dijo Jonás girando de nuevo la silla para apoyarse en la mesa de manera desafiante y mirándole a la cara.

El presidente lo miraba entornando los ojos porque no sabía a qué se refería.

—La vacuna la tengo desde hace cuatro años. Existe desde antes de que el primer ser humano se contagiara de Némesis.

Las palabras de Jonás sonaron como puñales hincándose en el corazón del general.

—¿Qué? ¿Cómo? —farfullaba.

Los dos seguían manteniendo la mirada. Cuando la cara del presidente pareció entender todo, una ligera sonrisa brotó en la cara de Denis.

Como si preguntara la cosa más infame del mundo y con una tristeza superlativa, el presidente de los Estados Unidos ahogó estas palabras.

—Tú creaste el virus.

La sonrisa de Jonás era más amplia conforme la mirada de su interlocutor era más terrorífica.

—Pero... pero —sus palabras no salían—. Estás loco. Has aniquilado el planeta. Cielo santo, eres el mayor genocida de la humanidad.

—Era necesario —dijo Jonás sin inmutarse.

—¿Necesario? ¿Necesario para qué?

—Para cambiar el mundo.

—¿Para cambiar el mundo?

El general alzó la voz como un poseso.

—Has matado a miles de millones de personas. ¿No te das cuenta? Dios santo...

Jonás pareció alterarse por los gritos, y se levantó como un resorte de su silla. Comenzó a andar, ahora ya un poco más nervioso.

—Víctimas colaterales. ¿No lo llamaste así? Si, general, sí, así lo llamaste cuando

mataste a Elisabeth ¿verdad? Bueno, ahora hablamos de más, pero es por un bien común. Piénsalo. Antes de Némesis estábamos abocados igualmente al exterminio como raza. Guerras nucleares en ciernes exterminando poco a poco este lugar donde vivimos. ¿Crees que se podía mantener un Planeta con quince mil millones de personas? Tú me diste la idea. La regeneración, la evolución solo puede darse con víctimas colaterales. Solo con un número de personas adecuado podemos subsistir.

El general lo escuchaba como el que escucha algo inverosímil, como contestado en un sueño.

—¿Cómo cuantas?

—Mil quinientos millones de personas, a lo sumo, dos mil.

El general rio quejosamente.

—Más o menos lo que queda ahora, ¿no?

—Si, la superpoblación era un gran problema, pero había que preparar un plan de futuro. Un plan que eliminara todo lo que durante siglos no ha funcionado bien. Las armas nucleares, las religiones, el castigo ecológico, y por supuesto, eliminar a gente del poder. Gente como tú.

—Yo nunca habría llegado a lo que tú has llegado Jonás. Estás enfermo.

—No te creas. Debajo de tu mesa tienes un botón que has estado a punto de pulsar en los últimos años varias veces. ¿Cuántas personas crees que hubieras matado?

Jonás se acercó al general de manera insolente.

—¡Respóndeme! ¿Cuántas habrían muerto?

El general giró la mirada.

—Eso es. Todas. ¿Cuántas personas murieron en Cachemira el año anterior a que empezara Némesis? Cuatrocientas mil. Tú no pulsaste el botón, da igual, otro lo pulsó. Tarde o temprano alguien lo pulsa. Yo me he adelantado a ese fatídico día, y he dado una oportunidad al Planeta. El ser humano, con esto... —Y cogió el papel que poco antes había tirado sobre la mesa el general—... con esto va a dar un paso evolutivo como raza. Con esto tenemos una oportunidad de respetarnos los unos a los otros, y de respetar el planeta que nos acoge. Eliminar todos los jodidos botones que tenéis gente sin escrúpulos como tú, y empezar, no de cero, sino de más uno.

Jonás había lanzado su discurso fervientemente. Se acercó a su sillón y se dejó caer como extasiado.

—La única manera de conseguir más poder era tener un arma más poderosa que vuestras cabezas nucleares. Tú me diste la idea. El miedo es poder.

El presidente yacía encogido en su silla con los ojos vidriosos y totalmente despeinado de rascarse nerviosamente su pelo cano.

—Némesis —dijo el general.

—Némesis —dijo Jonás.

XXVIII

Sobrevolando Frontera Prohibida.
Año 320 D. R.

—¿Es tu primer vuelo de desterrados? —dijo un hombre maduro que llevaba los mandos del helicóptero.

—Sí señor. Me acabo de licenciar en Denisville hace dos meses —contestó un joven muchacho que iba como copiloto.

—¿Denisville? Allí solo van los mejores.

—Sí señor.

—Ya tengo ganas de jubilarme, y descansar.

Apartó un momento la mirada de su compañero para señalar algo a lo lejos.

—Mira, esa es la frontera. Ahora vas a ver las torres de ultrasonido.

El joven estiró el cuello para vislumbrar a través del cristal del helicóptero. Una enorme fila de enormes torres se erguía hasta más allá de lo que la vista pudiera alcanzar.

—Es impresionante, ¿verdad?

El joven asintió con la cabeza.

—Yo estoy acostumbrado, pero cuando la vi por primera vez me quedé alucinado. Tardaron veinte años en construirlas. Cada torre tiene sesenta y cinco metros de altura, y doce metros de grosor. Lo más importante que necesitas saber es que las ondas de ultrasonido son omnidireccionales, por lo que también van hacia arriba. Nunca puedes pasar por debajo de mil pies, ¿me entiendes?

El joven asentía a las explicaciones.

—Por abajo nadie se puede acercar a menos de una milla.

—¿Qué pasa si alguien se acerca?

El hombre maduro se rio e hizo un gesto como si le explotara la cabeza.

—Alguna vez llega algún animal y muere. Sobre todo pasaba mucho al principio, pero fíjate si son listos que ya no se acercan. Tienen un sexto sentido o quizá lo han desarrollado, pero ya no se acercan. Lo mejor de este trabajo es esto, mira.

Giró el helicóptero hacia la derecha y bajó varios pies.

—Una vez has pasado la milla de distancia, ya puedes bajar, y el espectáculo es asombroso.

Le señaló con el dedo algo. Un grupo de jirafas, de más de doscientos o trescientos ejemplares corrían salvajemente por la amplia sábana en una espectacular imagen.

—¿Qué te parece muchacho?

El joven sonrió y levantó el dedo pulgar en señal de aprobación.

Cuando pasaron el espectáculo, el joven preguntó algo.

—¿Y por el mar?

El piloto puso cara extraña.

—¿A qué te refieres muchacho?

—¿Los desterrados? ¿No pueden escapar por el mar?

El maduro piloto volvió a sonreír.

—¿Y a dónde van a ir? De todas maneras, sabemos que tiene pequeños barcos, nada efectivo para grandes viajes. También sabemos que practican el estraperlo con algunos elementos indeseables de la zona vacacional. Están investigando a esos sujetos, y buscando soluciones. No te preocupes por sus acciones terroristas, son más mediáticas que otra cosa.

El joven no se quedó muy convencido.

—Mira ya estamos llegando.

Y señaló un punto.

—Allí soltaremos lastre. ¿Ves la explanada que tiene la bandera del MEC dibujada sobre el terreno? Esa es la marca. Tenemos dos, esta, y otra un poco más al oeste. Ahí soltaremos carga y de regreso a casa.

—¿Y qué pasa con ellos?

—Tranquilo, sabemos que vendrán a buscarlos. Su poblado no está muy lejos de aquí, oirán el helicóptero y se acercaran. Me imagino... —Y se rio— aunque nunca me he quedado a comprobarlo.

El helicóptero se acercó a la marca y bajó bastantes pies hasta casi llegar a rozar el suelo. De repente se abrió una ventana por detrás de la cabina de pilotos.

—¿Preparados? —dijo otro muchacho joven rubio que asomó por el ventanuco.

El viejo piloto levantó el pulgar.

Empezó a gritar porque el sonido del aparato era cada vez más estruendoso.

—Ese te acompañará siempre, es John. Esta por si acaso.

—¿Por si acaso?

—Si, lleva un rifle de repetición de dardos paralizantes. Nunca ha venido nadie, pero nunca se sabe. Es capaz de lanzar cien dardos en doce segundos, y con una efectividad del noventa y nueve por ciento, así que no te preocupes. Tú, una vez llegues aquí, te tienes que poner a dos pies, pulsar este botón —y señaló un botón rojo del cuadro de mandos— con el que sueltas el lastre. Elevas vuelo, compruebas la caída de los bultos, y a casa.

Pulsó el botón. Unas trampillas de la parte de atrás se abrieron y una veintena de bultos cayeron al suelo.

—Ya está. Ahora nos elevamos lateralmente, le decimos a John que cierre su ventana, miramos y a casa.

El joven copiloto pudo ver como las personas que habían caído iban con unos pequeños antifaces en su cara, las manos atadas a la espalda y hacían extraños aspavientos para incorporarse sobre la sábana continental.

—Ves, todo perfecto. Lo que si te puedo decir es que una vez dejé seis bultos, y aún no me había alejado, y vi como al menos cuatro o cinco decenas de leones

saltaban sobre ellos y los devoraron.

El joven ponía cara de asco.

—Si, un espectáculo no muy bonito, pero bueno, así es Gaia. Hoy no veo por aquí ninguno. —Y soltó una carcajada.

—Vamos para casa.

El helicóptero giró hacia su izquierda, subió a una altura de más de mil pies y salió de allí.

* * *

Después de la biblioteca lo siguiente que recuerdo fue despertarme en la más absoluta oscuridad y un ruido ensordecedor. Parecía ir en un avión. Tenía las manos atadas a la espalda y estaba encerrado. Por lo que podía tocar con los pies era una especie de cubículo de hierro. El viaje me pareció que duraba un siglo, aunque debió de pasar poco más de una hora. Me imaginé lo que me había ocurrido y estaba seguro que iba directo al destierro.

Cuando valoré mi situación y la supe, no tuve sensación de miedo. El temor me vino cuando recordé lo que habíamos visto en la biblioteca. Me estremecí al descubrir que la persona que adorábamos, el ejemplo a seguir, era realmente todo lo contrario. Y la angustia solo me vino a la cabeza en exceso cuando pensé en Alberto y Jessica. Me sentí morir. Por mi culpa ellos también estarían camino del destierro. Maldije para mis adentros y golpeé con las piernas el pesado acero hasta que me hice un daño terrible.

Al cabo de un rato, una trampilla se abrió y como resbalando desde el cubículo caí a lo que parecía ser algo natural como hierba. Me hice un poco de daño al caer, pero nada grave. El sonido estruendoso duró unos segundos más, y al rato se fue desvaneciendo. Noté un calor excesivo en mi cara. Empecé a oír a gente gritar, y me pareció escuchar alguna voz conocida.

—¡Jessica! ¡Alberto! —grité todo lo fuerte que pude.

—¡Socorro! ¡Miguel!

Sin duda era la voz de Jessica. Empecé a andar a ciegas y moviéndome en círculos tropecé con algo. Parecía alguien que aún estaba en el suelo.

—¿Quién eres? —pregunté.

Pero no me dio tiempo. De repente un nuevo ruido se acercó hacia donde estábamos. Era diferente, era de un motor, pero parecía de un coche. Cada vez más cerca, hasta que lo teníamos al lado.

—¡Socorro! —gritaban algunas voces.

De repente, asustándonos al principio, se oyó una voz por megafonía, no muy fuerte, pero lo suficiente para entenderla. Hablaba en inglés.

—Tranquilos, ya estamos aquí. Vamos a quitaros a todos los antifaces y las cuerdas. Por favor, quedaros quietos.

No me moví, la gente pareció callar. En apenas un minuto alguien me quitó el antifaz. Debí de ser los primeros. Vi la cara de un hombre con barba y ropas harapientas que me sonreía.

—Tranquilo, chico. Ya está.

Me hablaba en un inglés un poco rudo. Luego me desató las manos. El hombre de barba me dio un cuchillo bastante rústico.

—Ayuda a tus compañeros.

Ahora ya podía vislumbrar el entorno. Enseguida vi a Jessica, fui a por ella, la desaté y le quité el antifaz. Ella me abrazó con lágrimas en los ojos.

—¿Qué pasa Miguel? ¿Dónde estamos?

Yo la abrazaba y entonces por encima de su hombro contemplé la grandeza de donde estábamos. Un paraíso natural. Un vergel.

—Creo que nos han desterrado, Jessica —dije lo más contenido que pude.

—¿Desterrados? —preguntó ella.

Entonces el hombre que me había ayudado se acercó, y de nuevo habló algo en un inglés torpe.

—Las explicaciones y lamentos para luego, ahora tenemos que irnos de aquí, sino queréis que se os coma algún leopardo.

Me separé y busqué a Alberto. Lo encontré y lo desaté. Cuando le quité el antifaz, le abracé también. No me dijo nada. Se quedó observando lo que le rodeaba como si estuviera en un sueño.

Me fui a por alguna de las otras personas. Calculé que estaríamos unas dos docenas.

Estaba cortando las cuerdas de otra persona, cuando me fijé en sus manos. Me resultaban extrañamente familiares. Viejas, huesudas... no podía ser. Rápidamente, con un movimiento brusco, antes de quitarle las cuerdas, giré su cuerpo y le quité el antifaz.

—¡Tú!

Era el viejo Ismael.

—Miguel —dijo amargamente el viejo— nos han pillado. ¿Descubriste...? —no le dejé acabar.

—Calle, tenemos que irnos de aquí.

De repente, el hombre con barba empezó a gritar.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Que vienen!

No entendía nada, pero de repente lo vi claro. A lo lejos, por esa espléndida sabana venían a toda velocidad lo que parecían unos felinos que no supe distinguir en su especificación zoológica. Me entró un poco de angustia. Desatamos entre todos a las escasas personas que quedaban. El hombre de barba se había ido a una especie de autocar tremendamente viejo y oxidado, se había sentado en el asiento del piloto y tocaba el claxon, mientras gritaba.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Agarré de la mano a Jessica y fuimos corriendo hacia el autocar. En un movimiento rápido eché la vista atrás. Era increíble lo cerca que estaban ya los felinos cuando hacía escasos segundos solo eran una sombra amenazadora. Entré al autocar con Jessica y me senté lo más cerca que pude del asiento del conductor. Alberto entró después de tres o cuatro personas más. El último que venía era Ismael, que apenas podía correr. Ya casi había subido todo el mundo, pero no el viejo, que seguía corriendo muy lentamente. De repente, tropezó y cayó. El conductor gritaba, pero yo veía que no lo iba a conseguir, apenas podía ponerse en pie. Los felinos, ahora vistos de más cerca, eran leonas. No lo iba a conseguir. Sin pensar, salté del asiento y salí a por el anciano.

—¡No! ¡Miguel! ¡No!

Era la voz de Jessica, pero ni presté atención. El viejo estaba a unos siete metros de la puerta del autocar, y los felinos calculaba que a no más de cien. Lo cogí y lo levanté al vuelo. No pesaría más de cuarenta kilos, era todo hueso, lo alcé al hombro, y empecé a correr hacia la puerta de la salvación. Pensé que en cualquier momento una garra enorme se posaría sobre mi espalda y me dejaría allí. Llegué a la puerta, y salté dentro. Oí el chasquido de la puerta del autobús cerrándose y el golpeo de algo. Me giré. Las leonas, quizá más de treinta, arañaban la puerta ya cerrada, rugían y saltaban casi a la misma altura del autobús.

—¿Está bien? —pregunté al anciano.

El anciano me miró con una cara totalmente compungida. Me enseñó la mano derecha. En la caída dos de sus dedos se habían roto totalmente.

De repente Ismael empezó a reír.

—Estoy genial. Esto no es nada —mientras me seguía enseñando los dedos—. Gracias hijo.

Yo también sonreí. El conductor aceleró produciendo una humareda negra. Durante un corto tiempo los animales nos siguieron para desistir al avanzar un centenar de metros.

Me incorporé y miré el interior del autobús. Jessica aún tenía el susto en la mirada. Alberto estaba trastocado, y el resto de pasajeros anónimos estaban temblando. Algunos se abrazaban entre ellos ante el estupor y el miedo.

Me senté en el asiento, y entonces caí en un detalle que hasta entonces no había notado. Ya no tenía mi reloj pulsera.

El conductor empezó a hablar con su acento rudimentario.

—Ha habido suerte —dijo sonriendo—. Siempre pierdo alguno por el camino.

Poca gracia nos hacía a nosotros.

Me acerqué a Jessica mientras avanzábamos a botes por la sábana en ese viejo autocar.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí —dijo angustiada.

—Lo siento, ha sido culpa mía.

—¿El qué?

—El que estéis aquí los dos.

Jessica se volvió para mirar a Alberto, que estaba solo en un asiento, distraído, mirando por la ventanilla, como ausente.

Jessica me dio la mano.

—Tranquilo, ya voy yo con él —dijo ella.

Jessica se fue a sentar al lado de Alberto. Le cogió la mano y se apoyó en su hombro. Él pareció despertar del trance y le pasó el brazo por su hombro.

* * *

El trayecto duró poco más de un cuarto de hora. Cruzamos una especie de gran verja, que me imaginé que sería para tener bien alejadas a las bestias. El autobús aparcó en un lateral de la explanada. El hombre con barbas bajó y otro hombre, también barbudo, cerró la verja que anteriormente había abierto para dejar pasar el rudimentario medio de locomoción.

—Bajad —nos dijo el conductor.

Poco a poco salimos todos del autocar. Algunas personas empezaban a preguntar a los dos hombres cosas, pero enseguida nos hicieron señales de callar. Caminamos por una espesa selva, llena de todo tipo de plantas y aves escurridizas. Más o menos una milla calcularía. Yo iba con Ismael, a su lado, y Jessica y Alberto detrás de nosotros. Por el entramado selvático apenas podíamos ir en fila de a dos.

De repente un espacio abierto se hizo a la vista, lleno ya de tierra fina y arena. Un conjunto de casas de madera se mostró frente a nuestros ojos. Gente haciendo fuego, otros haciendo labores manuales que no acertaba a entender. Me alegré de ver personas, pero todo eso era totalmente onírico para mí.

Todos pararon en sus quehaceres para observarnos. Uno de ellos bajaba las escaleras de una cabaña rápidamente. Yo lo perseguía con la mirada, parecía jubiloso y extraño y corría hacia donde estábamos. De repente empezó a gritar.

—¡Ismael! ¡Ismael!

El viejo lo miró y sus ojos se encendieron. El hombre, con una barba profusa, con el torso desnudo y sudoroso y solo con unos pantalones cortos viejos se acercaba hasta nosotros. Paró en seco su carrera a escasos metros, mirándonos, como queriendo estar seguro de algo. Entonces vi sus ojos, y solo por sus ojos lo conocí. Era mi padre.

Se acercó a Ismael y le dio un abrazo. Todo el mundo miraba. Yo no podía moverme. El corazón latía tan fuerte que pensé que me iba a desmayar. Ismael le correspondió en el abrazo.

—¡Juan! —dijo con alegría. Rápidamente le separó, lo cogió de los hombros y lo miró.

—No me saludes a mí —y le giró para ponerlo frente mi rostro. No me había

dado cuenta, pero estaba llorando—. Saluda a tu hijo.

Mi padre se quedó perplejo. Miró a Ismael, y luego a mí.

—¿Qué?

Yo no podía decir nada.

—Si, Juan, este es tu hijo —volvió a decir Ismael.

Yo asentía con la cabeza mientras lloraba. Me imagino que se le pasaría mil cosas por la cabeza a mi padre... porque me habían desterrado, que hacía ahí, como había crecido y mil pensamientos en uno. Pero cuando tuvo la certeza inequívoca de que era yo me abrazó mientras rompía a llorar.

Yo le correspondí.

Por fin había resuelto mi personal paradoja de Shrodinger.

XXIX

Zona Prohibida.
Año 321 D. R.

Ya habían pasado nueve meses desde que llegué al campamento de los desterrados.

Parecía que había pasado una eternidad.

Jessica y Alberto seguían juntos. Cuando los veía pasear por la playa, mi angustia me desolaba, no por su relación, sino por su estancia. En estos meses los tres habíamos madurado como si hubiéramos vivido diez años en nuestras otras vidas. No dejaba de pensar que Jessica estaba con Alberto por quitarle su amargura. Él no hubiera aguantado allí si no hubiera estado Jessica. A veces pensaba, sobre todo en miradas furtivas que teníamos ella y yo, que lo hacía porque me quería, y que la única manera de no sentirme culpable por Alberto y que esa culpabilidad me matara, era sacrificándose por estar al lado de él y que lo viera feliz. Ella probablemente se conformaba con una persona que la quisiera tanto, y que yo supiera porque lo hacía.

Me había unido de lleno a la resistencia tecnológica de mi padre. Alberto también nos ayudaba, no podíamos desechar entre los centenares de personas que estábamos a una cabeza tan bien pensante como él.

Imaginamos que el profesor Schwank nos habría delatado. O bien que perseguían al viejo Ismael desde hace un tiempo. No lo sabíamos. En cualquier caso fuese como fuese, nos había dado tiempo a descubrir la Verdad, la terrible Verdad.

Imagué que solo unos cuantos en el Gobierno del MEC lo sabían, y eran los que llevaban las riendas de este mundo. Imaginé que cuando algunos descubren la Verdad prefieren ignorarla porque es más fácil vivir en una Mentira. E imaginé que algunos, bastantes, prefieren obviarla mientras tengan el poder.

Nuestro objetivo era contar la Verdad al planeta, y en eso empleábamos nuestro esfuerzo y nuestro espíritu. Unos con la violencia, otros con la inteligencia. No podíamos parar a los violentos, muchos no eran desterrados «*políticos*», por lo que al descubrir la Verdad, pasaban fácilmente al lado violento. Otros, éramos más pragmáticos, e intentábamos alcanzar el objetivo de otra manera. Dos facciones, unidas en un objetivo, pero independientes.

Muchas veces, al atardecer, me sentaba en la playa, a ver como se ponía el Sol, esa esfera gigante que de pequeño me permitía jugar a los videojuegos me seguía atrayendo sobremanera. Las olas del mar me rozaban los pies, y su sonido me relajaba totalmente. Entonces, algunas veces, se acercaba mi padre sigilosamente, se sentaba a mi lado, y sin decir nada sacaba una naranja de su bolsillo, la pelaba, y nos la comíamos entre los dos mientras veíamos fenecer el día, sin cruzar ni una sola palabra, para no romper ese mágico instante.

Entonces pensaba que ese era un gran momento. Pensaba que todo el mundo tenía derecho a poder comer una naranja.

Todas las cosas tienen partes de las demás cosas, pero la inteligencia es ilimitada, independiente y no mezclada con otra cosa, sino que... está sola en sí misma.

Anaxágoras de Clazomene.



ANTONIO CANALES MARQUÉS (Zaragoza, España, 1974). Estadístico por la Universidad de Zaragoza e Informático, durante doce años hizo radio musical en diferentes medios de comunicación.

Abandonado el mundo de la comunicación oral se lanza a la comunicación escrita, donde ya participó activamente en crítica musical durante varios años.

Amante de algunas de las artes más modernas, como cine, música y las nuevas tecnologías, se adentra en una nueva experiencia personal y vital de la mano de una de las ramas más antiguas: la literatura.